

CARLOS FEDERICO PEREZ

Don Juan
Juan,

MIENTRAS LA CIUDAD
CRECIA...

Novela

Cansados estamos del abigarramiento selvático, de la recopilación de vocablos y del encantador atuendo folklorizante. Conocemos una América geográfica y tipicista, pero falta, la mayoría de las veces, a todo ese contorno suntuoso, la penetrante fuerza de una acción humana capaz de proyectarse, dándole categoría de símbolo. América, vista a través de algunas de sus novelas, parece una gran tierra desolada que esperara, entre anhelos oscuros y desconocidos, la llegada del hombre verdadero, del prototipo.

De ahí el peligro de tanta novela rural, que por el solo hecho de serlo, pretende sentar plaza de americanista. Sin embargo, de vez en cuando hay una excepción. El antejo cambia de objetivo y la ciudad con sus infinitas posibilidades con sus triunfos y sus terribles fracasos, pasa a ser el adecuado asiento de la novela americana. Entonces sentimos que nos ha llegado el turno de actuar, que nos hemos incorporado definitivamente a las corrientes universales, poniéndonos a tono, afinándonos en presente, tiempo ideal de toda existencia.

En "Juan, mientras la ciudad crecía"... Carlos Federico Pérez reelabora una obra que data del 1938. Es la vida de un hombre común, tan común como su mismo nombre lo hace suponer; pero de un hombre puesto a prueba por el tiempo, por la transformación imperiosa de cuanto le rodea. No es el héroe que lucha, vence o muere, bajo la inclemencia de los elementos, cogido entre magnos conceptos inamovibles; es la tragedia del hombre común, de uno de tantos Juanes que a diario nos tropezamos recostados indolentemente en las esquinas, y que constituyen la parentela adecuada de toda familia bien, presos en la tentacular embestida de una ciudad que crece, inexorablemente, devorando a los que quedan rezagados.

Juan es la novela de una metamorfosis. Sus partes indican los "templos" en que ella se mueve. Si pudiéramos asemejarla a una estructura musical, el andante se acomodaría bien al pausado transcurso de la infancia de Juan, rico en matices y promesas, pasando luego en las dos partes siguientes por el moderato y el presto, alternativamente, entre notas humorísticas desplazadas, hasta la deslumbrante expansión final.

El transcurso del tiempo está medido aquí, un capítulo tras otro, con las pausas naturales de la vida, en un contrapunto de personajes inolvidables en donde Juan provoca, siempre, un estancamiento doloroso.

Cosme Ramírez es la ambición acorde con los tiempos, puesto al día con la ciu-

Al. buen amigo Nilo H.
Dato con special de gerencia
y mi estudio intelectual.

~~22/9/61.~~

CARLOS FEDERICO PEREZ

JUAN,
mientras la ciudad crecía.....

NOVELA

1960

11589

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

JULY

1950

1950

1950



BN
RD863.42
P438ju
e.1

PRIMERA PARTE



I

Papá Marcos no se cansaba de repetirlo: lucía la calle tan desierta que la única señal de vida eran los insectos que revoloteaban alrededor de los focos del alumbrado. Bajo la penumbra que no alcanzaban a desvanecer se hacían más consistentes el silencio y la quietud. Las puertas y ventanas cerradas, con su expresión de mutismo, parecían vigilar para que no se alterara el reposo.

A medio trecho de la calle que se encaminaba al mar quedaba suspendido el balcón y a través de él pasaba la luz de la casa. Papá Marcos lo recorría en pocos pasos, de uno a otro extremo, ida y vuelta, como el péndulo de un reloj. A veces se detenía a meditar y luego reanudaba la marcha. Su silueta era visible en el muro de la casa de enfrente. De momento se contrajo su sombra: estaba apoyando la barbilla sobre las manos al descansar de codos encima de la baranda y quedarse pensativo.

Nunca dijo cuál era la causa de estar tan preocupado cuando le iban a traer al mundo. Tal vez por el largo viaje. Hablaba del asedio de los recuerdos y esperanzas y de la confusión de presagios y propósitos. Obtenía consuelo dejando que sus ojos y oídos escrutaran por entre los piélagos apacibles de la sombra y el silencio como para bañar los sentidos sobresaltados en el sosiego que a todo embargaba.

El pavimento pedregoso de la calle lo hicieron crujir los cascos del caballo y las ruedas del carruaje aparecidos de súbito por la esquina. Fué entonces cuando ver-

Obsequio a Colón Scharoria 45-72



daderamente se atenuó la angustia de su espera. El coche se detuvo bajo el balcón y él acudió presuroso al interior de la casa en donde el eco de las pisadas del recién llegado resonaba proveniente de la escalera.

—¡Cómo lo aguardaba, doctor! —había dicho, acompañando sus palabras con un suspiro de alivio.

Le hizo mucho bien la sonrisa de asentimiento y comprensión que se dibujó en el rostro grave del visitante. Aseguraba que la figura de éste cobró sus proporciones imponentes cuando, circunscrita por el marco de la puerta, la vió internarse en el aposento contiguo. Le parecía que la talla del doctor había crecido en la medida que él era relegado a un papel sin importancia en lo que iba a suceder.

Era una noche en que se apretujaban las estrellas acariciando con su tenue resplandor la superficie de las tupidas sombras que se condensaban sobre las techumbres de las casas. La vista y el oído volvieron a peregrinar a través del piélago oscuro. Por entre la masa de leves rumores se hicieron discernibles sonos lejanos, voces entrecortadas, ladridos apagados y a veces, entre las sombras, adquiría su contorno la silueta conocida de una edificación distante. Otras predominaba el sordo rumor del oleaje que apenas dos cuadras más abajo batía los peñascos de la costa. Su pensamiento retornó a alternar entre el pasado y el presente lo mismo que sus pasos iban de uno a otro extremo del balcón. Al fin, asida de recuerdos y esperanzas, moderóse su inquietud. Acodado otra vuelta sobre la baranda, el estrépito con que esgarró el cochero le ayudó a grabar el instante en la memoria, mientras sobre el deficiente afirmado de la calle repercutía la postrera cox del caballo famélico que empezaba a dormitar.

II

La historia había tenido comienzo cuando en la línea del horizonte surgieron las edificaciones de la ciudad ele-

vadas sobre los escarpados farallones de la costa. A medida que el buque avanzaba parecían más erguidas y la impresión se hizo especialmente notoria al desfilar ante el baluarte que se diría orgulloso de exhibir su apostura a la entrada del puerto. En cambio, lánguida y adormilada era la traza de la gente y los animales con que su vista empezaba a tropezar. El aroma de la profusa vegetación de la margen opuesta se lo trajo la brisa matutina. En los cascos de las embarcaciones amarradas al muelle se estremaron, con sonido de cosa hueca, las ondas remecidas por el giro vertiginoso de la hélice del buque. A la escena la conmovió íntegramente la aguda estridencia de la sirena del vapor, cuyas repercusiones, devueltas por los ecos, se multiplicaron para extinguirse de manera paulatina como si fueran coreadas por una ronda de centinelas.

Al mirar hacía abajo vió que las aguas espejeaban por entre los tablones del desembarcadero.

Ya le invitaban los portones de la muralla vetusta.

Entonces la ciudad pequeña, aprisionada por sus viejos muros, limitada por el río y acosada por el mar, se dio con la franqueza de su simple despliegue urbano. Las calles se entregaban a todo lo largo sin recodos ni bifurcaciones reticentes. El colorido de las casas, de diseño sencillo, casi uniforme, cobraba animación bajo la clara luz de la mañana. En muchos paredones rugosos y en la herrumbre de enrejados y balcones delataba su mano secular el tiempo. Los templos se acogían a los rincones en silencio.

Lo primero que se delataba era que no había prisa en llegar a parte alguna. La vida semejaba haberse detenido y aguardar pacientemente. A veces había una pincelada de vital animación con el trote vibrante de una cabalgadura cuyo jinete armado desfilaba con bizarra ufanía. Pero la charla en la plaza, a la puerta de los establecimientos comerciales, en algunas esquinas, era de gente despreocupada. En ocasiones, también el libre corretear de los chi-

quillos y su algarabía alteraban la semblanza de generalizada lasitud.

III

Por la ansiedad los recuerdos podían hacerse cosas concretas y denotar la presencia física de los pensamientos, los personajes y los lugares. Papá Marcos contemplaba la figura de mamá Aurelia venir por la calle llena de sol observando distraída en dirección a su establecimiento y sintió que su mirada le repetía lo que en aquella oportunidad le había dicho. Algo así como que era posible que se unieran para continuar juntos. Pasó muchas veces más y él, como si estuviera tejiendo, había agregado día a día, a semejanza de los hilos de un paño, cuanto con ella se relacionaba. Allí estaba oyendo de nuevo la voz de la fámula indiscreta:

—Ayer hablaba la mamá de usted. Dijo que hombres así, que se hacen por su propio esfuerzo, son los que valen.

Entonces los recuerdos tenían algo de chiste y picardía a juzgar por el tanto sonreirse y el guiño de ojos que les acompañaban. La alegría que la noticia le produjo permitió a papá Marcos detenerse frente a la ventana en donde parecían aguardarle.

—Considero una fortuna verla cuando paso por aquí.

Algo había encontrado en los ojos de mamá Aurelia porque hablaba de un destello oculto.

De aquel día en adelante conversaron mucho y al fin convinieron en continuar juntos. Pero cuando eso ocurrió ya la persona de la abuela estaba presente. Se la veía inquieta, expresiva, aquejada de permanente agitación, ir de un lado a otro allá en el fondo de cuanto sucedía. Contrastaba con el rostro reposado de mamá Aurelia. Pare-

cían ayudarse dando cada una lo que tenía. Así las veía papá Marcos en el recuerdo y pensaba que comprobarlo le había ocasionado complacencia.

IV

No fué nada fácil que se decidiera a venir. Mientras papá Marcos miraba y remiraba a la calle, de arriba abajo y de abajo a arriba, intervinieron recuerdos de todo aquel tiempo de su retraso. Lo esperaba, lo esperaba, a cada momento, a cada mes, a cada año, pero inútilmente. Le tenía reservadas muy gratas cosas y confiaba en que él haría otras muy grandes. Las que hubiera querido llevar al cabo por sí mismo. El gusto por los libros no era nuevo solamente que la vida con sus exigencias le apartó de ellos. Hubiera sido muy distinto de contar con quien tuviera recursos para ampararle y proporcionarle la forma de dedicarse a cultivarlos. Eso daba importancia. Completamente diferente sería el caso del hijo. Estaba teniendo suerte y haciendo y acumulando medios. La casa.....

A las nieblas del recuerdo y el ensimismamiento las rasgó, como un rayo luminoso, el murmullo creciente que procedía del interior de la casa. Parece que había venido dando gritos. Puesto que a su debido tiempo estuvo muy bien enterado de cómo era la abuela, le fué fácil imaginarse la manera atropellada y estrepitosa que usaría para correr y hablar todo en uno:

—¡Ya lo tenemos aquí Marcos! ¡Qué hermoso! ¡Oh si mi pobre Juan viviera cómo estaría de contento con su nieto!

Era así la abuela: tenía la virtud de ponerlo todo en movimiento. Hasta al abuelo, aunque nunca apareciera. Abajo, en la calle, el cochero se desperezaba y el caballo, interrumpiendo su dormitar, coceaba de nuevo sobre la pedregosa superficie. Parece que ciertos vecinos eran curio-

sos pues se entreabrían puertas y ventanas. En algún patio ladraba un perro. Como no quería ser menos que todo aquello cada vez gritaba más.

Papá Marcos fué a recibirle pensando que ya no debía estar pendiente de recuerdos sino mirar hacia adelante para abrirle camino. Mamá Aurelia reposaba como si la fatiga le hubiera rendido de tanto esfuerzo que había hecho para ir a recibirle. Llegó envuelto en paños blancos en una canasta con acolchado azul. Era muy pequeño, pequeñín, pero con todo, el único que estaba en el aposento porque papá Marcos no se fijó en el doctor Lima, con ser tan grande, ni en abuela, ni en la otra señora allí presente. En él clavó la mirada sin poder apartarla por mucho rato, sonreído, y para mamá Aurelia un beso para ayudarla a descansar.

V

Su arribo no fué como cualquier otro suceso. Dió lugar a muchas, pero a muchas palabras. Hubo motivos para que todos hablaran. Hasta mamá Aurelia no perdía ocasión de hacer su comentario revelando cuan contenta se sentía. Sobre todo se le notaba la satisfacción cuando contemplaba u oía a papá Marcos. Este se daba cuenta de que tenerle presente era algo que le llegaba al alma y que había que poner al tanto de ello a todo el mundo. Ya abuela se había apresurado a hacérselo saber, desde la mañana siguiente, a quienes estaban más cerca, a los que vivían por allí, por la calle, y empezaron a acudir visitas y regalos y parabienes.

Papá Marcos tenía sitios donde hablar y que le escuchara mucha gente. Hasta hizo que lo escribieran en el periódico. Después lo dijo en donde trabajaba. Por las tardes se dirigía a conversar en la plaza y, desde luego, solamente se refería a él. Cada día le era necesario ir a tenderse, como un enfermo, en el sillón del barbero, y entonces

había quienes le rodeaban, y él anunciaba las cosas en cuanto se lo permitían. Allí también dió la noticia con muchos comentarios.

Por descontado que en donde más se celebró que él hubiera venido fué en la casa. Le hacían en todo momento exámenes muy minuciosos. Cada uno alegaba un parecido: que a mamá; que a papá; que al abuelo. Muy pronto comenzaron a atribuirle intenciones y pensamientos en cuanto se movía, a cuanto sonido lograba articular, a cuanto expresión se insinuaba en su cara. En fin de cuentas, que todo vino a demostrar que era sumamente placentero y muy cómodo el haber llegado y el tener a tanta gente aguardando. El no estaba allí sin causa ni propósito sino para ser atendido y que los demás estuvieran al tanto de lo que pudiera desear o hacer.

La habitación en donde lo recibieron también parecía haber estado esperando. Mamá Aurelia hablaba de lo arregladito que lucía todo. Pero una vez él instalado hubo más y más cosas. Papá Marcos no se resignaba a entrar con las manos vacías. Llevaba desde objetos pequeños hasta otros mayores que para traerlos necesitaba que lo ayudaran. Evidentemente, nada de aquello hubiera sucedido de faltar él. Ni para lo más mínimo hubieran servido los muebles y juguetes.

El tiempo en que supiera dar cuenta de sus preferencias convino adelantarlo puesto que para eso había venido. La ocasión de elevar los bracitos con movimiento espontáneo y anheloso se la ofrecieron las pompas de jabón transparentes e irisadas, ligeras en ir de un lado a otro, que un día echó a volar papá Marcos. No pudo resistir el que no obedecieran a su deseo de tenerlas en las manos. Por eso protestó de manera ruidosa. La cosa fué hecha con tino porque papá Marcos repetiría con frecuencia lo que entonces dijo:

—Desde temprano va a saber lo que quiere.....

VI

La casa no estuvo siempre allí. Muy claro decía papá Marcos que él la había hecho. Como era justo que se hicieran las casas: diferentes y más grandes que las que antes se encontraban en la calle. Para que vieran que la había hecho él. Ya era de la ciudad y se preocupaba por lo que ella tuviera.

Las diferencias se notaban a simple vista. El material era duro, fuerte, y las paredes más lisas; era más alta y tenía adornos en el frente. Las rejas del balcón ostentaban pequeñas figuras que pronto le llamaron la atención. Mirando hacia arriba se veían, sobre las dos puertas, unas caras puestas de perfil. La puerta de entrada al zaguán era muy alta y en forma de arco. Siempre se mantenía reluciente el pasamano de caoba de la escalera. A la segunda planta se iba a visitar, a comer, a dormir o a estar en el balcón. También podía pasarse a tomar el fresco en la terraza interior, con piso de ladrillos rojos, y en donde había lozas con mucho brillo y rostros sonrientes de gente que jugaba con toros o tocaba guitarras, además de flores, abanicos, balcones. Papá Marcos a veces las señalaba exclamando:

—¡Ah, la bella Andalucía!. . . .

A aquel sitio de la casa y a aquella frase se vinculó cuanto iba a saber de papá Marcos más allá de su persona. Se trataba de la tierra lejana con colores vivos y muchos cantos. No le ofrecía a papá Marcos el trabajo que éste deseaba y por eso un día se fué por el mar para venir. Nadie quedó esperándole pues el recuerdo de su padre se confundía con surcos hechos afanosamente y el de la madre se perdió tan temprano que no dejó rastros.

En el piso bajo, desde el patio, se entraba en una estancia amplia y en penumbra cuyo ambiente fué el primero en decirle que a veces había que estar tranquilo y en

silencio. Para que la luz penetrara era necesario que se abriera la ventana que caía a la calle y la cual estaba protegida por una reja adornada lo mismo que la del balcón. Entonces aparecían claros los libros puestos en hilera sobre tablas de madera pegadas a las paredes. Cualquiera diría que miraban al centro, a la mesa, rodeada de algunas sillas.

Pero lo más importante era el patio. Allí si habían sabido lo que él iba a querer. Hasta los árboles parecían estar alerta, pues nunca faltaban frutas. Y nada se diga del trapecio, los columpios y el sube y baja.

Otras cosas fué encontrando en la casa. Por ejemplo, su nombre. Cualquiera hubiera creído que le aguardaba igualmente. Un día se dió cuenta de que le llamaban Juan. Sin embargo, sobre eso supo que papá Marcos había dicho algo y la abuela había sostenido lo suyo. Esta se apoyaba en el abuelo y decía, como si levantara en alto una cosa muy pesada y luego la dejara caer, que Juan era el nombre del preferido entre los discípulos. No tardó en saber que se trataba de su santo.

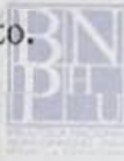
—San Juan escribió la vida de Nuestro Señor, mi hijo, y gracias a mí es tu santo.

Papá Marcos de lo que había hablado era de gente que estaba más cerca.

—Hay que ser más humano, —argüía. Entre quienes han cultivado las letras hay muchos nombres que quisiera mi hijo los tuviera presentes como ejemplos del valor del talento y el estudio.

●

Pero al fin convino en que el nombre de Juan también estaba cerca de él. Se lo escribieron desde su tierra. Sin tardanza se aprendió el nombre y las otras palabras con que se lo dijeron: “su único pariente, Juan García Ventura, escribano en Huelva, propietario de una hoja periódica.” Este se puso del lado de la abuela y de su santo.



Porque escribía. De todo se enteró cuando ya estaba completamente entendido con su nombre. Como si lo hubiera aguardado.

VII

Pero el nombre necesitaba algo más que la aprobación de papá Marcos y de la abuela. Había que hacer una fiesta e ir a la iglesia para que lo bendijeran. Para entonces se acercaba a los cuatro años y comenzaba a comprender la mar de cosas por sí mismo. Le describían como un niño de piel ligeramente trigueña, cabellos castaños y muy ducho en hacer gracias. Hablaban, al verle, de la cara de la abuela, pero ésta le espetaba, en tono de reproche, como si él tuviera la culpa:

—No se hasta cuando va tu padre a dejarte hereje. . . .

Estaba muy al tanto de que algo inusitado iba a ocurrir pues no se le escapaba el trajín de los preparativos. Sin explicarse el motivo tenía por conveniente sonreír a cuantos entraban a la casa y reparaban en su presencia.

A gusto verdaderamente estuvo cuando se convenció de que era el centro de la fiesta. Mientras más y más gente había más querían conocerle. Grandes y chicos estuvieron de acuerdo para acercársele, darle regalos y rendirle algún donaire. Ni por asomo daba muestras de extrañarse en medio del creciente barullo. Al principio sentado en las piernas de mamá Aurelia, después deambulando de un sitio a otro, seguido por los amiguitos y bajo la mirada de Paula, aquel día muy trajeada de punto en blanco, como si quisiera hacer resaltar la negrura de su piel. Al fin llegó la hora de tomar el camino de la iglesia y fué necesario ir al patio a rescatarlo del asedio de la turba infantil.

Por el trayecto iba un poco prevenido contra el remoción que le anunciaron tendría que soportar. En el sitio de la ceremonia consideró de muy buen augurio el que tan-

ta gente le esperara. Reconocía al padre Crispulo, corpulento y mofletudo; al doctor Lima, a quien había aprendido ya a decirle padrino y a varias de las amigas de la abuela. Llegaba además en compañía de papá Marcos, mamá Aurelia y la abuela, cuyo nombre no se acostumbraba a cambiarlo por el de madrina, como ella deseaba. No era el asunto pues como decían. Ni por asomo se sintió intimidado por el tono solemne que asumió el padre al ejercer su ministerio, pronunciando palabras que nunca había escuchado, como si no supiera hablar, ni cuando fué ungido con los toques de sal y saliva, ni al recibir por último el agua consagratoria. Al contrario, sus ojos vivaces escrutaban a los circundantes, complacido de que todos le observaran, haciéndole el objeto de sus sonrisas y comentarios.

Cuanto ocurrió estuvo muy bien pues el regreso fué alegre y ruidoso. Eran muchos los coches y no se cansaban de tocar y retocar sus timbres. En especial lo hicieron al detenerse frente a la casa como si indicaran que había llegado el momento de producir la mayor algarabía. Lo cierto fué que los muchachos acudieron en tropel. Lo único que ahora no era el centro de atracción. Vió que rodeaban al padrino, levantando los brazos y luchando por algo que aquel repartía. Le desagradó tener que bajar del coche casi solo en brazos de papá Marcos. Arriba la situación varió pues de nuevo tuvo atenciones y palabras de halago. Sobre todo cuando la abuela hizo mención de su comportamiento.

—Se ha conducido como todo un hombre. Era que le hacía falta entrar al mundo de los cristianos.....

De allí en adelante no cesó un momento el reparto de refrescos, dulces y juguetes. Vibraron los pitos y maracas con sonos más agudos que nunca. Algunos se tapaban los oídos. El no. La cosa se puso particularmente interesante cuando, al insinuarse las sombras de la noche, fueron encendidos los farolitos multicolores que, junto con los glo-

bos de goma, pendían y oscilaban sobre las mesas esparcidas por la terraza y el patio. Eran como pompas de jabón muy grandes. No hubiera querido retirarse, pero cuando llegó la hora de hacerlo, hubo que proveerle de un nutrido haz de globos que muy orondo se llevó a su dormitorio.

La noche no era, sin embargo, para dormir. Así pensaba cuando le desvestían con sumo cuidado para no maltratar el traje nuevo que había lucido con orgullo. La fiesta seguía sin estar él. Solamente que ya no se oían voces de muchachos sino que cada vez eran más de gente grande. También había música. El sueño lo sentía ahí mismo pero lo mejor era mantenerse despierto por si resultaba posible ver algo. Paula permanecía, como siempre, sentada en la mecedora de enfrente a su cama, aguardando a que cerrara los ojos.

—Paula, hazme un cuento...

Se le acercó.

—¿No pue dormí, mijijo, no? Ya se lo dije a la doña... La suerte que ya ere critiano y el ángel etá contento....

—Paula, yo quiero ver....

Lo llevó con gran sigilo hacia la puerta y se la entreabrió. Desde sus brazos podía alcanzar con la vista la terraza, el salón del comedor y la sala de recibo. En la primera, bailaban varias parejas muy ceremoniosamente alejados entre sí sus componentes como si no quisieran molestarse unos a otros. Papá Marcos y mamá Aurelia formaban una. Más allá, al interior de la casa, había gente que le era conocida. El padrino conversaba con un grupo de personas entre quienes se contaba la abuela. También distinguió al amigo Manijas, individuo muy importante, según decían, pese a su pequeño tamaño. Tal vez por lo mucho que brillaban sus lentes. Quizá por lo alto de los tacones de su calzado. El Padre Crispulo permanecía senta-

do en una mecedora abanicándose con el amplio pericón de canas que papá Marcos solía usar. A su lado una señora le hablaba mucho. Temió que la abuela hubiera descubierto que él, en vez de dormir, estaba curioseando todo aquello, pues se desprendió repentinamente del grupo de que formaba parte, enfilando aprisa en dirección hacia donde atisbaba, pero fué para detenerse ante el padre Crispulo y besarle el anillo. Entonces terminaron sus observaciones, porque Paula decía, en tono quejumbroso:

—Uy, me tienes molío el brazo. Pesas un quintal. Vamo pa la cama.....

VIII

Pero la cosa, sin embargo, no terminó de aquella manera. Al día siguiente, con lo que hablaban en la casa, se enteró, como si los viera, de otros detalles. Desde temprano, cuando aún Paula le vestía, oyó la voz de la abuela. No todo lo que hablaba parecía serle grato. Así de un general Tilo.

—El general Tilo no puede quitarse el campo de encima. Ya me carga que no sepa decirme sino doña Rosillo. —¿Qué dice mi doña Rosillo? Claramente le llamé la atención: —Mi querido general, recuerde, soy la viuda Rosillo. O doña Eulalia, si usted prefiere. El muy zángano lo que hizo fué reirse con esos dientazos y esos bigotazos que tiene.....

Continuaba: la gente nace con lo que es suyo. Qué simpático, qué cortés y buen conversador es Teodosio Manijas. Un verdadero caballero. Me dicen que en la Cámara cuando se para a hablar todos se aboban escuchándole.

Fué entonces la voz de papá Marcos la que intervino:

—Manijas es el político joven de más porvenir. En poco tiempo se ha ganado a la gente. Por algo cada uno de

los partidos lo quieren por suyo. El como no bobo se está haciendo el interesante.

—Pero no se puede negar que ya sabe distinguir, Marcos, se apresuró a afirmar la abuela. Nadie que tenga dos dedos de frente va a preferir a otro que no sea don Paco. Por cierto que tuvo la gentileza de atribuirme todo el mérito de la fiesta.

—Usted, mi señora, haría un magnífico político. Sabe mover las voluntades y bien querríamos disponer de una voz como la suya.

—¿Le parece? —contesté yo.

—Lo aseguro. Aquí tenemos una pequeña muestra. Se han reunido para festejar la cristianización de su nieto un grupo selecto de personas representativas. No es difícil imaginarse que a usted se debe en gran parte.

Para cuando la abuela decía aquello él estaba muy vestido y había hecho acto de presencia en el comedor. Le pareció por eso que la cara de papá Marcos denunciaba suma complacencia. Le vió inclinarse un poco hacia atrás en el asiento y decir con un tono de quien se esforzaba por ser sencillo:

—Cierto que vino mucha gente. Juancito cuando tenga conciencia no podrá quejarse de su entrada al mundo de los cristianos. La celebraron el Gobernador, el Presidente del Ayuntamiento, legisladores, hombres de letras, lo mejor del comercio y figuras de la política. En fin, que yo cada día, desde que nació mi hijo, me siento más como si fuera un criollo.

A seguidas agregó:

—Mi compadre Lima se portó espléndidamente en el reparto de las monedas. Eran pesos de plata los que daba. Pero después parecía un poco como desentendido. Se ve que le preocupaba el quebranto de doña Irene.

—Hum, siempre he creído que Augusto no es más que un lobo encubierto. Y como había tantos paquistas.... Ya se lo decía a Juan, que en gloria esté: esos que tu ves así, indiferentes, cuando el paquismo va viento en popa, no son más que enemigos ocultos. ¡Dios mío, perdóname si le levanto falso testimonio! —concluyó santiguándose.

Hasta entonces mamá Aurelia no había dicho esta boca es mía. Tuvo la sensación de que acababa de caer del cielo cuando la oyó hablar. Reconvénia a la abuela:

—Jesús, mamá, no asegures las cosas así. Eres más apasionada de don Paco que el mismo papá. Quien no comulga con él no merece para tí la menor compasión.

Por el estilo de los de la mañana continuó oyendo comentarios durante todo el día y los siguientes. Supo también que se leía en el periódico. Nada, que no eran papá, mamá y la abuela los únicos interesados en él, sino también los vecinos y los de más allá.

IX

Pero el mundo reservaba muchas cosas para ir conociéndolas. Unas a otras se sumaban para formarlas y convenía aprender a manejarlas. Al fin se hacían como si estuvieran ahí de siempre para que uno las tuviera en cuenta y las usara.

En particular valía la pena lo risueño y bullicioso. Era muy apropiado para el juego. Con ello se confundían personas y colores, parajes y caminos. El don de la palabra se hizo maravilloso porque, cuantas veces pedía, papá lo celebraba. Se dió cuenta de que todo podía comprarse o era regalado a juzgar por lo que papá Marcos afirmaba. Al principio era un balbuceo, luego articuló claramente su frase favorita:

—Papá yo quiero que me compres para que me regales....

Papá Marcos exhibía cara muy alegre. Cierto que para él era una gran complacencia tener la oportunidad de darle lo que deseaba. Fué muy fácil adquirir el hábito de ir a esperarle en la escalera, al escuchar sus pisadas, y preguntarle:

—Papá, ¿qué me trajiste hoy?

Entonces venía lo divertido. Con las manos tras las espaldas le ocultaba lo que traía. Se esforzaba por verlo. Le circuía ruidoso. Al fin el mismo papá le mostraba el presente con un gesto que significaba: ves, lo que no esperabas. En ocasiones fué un libro de estampas vistosas que luego hojeaba con delectación.

—Papá, y ¿cómo es que este papá viste con faldas como mamá? —le preguntó un día, señalando con extrañeza la lámina que representaba un mandarín chino.

—Mi hijo, hay muchos países y los hombres no son todos iguales ni visten de la misma manera. Ya cuando sepas mucho comprenderás todo eso.

Al él la idea de que era bueno que las gentes se conocieran unas a otras y se dieran a ocuparse de una misma cosa le vino con el trato del vecindario. Había chicos que le eran iguales y con quienes al juntarse todo quedaba resuelto en juegos. El mundo no dejaba entonces duda acerca de sus perfiles risueños. En el curso de los días se sucedían sin tregua las entretenencias.

Largos eran los años pero el tiempo llegaba de cada cosa. Con el cielo claro y las brisas precursoras de la Nochebuena se mezclaban los colores de las chichiguas y los pájaros. También el olor peculiar del papel transparente almidonado y de los péndones de bambú con que se hacían los aeróstatos. Le encantaba verlos elevarse y mantenerse luego en la alto, serenos, como si fingieran importancia, o balanceándose levemente, como regocijados, la cola rizada por el viento. Las proporciones crecientes de

los suyos fueron dándole la medida de como él iba siendo más grande. Hubo que habilitar la subida al techo de la casa pues desde allí resultaba mejor volarlos. Llegó el día en que el asunto tomó cariz de pugna. No era propenso a tomar parte en ella. Le apenaba contemplar como la caricia solapada de la cola de uno de los aéreos navegantes sobre el hilo que sostenía a otro precipitaba a éste sobre la lejanía desconocida, enredándose en sus propios aditamentos y retorciéndose adolorido. De todas las bocas salía entonces el mismo grito:

—¡En banda, en banda!....

Aunque se sentía inclinado a preservar el rasgo risueño de la vida no tardó en darse cuenta de que asomos de heligerancia como aquellos eran también parte de la convivencia con los chicos del vecindario. Nada como el patio amplio de la casa para restringirlos. Hacia él los atraía con su abundancia de juegos y su nutrido repertorio de juguetes. Además era bueno porque allí no tardaba en hacerse presente su superioridad sobre los otros que le rogaban por este o aquel juguete o porque les permitiera usar los columpios y trapecios.

Otra ventaja era que guarecía de las pependencias con los golfillos guapetones al llegar la temporada de las boias, cuando aquellos arrasaban sorpresivamente con las posturas de las esferillas de vidrio, dejando a ganadores y vencidos a idéntico nivel, mientras rubricaban la hazaña con la consigna acostumbrada:

—¡Coca mandó la ley!....

Pero hasta el patio podían llegar las asechanzas de las rivalidades y de las fricciones de la lucha. Se empeñaban algunos en alabarse como mejores jugadores que él, en decir que conocían a quienes tenían juguetes más atractivos, en mostrarse más hábiles en trepar a los árboles y en hacer uso de los columpios y los trapecios. El nombre

de Cosme Ramírez tuvo un particular sabor de molestia. Era evidente su mayor agilidad y disposición que los demás. Parecía ser muy fuerte y no temerle a nada. De repente se les esfumaba para vocearles luego desde la copa del mango desde donde dejaba caer las frutas. Paula, a sus voces, salía al patio, alarmada, llamando a mamá y reconviniendo a Cosme con la amenaza de contárselo todo a doña Mariana. El descenso era tan rápido como la subida dejándolos boquiabiertos mientras él se daba cuenta de que cabían dentro del pecho cosas que faltas de consistencia material podían sin embargo herir como si tuvieran filo. Pero quieras que no hubo de admitir que valía la pena estar junto a Cosme. Salir en su compañía a la calle inspiraba confianza pues sin saber por qué los pendencieros le respetaban. Fué de gran ayuda para extender los confines del vecinario. No tardó en completar, a su lado, la vuelta a la manzana, como si fuera la circunvalación del globo.

De ese modo conoció más gentes y sitios. De manera especial le dejó complacido la visita a la casa de Cosme. Había hermanos pequeños y la mamá sonreía como la gente muy buena. La juzgó así al encontrarla extendiendo sobre una tabla limpiísima la masa apetitosa de unos piñonates. De la fama de estos tenía noticias por haber oído hablar de ellos en casa.

—Los hace de chuparse los dedos, —decía la abuela, poniendo los labios en mohín y saboreando en falso.

Por eso aceptó goloso el obsequio de una porción liberal sobre un papel blanco y transparente. Entonces advirtió que los chicos le hacía señas para que se acercara a la cocina. Allí estaban alrededor de una gran cacerola de cobre, cada uno con una cuchara, raspando de las paredes del recipiente la porción del dulce que había quedado adherida a ellas. Se unió a la faena sin vacilar obteniendo gajes muy suculentos. Después el agua fresca, cris-

talina, extraída de la tinaja panzuda, sació su sed devoradora.

A partir de aquella experiencia, se consideró más cerca de Cosme Ramírez. Por eso se sintió muy afligido al enterarse otro día de que el padre faltaba en la casa. No se imaginaba, en verdad, que pudiera haber quienes no tuvieran padre.

—Yo me iba a llamar Cosme Ramírez hijo. Pero ya no....

—¿Y quién te hace regalos entonces, Cosmito?

Al ver que se ponía triste, no se atrevió a seguir preguntando. Pero no pudo evadir desde entonces la impresión de que algo le faltaba. Como si su imágen tuviera alrededor un gran vacío. Pero Cosme continuaba siendo dinámico, emprendedor, osado.

Lo sentía y lo apreciaba cuando a la calle tenía que correrse al llegar junio y ocurrir las grandes emigraciones de mariposas a través de la ciudad. El vuelo ingravido de las interminables caravanas duraba días pero siempre era más nutrido en el aniversario de su santo. Desde cuando lo recordaba le había dicho la abuela:

—Es San Juan que te las manda....

Tuvo así una temprana sensación de propietario que se consideraba defraudado al ver como los otros muchachos se daban también a la caza de las inusitadas transeuntes para ensartarlas, como trofeos de triunfo, en las pajuelas obtenidas de las hojas de los cocoteros.

Pero la calle se revestía de su atracción máxima cuando los diablos cojuelos desfilaban en ruidosas pandillas con cintas y adornos superpuestos a los trajes de colores chilonos. Las caretas con que se cubrían el rostro le recordaban animales fabulosos. El sonido de cascabeles y campanillas poblaba el ambiente. Retumbaban las vejigas so-



bre el pavimento o las costillas de los muchachos. En los primeros años se mantenía en permanente actitud de asecho en el balcón de la casa; después se lanzaba a la calle trasponiendo, con alarma de mamá, los límites dentro de los cuales tenía tácita licencia para circular. En seguimiento de los enmascarados descubrió muchos rincones del recinto urbano. Cuando se daba cuenta de lo alejado que estaba de la casa, se intranquilizaba, pero la actitud de Cosme le volvía el ánimo. Más tarde, en el comentario en el patio, hablaba de ello con el orgullo propio de quien ha realizado una arriesgada hazaña explorativa.

X

El tamaño en aumento del mundo fué extendiendo cada vez a mayor distancia los puntos que lo limitaban. Abarcaba desde la casa propia hasta la de la abuela y desde allí al establecimiento de papá Marcos. Se poblaba de cosas y personas nuevas que poco a poco aparecían.

La pulpería había sido pequeña en otro tiempo pero ahora tenía varias puertas, por cada uno de los lados de la esquina, de acera alta y desnivelada, en el piso bajo de una casa grande. Le llamaban sobremanera la atención las pesadas argollas de hierro empotradas en la acera y las cuales servían para que los compradores con monturas amarraban a éstas. Le regocijaba tropezarse con los caballos y jumentos que aguardaban muy parsimoniosos la salida de sus amos. En el interior se desplegaban los largos mostradores, cubiertos de latón, en donde las monedas tenían un sonido sordo muy distinto al que les era propio si caían al suelo.

Había múltiples cosas además de comestibles. Comprendía como papá le llevaba tantas. Telas, artículos de cuero, loza y hojalatería. Sin embargo, el tono lo daban los grandes frascos con vistosas golosinas y los escapates que mostraban objetos y figurillas de fantasía. Ei



olor, a melaza, a consecuencia de los almacenamientos de azúcar, le asediaba gratamente, lo mismo que el zumbido de las abejas que pululaban de uno a otro extremo.

Hacia el escritorio instalado en sitio aparte se encaminaba en busca de su padre. A menudo era causa para la recepción regocijada de los tertulianos siempre presentes. Tenía entre ellos sus preferidos. No era en verdad el estirado don Rudescindo que rígidamente enfundado en su saco oscuro apenas podía inclinarse para cargarle. Por obra de la prenda su sensibilidad olfativa, muy despierta desde que llegaba, le había identificado con cierto olor penetrante sumamente desagradable porque le recordaba el asquillo por las cucarachas. Tampoco gozaba de su aprecio Pepe Buitrago que invariablemente hacía sonar las coyunturas de los dedos antes de pasarle las manos huesudas por la cabeza. A Lico Peral sí lo miraba con simpatía. Era menudito, dicharachero, siempre sonreído. Ciertamente cuando era besado por él percibía un aliento cálido y aromado que seguramente se debía al ron pues había oído decir más de una vez a papá:

—Este pobre muchacho Lico Peral... Tan inteligente como es pero solamente tiene boca para beber ron...

Sin embargo, también le oía hablar mucho. Papá mismo le ponía suma atención cuando lo hacía. Mencionaba a menudo lo dicho por otros, y siempre los nombres de éstos merecían notorias muestras de respetuoso acatamiento por parte de papá Marcos. Al parecer eran hombres que habían escrito libros.

—La pluma de Víctor Hugo, mi querido don Marcos, siempre será difícil de igualar. ¡Ese rasgo de genialidad que supo poner en sus magistrales descripciones! Mire que en Los Miserables, cuando evoca a Waterloo....

Las cosas que decía tenían a veces mucha música como si las cantara. Evidentemente disponía de muy buena memoria.

—No habrá entre nosotros otro poeta como este, mi querido don Marcos. Observe la melodiosa composición de la primera estrofa.....

Junto a él, como haciéndole contraste, estaba siempre Beato Peñales. La contradicción era manifiesta desde la contextura física hasta la manera de conducirse. No podía imaginarse a Lico sin sonrisas mientras que nunca recordaba a Beato sin su seriedad taciturna y reconcentrada. Cuando Lico le acariciaba, le expresaba mil cosas, le llevaba a la balanza para pesarle, su compañero se limitaba a observar como guardián impávido. A Lico además podía él sin mucho esfuerzo alcanzarle la carita, redonda y de piel lampiña, mientras que Beato era alto, fornido, con el rostro situado muy lejos, el cual le resultaba escaso para las orejas desmesuradamente grandes y tanto ojo, boca y nariz como los que se apeñuscaban en su fisonomía de mulato.

Según todas las señales, pensaba que los hombres tenían que ser fuertes y valientes. Hablaba muy poco, como si le diera trabajo encontrar las palabras, pero cuando desplegaba los labios se oía una voz gruesa, profunda, que siempre se refería a reyertas, luchas, guerras en que solamente intervenía gente guapa y decidida cuyas acciones se desarrollaban al doblar de la esquina o en sitios lejanos y desconocidos. Que el general, que la guerrilla; que los alemanes, que los ingleses; que la batalla, que el acorazado.... Un día lo vió trasladar por encima del mostrador un cajón pesadísimo como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Sin prestar apenas atención a las gracias de papá Marcos y a las exclamaciones de los presentes, prosiguió hablando de un sitio extraño llamado Japón:

—Desengáñese, don Marcos, dominará al mundo....

Al fin se fijó en el gesto de estupor de los circunstantes para remangarse la camisa y mostrar con orgullo el

brazo contraído, en el cual sobresalía la desusada protuberancia del biceps, y repetir con orgullo:

—¡Hum, las buenas arepas de mamá!

XI

La vida comenzó a exigirle cuando, a los seis años, llegó la hora de que aprendiera las primeras letras. Para ese momento venía siendo preparado desde mucho antes. Había tenido ya motivos para barruntar que lo relacionado con los libros era cosa de suma importancia. Para ellos estaba destinada nada menos que casi toda la planta baja de la casa. Allí estaban; allí a veces iba a verlos: alineados, tranquilos, silenciosos, como si aguardaran algo.

Se daba cuenta de que su padre gozaba cuando él, sorpresivamente, penetraba en la biblioteca donde leía. Entonces le acomodaba un asiento junto al propio y le ponía entre las manos un libro con grabados llamativos. Con frecuencia se refería a la necesidad de que supiera pronto leer para que fuera amigo de todos aquellos libros que le esperaban. Los miraba: en verdad que eran atractivos sus lomos con inscripciones doradas y sus cubiertas de piel reluciente. La solicitud paterna adquiría a veces visos de enseñanza: Juan, mira, esta es la letra A; esta es la B; pero él olvidaba pronto la improvisada lección, pues resultaba más divertido el contemplar las láminas.

Pero al fin un día la cosa vino en serio. Era necesario saber las letras. Vió que colocaban un pizarrón cerca del patio y que traían una mesa y sillas. Ya le habían dicho que tendría un maestro; por la tarde, después de comida, le llamó papá Marcos para agregarle: aquí tienes a don Tomás, quien te va a enseñar a leer.

La primera impresión fué favorable. Ante todo, porque su estatura era escasa. También por ser endeble y

tener una vocecita aññada que había escuchado cuando venía en camino. Pensaba que eran cualidades que le aproximaban a su propio nivel. Sin reservas se le acercó.

—Buenas tardes, maestro.

—Buenas tardes, mi hijito. Me dice don Marcos que te gustan mucho los libros. Vamos a ser muy buenos amigos.

De cerca pudo darse cuenta de que cuando don Tomás hablaba le saltaban por entre las comisuras de los labios leves gotas de saliva. Sin embargo, sus dientes eran muy bonitos. No recordaba haberlos visto jamás tan blancos y parejos. Cuando le tomó entre sus brazos y a duras penas pudo sentarle en las piernas sintió el agudo roce de sus huesos. Pero olía bien. El perfume parecía surgirle de la dura pechera de la camisa, que escuchaba crugir al recostarse sobre ella, así como del cuello alto y engomado. La piel de la cara mostraba que poco antes se había empolvado; le llamaron la atención las acumulaciones de polvo en las arrugas del rostro.

Las clases dieron comienzo sin pérdida de tiempo. Las nociones de la disciplina y el esfuerzo fueron cobrando realidad categórica. A una hora, los días señalados, llegaba don Tomás, y a otra se iba. Su arribo indicaba que él tenía que sentarse frente a la mesa y atender al pizarrón. Las lecciones con frecuencia derivaban en juegos pero exigían siempre atención o, por lo menos, repetirlas una y otra vez con monótona insistencia.

Los progresos tuvieron para papá Marcos demostración elocuente cuando en una oportunidad, de regreso a casa, le aguardaba en la escalera. Pero esta vez no le preguntaba nada, sino que se dió a exhibir, levantándolas cuanto se lo permitían sus brazos, las piezas de madera de un vistoso abecedario, a la vez que proclamaba en alta voz el nom-

bre de las letras. La sorpresa fué regocijadamente celebrada por papá Marcos quien, cargándole, dijo:

—Te mereces un gran premio. Dime qué quieres.

Probablemente no aguardaba una respuesta tan inmediata y decidida como la que le dió:

—Pasear en el coche de Crispín.....

XII

El coche de Crispín era el mejor entre todos. Siempre como acabado de pintar, con sus asientos acharolados, que olían a nuevo, y unos adornos de flecos que pendían alrededor del tapacete. Además el caballo, a diferencia de otros, era robusto y bien cuidado. Le encantaban los paseos que tenían lugar en él las tardes de ciertos domingos tanto que le hubiera gustado hacerlos diariamente.

Sentado junto al auriga, en el asiento delantero, en aquella tarde de paseo excepcional, experimentaba la sensación de que la ciudad desfilaba en revista ante sus ojos, enterada de su triunfo. En las calles había bastante gente y estaban los comercios abiertos. No era lo mismo los domingos cuando toda actividad se suspendían y los transeuntes eran escasos.

En esta oportunidad, como siempre, le divertía contemplar primero las ancas poderosas del caballo moverse al ritmo del trote sonoro y a la cola del bruto oscilar como si llevara el compás. El coche se deslizaba arrastrado por la vigorosa tirada que hacía crujir los arneses y entonces volvía la vista hacia las ruedas delanteras que giraban a ambos lados de su asiento. El esmalte negro con filete rojo que cubría los aros y los radios relucía de manera vívida. Las ruedas salvaban las desigualdades y obstáculos del deficiente pavimento, aquí saltando una piedra, allá descendiendo a una pequeña hondonada para ascender luego, im-

primiendo al coche un brusco salto, otras un suave balanceo.

Luego se complacía en mirar hacia ambos lados. Disfrutaba al ver como las casas, las personas, los postes del alumbrado, los árboles y todo cuanto encontraban estaba en movimiento mientras que el carruaje permanecía estacionario. En esta tarde la impresión se hacía más persuasiva por causa de la gente que deambulaba por las calles y de la actividad que desplegaban. Menudeaban los saludos a su padre y a su madre, que iban a sus espaldas, y él se los apropiaba bajo la creencia de que todos estaban al tanto del motivo del paseo. Cuando tendía la vista hacia el frente veía las calles largas, rectas, prolongarse de manera desmesurada. El sol que caía a plenitud sobre la superficie amarillenta permitía abarcarlas en toda su extensión. La idea de la distancia se incrementaba a la medida de su propia pequeñez y de las limitaciones de su capacidad de traslado. Visto desde la plaza el bastión de la muralla que vislumbraba en el confín aparecía como algo sumamente remoto. Sin embargo, el caballo con su tic-toc, toc-tac, no tardaba demasiado en alcanzarlo.

La ciudad conservaba, por lo que oía decir a papá Marcos, numerosos recuerdos de acontecimientos extraordinarios y edificaciones relacionadas con cada uno de ellos. En verdad que las casas parecían musitar muchas cosas como si por años y años hubieran estado en pie observando todo lo que pasaba. Algunas eran gachas, de puertas bajas; otras parecían empinarse sobre las aceras disparejas, como si pretendieran ver muy lejos. En las ventanas enrejadas las mujeres se asomaban con los rostros recién acicalados. En las casas de doble planta los balcones, corridos a todo lo largo, crujían con las pisadas de las gentes que en ellos tomaban el fresco.

Papá tenía muchas noticias acerca de las iglesias, las casas, las murallas. Hablaba de los tiempos muy viejos en

los cuales habían sido hechas. La iglesia grande, cuya campana oía diariamente con un toque solemne a la hora del Angelus, en tono grave y pausado de admonición, mostraba las piedras pesadísimas de sus muros como si todo en ella hubiera sido calculado para inducir al respeto y a la veneración.

En cambio, había otras más pequeñas, situadas a la vera de discretas plazuelas, de campanas con sonido alegre y parlanchín, cuyo repiqueteo incesante era un encanto escuchar, acompañado de petardos y cohetes que, con su estampido, ponían término al recogimiento producido por el toque de ánimas, conmoviendo a todo el barrio entre la algarada estrepitosa de los muchachos.

El recorrido por las calles principales obligaba a pasar por los mismos sitios repetidas veces en poco tiempo. No dejaban de interesarle los desvíos por parajes menos frecuentados en donde parecía cristalizarse una impresión de sosiego y reposo. Era más claro el lenguaje de las casas tan expresivo en sus colores. Se atrevía a jurar que de ciertos zaguanes salían voces que invitaban a seguir adelante y que el vuelo airoso de arquillos y balcones, refugiados en su soledad, dejaba traslucir una sonrisa.

Para las historias de luchas estaban las murallas y los bastiones. Muy frecuentemente cuando papá las traía a cuento Crispín no podía resistir la tentación de agregar algunos detalles y corregir algunas fechas. En materia de tiros y cañonazos Crispín parecía haber visto y oído disparar infinidad. Papá se refería a los sucesos de muchos años atrás; a Crispín le gustaba evocar los recientes, dando nombres de gentes conocidas y asegurando que él los había presenciado con sus propios ojos.

—Aquí fué donde el general Chepe se portó como un león cuando el sitio de..... Me parece estar viéndolo avanzar sin cuidarse de las balas y disparando con su carabina....

Observaba como el cochero se quitaba el tabaco de los labios, lo sostenía entre los dedos y accionaba con la misma mano mientras con la otra retenía las riendas. Seguía atentamente la dirección de su mano enfilada a la muralla y no dejaba de extrañarle la semblanza impasible de ésta ante la actitud beligerante de Crispín.

Por alguna de las puertas de los viejos muros salían a los parajes en donde las edificaciones cambiaban de aspecto y estaban mucho más espaciadas. Papá hablaba entonces del progreso y afirmaba que allí estaría la ciudad moderna con casas nuevas y muchos jardines. En oportunidades se entusiasmaba tanto que cualquiera creía que ni más ni menos estaba viendo lo que anticipaban sus palabras. Esto casi siempre sucedía cuando, ya de noche, era hora de regresar.

A la vuelta las sombras atribuían otros perfiles a los objetos y las gentes semejaban tener premura en arribar cuantos antes a sus casas. El repercutir profundo y solemne del toque de ánimas se extendía por la ciudad y era como la señal para encender las luces públicas. Entonces caía en la cuenta de que habían llegado. Crispín restallaba el látigo sobre el lomo del caballo, emitiendo un sonido peculiar con los dientes y la lengua al detenerle, para luego escupir sin desprenderse del tabaco y aguardar con un gesto característico que papá Marcos le pagase.

Al entrar en la casa venía el aroma del chocolate preparado para la cena.

XIII

Otra cosa era en las temporadas de lluvia. Los días se hacían entonces prolongados, interminables, y quedaban interrumpidas las salidas a la calle y los paseos en coche.

Tampoco aparecía el maestro Cifuentes. Pensaba que la oscuridad debida a los tupidos nublados era la causa de la atmósfera opresiva en la cual los ruidos se extinguían y todo quedaba inmovilizado. Repentinamente iluminaba y estremecía el ambiente el destello de los relámpagos y el impacto ruidoso de las descargas eléctricas.

—María Santísima,—decía la abuela si estaba presente, moviéndose de manera apresurada hacia el interior de la casa, en donde oraba ante las imágenes religiosas colgadas de las paredes.

Afuera, mientras tanto, había comenzado a llover, y aunque de cuando en cuando se sucedían nuevos truenos y relámpagos, la caída de la lluvia por horas y horas, con su ritmo monótono, apaciguaba su inquietud y al fin se hacía perceptible una sensación de humedad hasta en las palabras de la gente.

Resignado, se iba a mirar desde la ventana baja la precipitación del agua sobre la calle, que no tardaba en convertirse en un impetuoso torrente. Por culpa de los desagües inadecuados el nivel subía y subía hasta llegar a inundar el piso bajo. Impulsados por la velocidad que les imprimía la corriente, pasaban inestables, balanceándose, trozos de madera, cajas de cartón, fragmentos de papeles, que su ansia andariega veía perderse de vista con secreta envidia.

Más de una vez quiso unirse a los chiquillos del vecindario que, en paños menores o desnudos, chapoteaban con ruidosa algarabía en la calle transformada en río. Pero lo único que le toleraba el cielo materno, ejercido a distancia, era bajar al patio hecho ya un verdadero lago. Allí, solo, cerraba los ojos para introducirse en el agua y recibir el primer contacto de los manantiales desbordados desde el cielo. Luego reía y se daba a correr pero ni aún así se reconciliaba con su confinamiento.

En el interior de la casa el silencio y la falta de movilidad parecían confabularse para desesperarle. Ni aún estando la abuela había animación pues por lo general agotaba el tiempo en ejercicios piadosos. A papá Marcos venía a buscarlo temprano Crispín en el coche y mamá Aurelia se refugiaba en su dormitorio a realizar labores de costura, a la luz de la lámpara que había que encender, cuando no prefería volver a la cama tan pronto papá se iba. Como Paula le sabía impedido de moverse no se cuidada mucho de él y tan generalizada indiferencia le era insoportable. Aguardaba por eso con ansiedad el regreso de Marcos a la hora meridiana para el almuerzo casi siempre líquido y humeante. El coche se aproximaba a la puerta con cuidado, hendiendo sus ruedas las aguas, y viéndose obligado Marcos a saltar al fragmento de acera de la casa que a duras penas sobresalía de aquellas.

Su comentario generalmente era el mismo:

—No sé para qué he ido a mojarme, si hoy nadie ha salido. Sin embargo, a las tres retornaba a su establecimiento “porque tenía mucho que hacer”.

Daba a veces la lluvia tregua en su caída suficiente para que descendieran las aguas, despejándose los cerrados nubarrones y permitiendo el paso de un leve resplandor que aliviaba el ambiente. Le parecía entonces que todo, inclusive el sol, se había lavado la cara. La corriente de la calle continuaba deslizándose en bajo nivel y era propicia para llevarse vertiginosamente hacia el mar los leves barquichuelos de papel que se perdían a la distancia perseguidos por los gritos y las carreras de los muchachos.

Cuando, después de varios días, cesaba el diluvio y el sol brillando a plenitud se daba a secar cuanto abrasaba con su caricia ardiente, todo relucía como recién lustrado, aún las piedras del inestable pavimento de la calle, desgastadas por el paso de las aguas.

XIV

De la mano de Paula era conducido una tarde hacia la casa de la abuela. Como de costumbre iba reconociendo el camino gracias a los detalles del trayecto tantas veces frecuentado. Aquí la casa de esquina de dos plantas con ventanales que lucían más pequeños por lo alto que estaban. Más luego la calle estrecha, con mucha vegetación junto a los arroyos y por la cual, debido a los segmentos de acera desiguales, era preferible transitar medio a medio de la vía; el balcón de madera, con balaustres muy tallados; el zaguán amplio, con su muda invitación a pasar al patio, donde había muchos árboles; finalmente, en la misma cuadra, acogido a una puertecita junto a la esquina, el ventorri- llo en donde a veces le compraban frutas y dulces que paladeaba con deleite. No tardaron en llegar a la plaza. Se dió cuenta enseguida de que algo ocurría diferente a lo ordinario. Una gran cantidad de personas se aglomeraba en el centro alrededor de un individuo que, colocado en sitio más alto, agitaba los brazos y vociferaba. Sus palabras eran recibidas con nutridos aplausos y también con gritos y al parecer protestas. Cuando estuvieron más cerca pudo reconocer a quien hablaba. Era el amigo tantas veces mencionado por su padre, el diputado Teodosio Manijas.

—Dios mío, cuánta gente—, dijo Paula. Vámonos por otra parte.

Ni por pienso. Quería ver aquello. Se las compuso de la mejor manera posible para retardar la marcha e inclusive escondió la mano cuando Paula quiso tomársela para proseguir caminando.

La multitud se hizo más ruidosa. Le halagaba sentirse entre el bullicio. Veía a la gente arremolinarse y escuchó vivas y mueras. De repente, de uno de los extremos de la plaza acudieron grupos a toda carrera y estampidos secos, vibrantes, estremecieron la escena con sus ecos como



restallar de látigos. No les eran extraños. Al contrario. Los conocía muy bien. Eran tiros. El alboroto fué tremendo. La gente se desparramaba por las cuatro direcciones y las puertas y ventanas circundantes se cerraban de manera violenta y ruidosa. A Paula la oyó gritar mientras le cargaba:

—¡Ay, vírgen bendita, ampáranos!

En aquel momento sintió que el corazón se le quería salir del pecho. La gente seguía como enloquecida. Los disparos menudeaban entre los gritos. Apretándole mucho Paula se incrustó materialmente en el hueco de una puerta y él, con los ojos saliéndoseles de las órbitas, vió como un hombre que pasaba a toda carrera se agarraba un brazo ensangrentado. Entonces no pudo contenerse y comenzó a llorar. El llanto tuvo la virtud de abrir la hermética entrada. En el interior de la casa se dió cuenta de que Paula temblaba de manera violenta al sostenerle. Otros brazos le tomaron pero su turbación era tanta que apenas advirtió las caricias y consuelos de que le hacían objeto para calmarlo. Todo había sucedido tan inesperadamente y de manera tan atropellada que cuando estuvo de nuevo en la calle, pasado el desorden, no podía recordar los rostros de quienes le habían protegido hacía unos momentos.

Paula decidió continuar hacia donde la abuela por hallarse más cerca de ella que de casa. Caminaba ahora a trote largo. Escuchaba a la gente comentar sobre lo acaecido. La reunión de la plaza había terminado pues cuando volvieron a cruzarla estaba casi desierta. Alcanzó a distinguir a unos soldados y a lo lejos la tribuna desde donde hablaba momento antes el amigo de su padre. Cuando llegaron a casa de la abuela, Paula empujó sin contemplaciones la puerta y penetró con la misma precipitación de una perseguida que al fin logra ponerse a salvo.

—¡Doña, aquí estamos!— gritó sin poder contenerse.

Le había invadido una sensación de alivio difícil de describir. Pero en contraste con otras oportunidades, en esta no le llegó la voz de su madrina que, desde el patio o desde alguna de las habitaciones interiores, siempre le incitaba a acercarse. Reinaba silencio en la casa. Curioso, a punto de sollozar de nuevo, se detuvo con Paula en la puerta del pequeño oratorio de la abuela, en donde ella rezaba de hinojos ante una gran imagen del Corazón de Jesús.

Solamente después de permanecer un buen rato aguardando pudieron dar rienda suelta a los tremendos deseos de hablar con que habían llegado. Su atropellado "bendición madrina" se confundió con las expansiones de cálido afecto de la abuela. Paula comenzó a explicar:

—Jesú, doña, qué terrible ha sío eto....

Pero la abuela no la dejó proseguir.

—Sí, mi pobre muchacho ha tenido que cruzar entre las balas por culpa de esos bandidos. Pero ni los niños le tienen ya miedo. Pronto se les acabará la vagabundería....

Cuando le entregó el pan untado de mantequilla con que acostumbraba a obsequiarlo, no le pareció apetitoso como otras veces, pero el tono bizarro con que hablaba la abuela le había reconfortado hasta el punto de darse por satisfecho de haber tenido la angustiosa y sorpresiva experiencia.

No cesaba de mirar a Paula, quien continuaba con los ojos muy abiertos, sin poder salir de su asombro, pero sin ocultar en parte su complacencia, como si se hubiera librado de un duro reproche. Animada sin duda por el giro del asunto fué como vino con intenciones de tomarle de la mano para volver a casa.

—Doña Aurelia debe estar desesperá,— dijo.

—No, déjamelo —arguyó la abuela— Recuérdale a Au-



relia que mañana es Día de Finados y que vamos temprano a misa.

XV

No había despuntado aún la claridad del alba cuando sintió que le llamaban. Con rostro compungido salió del lecho y se dispuso a hacer frente al madrugón involuntario, alentado por la esperanza de que tal vez vería cosas interesantes, pues después de todo se trataba de un día excepcional.

La abuela estaba acicalada y lista para salir. A las seis tenían que ir a misa, le dijo, y al propio tiempo dispuso que le sirvieran una taza de café con leche, tostadas y mantequilla. Al concluir de asearse, tomó asiento a la mesa y empezó a desayunar con apetito.

La voz cascada e imperiosa vino desde el patio cuando terminaba:

—Date prisa. Ya están tocando el segundo.

Apenas pudo masticar el último bocado, pues le tomó de la diestra, haciéndole enjuagarse la boca en un santiamén, mientras que con una ancha mota le empolvaba la cara. Luego le peinó con algo de solaz al sentir el contacto de los lazos cabellos y extrayendo del fondo del armario de su aposento una boina se la puso sin mayores ceremonias. Con leve empujón le alejó de sí y pareció conforme con su obra al contemplarla.

Se dejaba manejar con aparente indiferencia aunque desde que vio la boina una secreta rabia le había invadido. Le desagradaba en extremo usar aquella prenda que era como un distintivo que pregonaba la autoridad a que obedecía.

La mañana estaba fresca y despejada. Todo lo hacía sonreír un airecillo travieso a través del cual se transpa-

rentaban los variados colores de las fachadas. La caricia de la brisa apaciguó como por encanto su rabia sobre todo cuando amenazó llevarse la boina. Hasta parecía animar el toque lento de las campanas.

Ante el viejo templo de piedra, de campanario poco airoso y patinado por el tiempo, se extendía la plaza pequeña por la cual cruzaban numerosos fieles. Las relaciones de la abuela eran interminables. Adquiría la sensación, cuando la acompañaba por las calles, de que todos los habitantes de la ciudad eran familiares suyos. Menudearon los saludos como de costumbre y se vió acariciado por múltiples manos.

—Pero, ¿es este el hijo de Aurelia?

—¡Oh, pero si ya es un hombre!

—¿Y qué edad tiene?

—¡No puede negar que es nieto de su abuela!

—¿Te parece?—interrogó la aludida.

—Y me dicen que es muy inteligente,— arguyó otra.

—Pero si es tan mono. Y tan bien que le queda su boina.

—Y riéte, hija, el trabajo que me cuesta para que se la ponga.

Hasta que le mencionaron la boina, lo encontró todo bien. El abejoneo de las voces a su alrededor le agradaba. Pero cuando se refirieron a la prenda que tenía en la cabeza una nueva oleada de rabia le invadió. Tampoco esta vez dijo nada, sin embargo; pero oyó a la distancia, pues ya le llevaban en volandas al interior del templo, que la viejecita imprudente comentaba:

—¡Uy! y seriecito que sabe ponerse...

La cólera reprimida tornó a calmarse al punto que el

ambiente del templo le rodeó. El olor a incienso, el relucir de los cirios y de los adornos de los altares, el resonar de los ruidos en las amplias bóvedas, le encantaban, le atraían. Por aquel lado, ciertamente, le gustaban las inclinaciones de su abuela. Lo malo era cuando le ponía a rezar y hacer penitencia.

Sentado en un banco, mientras la abuela se hallaba a su lado arrodillada en su reclinatorio, veía allá en el fondo la figura del cura moverse de un lado a otro. Pudo reconocerlo: era el padre Crispulo, gran amigo de la familia y quien recordaba le había bautizado.

Por experiencias recientes sabía que a veces era posible tener como verdaderas cosas que no se hallaban al alcance de la vista. Entonces se sentía alejado del mundo como si perdiera todo contacto con él. Algo por el estilo se aproximaba. Los acompasados movimientos del sacerdote, el silencio que reinaba y los destellos de cirios y joyas en la semioscuridad, le producían un efecto perturbador que, en vez de traducirse en recogimiento, le llenaba la mente de deslumbrantes fantasías. Acabaron de extraviarle los rostros, símbolos y ornamentos esculpidos alrededor del arco por donde se pasaba a la capilla lateral próxima a su asiento. Las luengas barbas de los personajes, sus trajes similares a los que vestían príncipes y reyes en las estampas, la profusión de relieves que completaba el aderezo del muro, hicieron que volvieran a su memoria ciertos cuentos de hadas, de brujos poderosos, de magnates poseedores de enormes riquezas y secretos inviolables. De tal manera se imaginaba a Dios. Si todo le era posible, en qué iba a emplear su poder sino en rodearse de fasto, de esplendor, en hacer que los demás le rindieran homenaje y en asombrarles con sus dones. Cuando el coro se unió a cuanto le producía semejantes alucinaciones, fué presa de un pequeño mareo y vaciló en su asiento. A lo mejor, pensó, aquel momento lo aprovecharía Dios para aparecer y por eso le nublaba la

vista, para que no lo viera. Uno o dos minutos estuvo trastornado y al recobrar su consciencia notó inesperada claridad. En un principio la creyó parte del fenómeno pero luego vino a cerciorarse de que se trataba de la luz de un rayo de sol que acababa de penetrar a través del vidrio coloreado de uno de los ventanales superiores del templo. Al volver a la realidad encontraba, por tal motivo, mayor interés en el espectáculo.

Para sentirse seguro se dió a mirar a todas partes con evidente azoramiento. De continuo se veía cruzar, en puntillas, a algún fiel que abandonaba el recinto o bien a otro recién llegado que buscaba donde acomodarse.

Con el rabillo del ojo observaba a la abuela postrada en oración. Era el suyo un rezo apresurado que a ratos lo rasgaban no menos veloces persignamientos. Al tiempo de uno de estos, trató de que la imitara, tirándole de un brazo y diciéndole en voz que ella creía baja:

—Mi hijo, por Dios, no seas hereje; arrodíllate y reza lo que te he enseñado.

Ni por asomo se le hubiera ocurrido identificar a la mano de la abuela con la de Dios pero sin tardanza asumió fielmente su papel de fervoroso.

Un cuarto de hora después se sentía cansado y deseoso de salir a respirar el aire puro de la calle. Cuando terminó la misa y vió que la mayor parte de la concurrencia se disponía a partir experimentó un gran alivio. Pero la abuela en vez de emprender el camino de salida dió alcance al padre Críspulo. Entre saludos cordiales le hizo éste objeto de una caricia. Al contacto de la mano levantó la cabeza pero sin alterar su mutismo; la figura del sacerdote le produjo una sensación de pesadumbre como si se le viniera encima con toda su corpulencia.

—¿Cómo está ese hombrecito?...

—Padre, —dijo la abuela—, la misa de Juan quiero que me la digan en el altar de San Juan.

Se sintió desfallecer. Comprendió que le faltaba por lo menos otra media hora de rezos. Y tendría que consumirla de rodillas, pues se trataba de su abuelo y no le perdonarían dejara de observar la mayor compostura y la más honda devoción. Aquellas cosas eran la parte trágica de la religiosidad de la abuela. Si no fuera por eso....

Tomaron asiento delante de la capilla donde se veneraba al santo evangelista. Sumiso, pero prometiéndose que sería la última vez que visitaría a la abuela, poco después se arrojaba sobre un cojinetete.

XVI

Al retornar a casa de la abuela, fué al patio, pequeño emporio de pulcritud, cultivado con esmero y asiduidad. Estaba dividido en varias porciones por los arriates cuidadosamente delineados con ladrillos de un rojo encendido. En cada una de ellas ponían su vivo colorido rosales y otras plantas florecidas. El sol se derramaba con radiante luminosidad sobre el jardín hogareño tornando clara hasta la oscura tierra.

Le encantaba ir allí a asomarse al brocal húmedo del pozo que quedaba al fondo y a observar el deslizamiento insinuante de las lagartijas por los tallos de las plantas. Bastaba a su índole más bien pacífica la contemplación de la vida en movimiento sin pretender convertirla en estertor de muerte. En el último inocuo quehacer se hallaba embebido, cuando intervino la voz de la abuela:

—Juan, ten cuidado con el sol, que por eso es que estás tan prieto.....

Luego la voz vibró encaminada hacia la cocinera para pedir un cuchillo.

En sus manos el implemento cortante, manejado habilmente, comenzó a descargar las abrumadas plantas. En silencio contemplaba como las flores confundían sus colores en la canasta en donde caían. Cuando el recipiente estuvo lleno fué conducido hasta la mesa del comedor.

Con paciencia de artífice la vió entregarse a su faena. Hablaba de una corona para la tumba del abuelo. Estaba absorta en su trabajo, enredadas las manos entre alambres y perjurando a ratos, si las espinas le clavaban, cuando llamaron a la puerta.

—Juliana, ve a ver quién está ahí.

A poco rato volvió la fámula explicando que la señora de don Pedro preguntaba si podían regalarle algunas rosas.

La abuela no pareció sentirse complacida pero se limitó a decir:

—Toma, que le lleven éstas y que no le mando más porque tengo muy pocas.

Dicho lo cual tornó a su trabajo. Un rato más tarde volvieron a llamar a la puerta.

—Que dice doña Justina que si le puede regalar algunas flores para adornarle la corona a don Jacinto,—explicó Juliana.

La abuela frunció el entrecejo en un gesto amenazador que le era familiar pero la alarma no pasó de eso pues contentiéndose hizo un pequeño ramo con unas cuantas rosas y lo entregó a la serviciala.

—Dile que no le mando más porque tengo muy pocas.

Enfrascóse de nuevo en su obra murmurando palabras ininteligibles. Le divertía contemplar sus diestras manos moverse, entretejer unas flores con otras, combinar los colores e ir dando forma al fruto de sus afanes.

Su mente había sido embargada por muy diversas impresiones desde la tarde anterior pero por sobre todas sobresalía la recibida en la plaza al cruzar frente al mítin. La agitada actitud de los concurrentes, sobre todo la de quien, desde lo alto, gesticulaba y gritaba sin descanso, los aplausos, los vivas y mueras, con el seco estampido de los disparos y las carreras apresuradas, quedaron grabadas en su imaginación con caracteres indelebles. Las alucinaciones de la iglesia tenían mucho menos fuerza. Ansiaba volver a su casa para, libre de la vigilancia de la abuela, dar rienda suelta a su deseo de imitar con los compañeros cuanto había visto.

Se escuchó repentinamente otra llamada a la puerta. La abuela levantó los ojos y dirigió la mirada penetrante hacia la calle como si fuera a defenderse de un peligro. Juliana acudió presurosa para retornar a poco con algo en la mano.

—Doña, dice la señorita Eugenia que si le hace el favor de rellenarle con las flores que le sobran esta corona. Ella vió las rosas que usted le mandaba a doña Justina y las encontró muy lindas. . . .

Lo que esperaba sucedió. La abuela tomó en sus manos la llamada corona y fué adonde aguardaba la mensajera. Escuchó su voz vibrar y herir como un látigo.

—Pero bueno, ¿y qué es lo que se han creído? ¡No saben que si yo tengo el trabajo de cultivar estas flores es para poder usarlas cuando las necesito! ¡Esto de creerse la gente que lo que una tiene es de todo el mundo! Mira, dile a Eugenia que yo no puedo hacer nada; que con ella ya van por la docena las que han mandado por aquí. . . .

La sirvienta, amedrentada, recibió el armazón de alambre y él, que sigilosamente se había aproximado a la puerta, pudo oír que decía al poner el pie en el umbral:

—Jesú, por una floreñitinga tanto ecándalo. . . .

XVII

Por la tarde emprendieron el camino del cementerio llevando tras ellos un negrito con la corona destinada a la tumba del abuelo. Se sentía muy empolvado, ataviado con traje nuevo y su boina, y tenía que hacer un buen esfuerzo para mantener el paso al compás del presuroso de la abuela. Caminaba muy atento, sin embargo, escuchando con cierto egoísmo los elogios que ganaba la corona, como si le correspondiese al mérito de la confección.

Empezó a encontrar mucha gente en las calles. Las mujeres por lo general llevaban flores y por donde quiera se veían personas vestidas de negro, no obstante lo cual, lo mismo que en la mañana, la aparente despreocupación de la mayoría, el aspecto animado de las calles, la atmósfera despejada, le producían una impresión que no era precisamente de duelo.

Dentro de su pequeño mundo, de límites familiares, el cementerio de la ciudad era algo muy lejano. Recordaba que en los dos años anteriores, al acompañar a la abuela, había tenido que hacer un camino largo y fatigoso. Esta vez la cosa le resultaba más interesante pero el concepto de la distancia no parecía haberse modificado y continuaba con su cariz de lejanía difícil de alcanzar.

A medida que se aproximaban a su meta aumentaba el gentío e iba adquiriendo la sensación de quien es arrastrado por un torbellino. Entre tantas personas se imaginaba más pequeño que de costumbre pero al propio tiempo una íntima confianza le alentaba como si pronto fueran a ser todos viejos conocidos.

Al incesante movimiento del paso de los transeuntes se unieron en breve gritos estentóreos. Los proferían los vendedores al ofrecer sus artículos de voz en cuello. El vocerío se le entraba por los oídos y le molestaba más porque,

contra lo que esperaba, ninguno de los pregoneros parecía reconocerle calidad de posible comprador.

—¡Velas, velas, buenas y grandes!

—¡Flores, marchante, aquí tiene las más frescas!

Eran hombres, mujeres y niños que interrumpían el paso y se atropellaban unos a otros en cuanto advertían un presunto cliente.

Les cobró súbita animadversión porque no reparaban en él. Era un juego en el que quería tomar parte. Solamente atendían a la abuela.

A las puertas del cementerio la confusión resultaba indescriptible. En escaparates improvisados se ofrecían cirios, lamparillas de aceite, cajas de fósforos. Había cruces y coronas de flores o bien éstas estaban sueltas en grandes canastas o esparcidas sobre esterillas en el suelo, marchitas y en abigarrado desorden. Precios, solicitudes de rebajas, ruidos metálicos de monedas, se mezclaban sin regla ni concierto.

Pasaron por en medio de aquel barullo. La abuela le sujetaba fuertemente de la mano como temiendo perderlo y a cada rato se detenía para observar al negrito que traía la corona y una funda repleta de velas.

El sitio de reposo de los restos de don Juan Rosillo se hallaba a bastante distancia de la entrada y tuvieron que soportar innumerables tumbos y hacer igual número de zig zags para alcanzarlo. Llevado del ejemplo hizo su parte en los gestos de temor supersticioso con que fueron evadidas algunas fosas recién abiertas y otras señaladas por el amontonamiento de la tierra sobre ellas.

La última morada del abuelo carecía de pretensiones. Pulcramente conservada, tenía en el brazo horizontal de la cruz un letrero que en delgados caracteres ostentaba el nom-

bre de Juan Rosillo y debajo dos cifras separadas por una rayita. Deletreó aquel nombre para sentirse repentinamente ligado a él.

El negrito puso la corona sobre el monumento funerario y entregó la bolsa con las velas. Otra cosa de juego le pareció el minucioso cuidado con que la abuela las colocaba en fila y luego las encendía, una a una, utilizando la mano como pantalla.

El sol brillaba a sus anchas en un cielo en que apenas había nubes. El calor era sofocante y fué aumentado por el que despedían las llamas que el más leve movimiento del aire zarandeaba. Bajo una pequeña sombrilla se guarecieron mientras el negrito, muy satisfecho, partía con una moneda entre las manos, dando brincos y tarareando una canción popular.

—Seguro que tu madre no viene —dijo la abuela en cuanto estuvieron solos—. Ni aún en un día como hoy se decide a salir para estar un rato junto a su padre.

La frase “junto a su padre” le quedó vibrando en el oído y enseguida pensó que tal vez su abuelo estaba paseándose debajo del suelo que pisaban impaciente por ver a su hija.

No eran raras en boca de la abuela las palabras de reproche para papá y mamá. Era una cosa normal; sin duda todas las abuelas eran iguales. La noción de autoridad, durante la infancia, le cupo muy bien a la suya. Allá, en el fondo del corazón, estaba el cariño por ella, pero era más cómodo rehuir su contacto. Papá nunca tuvo durezas ni impuso disciplinas rigurosas, mientras que, desde que llegaba adonde la abuela, le asaltaba el recuerdo de una boina intrusa a la que odiaba.

—Abuela, —preguntó, presa de una irrefrenable curiosidad—, ¿los muertos están siempre solos cuando uno no los viene a acompañar?

—No, mi hijo. Ellos se acompañan los unos a los otros. Después que la gente muere, no toda va al mismo sitio. Los buenos van a una parte y los malos a otra. Tu abuelo estoy segura de que está en el cielo. Entonces se dió a explicar lo que era el infierno, el purgatorio y la gloria celestial.

Ya estaba, como a veces ocurría, sobresaltada su imaginación. La figura del abuelo, con su carita fina de ojitos vivaces, que le miraban fijamente en cuanto entraba a la sala de la abuela, en donde colgaba su retrato, se le aparecía con traje de raso y zapatillas de charol, reluciente de gemas, caminando por entre avenidas bordeadas de árboles cuyos frutos despedían vivísimos lampos. Pasaba de repente un personaje en un lujoso carruaje dorado con una enorme llave y un letrero con su nombre: San Pedro. El abuelo, prosternado, aguardaba la bendición. Después, poseídos sus ojos de irresistible fuerza se fijarían en un naranjo: yo quiero aquella, la que más brilla. El ángel vendría volando para cogerla suavemente y la tomaría para dejarla en sus manos. Poco más allá corría el riachuelo con aguas como oro líquido. El abuelo tendría un capricho. Yo quiero que mis manos sean de oro: y enseguida se cumplirían su deseo. Luego, saltando, alegre como un chiquillo, y mostrándole sus manos a todo el mundo, se perdería en el bosque próximo en donde cantaban las aves al paso de los ángeles.

La tarde declinaba y se insinuaban las sombras. Un crepúsculo prematuro, de nubes rasgadas y tonalidades violentas, comenzaba a sumergir el horizonte en una orgía estridente de colores. Los rñiles de cirios encendidos en el cementerio resplandecían como una inmensa hoguera.

A medida que avanzaba la noche, limitando el campo de su visión, escuchaba mejor los sonidos. Estaba sentado en uno de los sepulcros contiguos y por los rumores cobraba noción de lo que estaba ocurriendo. Percibía un ajetreo

en incesante incremento pues cada vez era mayor la afluencia de gente. Desde fuera, en alas de una brisa fresca, venía el eco de los gritos de los vendedores y dentro del recinto flotaba un murmullo cargado de palabras indiscernibles.

De su ensimismamiento debía sustraerlo la llegada del padre Crispulo acompañado de un monaguillo de piel lustrosa, mirada pícara y hábito mal cuidado, cuyo rostro reflejaba, en escala mínima, las luces próximas. Volvió a sentir la pesada diestra sobre la cabeza y tuvo conciencia otra vez de que la abuela, que había salido al encuentro del cura, estaba presente.

—Padre, ya había pensado en usted. Como dijo que vendría. Quiero que me le cante un responso al pobre Juan.

El sacerdote se lamentó del tanto trabajo de la tarde, pero tomando con gesto resignado el incensario de manos del monaguillo comenzó a agitarlo acompasadamente.

Siguió los movimientos de péndulo del instrumento y no supo cómo se sintió presa de repentina somnolencia que le hizo bostezar con vital impulso.

El monaguillo no había dejado de observarle desde su llegada y no pudo contener una risa estrepitosa ante su bostezo. La mirada del padre Crispulo se volvió con pesadez característica hacia su ayudante. A él la indignación le atenaceaba el pecho, como si aquello fuera un desacato insufrible, e instintivamente aguardó su venganza en la reacción violenta de la abuela, cuyo rostro contraído era señal de desagrado.

Pero la figura del ministro parecía dar la tónica de la escena y como continuaba impasible nada sucedió. La ocurrencia la pasó por alto y se dió a llenar su cometido con voz gangosa. Luego dijo:

—Bueno, doña, está usted servida. Debo seguir porque nos aguardan.

Su indignación no había desaparecido, por lo cual sufrió lo indecible al ver que la abuela se deshacía en cumplimientos y entregaba disimuladamente un billete al monaguillo de rostro jocundo.

Poco después partían. Fué toda una proeza cruzar por entre el gentío más tupido según avanzaban las horas. Al aproximarse a la salida tuvieron que detenerse. Era imposible continuar. Un polvillo leve vagaba en la atmósfera, efecto de las miles de pisadas sobre el pavimento mal acondicionado, y parecía sostenerse en el aire sobre los reflejos de la luz de los cirios.

—A lo mejor sale uno de aquí con tamaño catarro, comentó la abuela en el colmo de la contrariedad.

Apenas había dicho esto, cuando una voz profunda surgió a sus espaldas.

—No se apure, doña, que yo la ayudaré a salir.

Era el timbre inconfundible con que hablaba Beato Peñales a quien tantas veces había escuchado en la pulpería de papá Marcos.

Por primera vez estuvo cómodo cuando el recién llegado le cargó con su brazo izquierdo mientras que, con el derecho, se abría paso por entre la multitud. Era una delicia ver como todos le franqueaban el camino. Atrás venía la abuela y la contemplaba, desde lo alto, por encima del hombro poderoso, con indefinible complacencia.

Le hubiera gustado continuar con tan robusto apoyo hasta llegar a casa. Además, experimentaba un frescor en la cabeza que disipaba la somnolencia que había empezado a invadirle. Pero sus esperanzas no tardaron en verse defraudadas al colocarle Beato en el suelo y alejarse después de recibir las gracias.

—Beato, —exclamó de pronto la abuela,— mire, parece que alguien se ha quedado con la boina del niño.

No necesitó oír más para sentirse completamente despierto y pasarse las manos por la cabeza, satisfecho. Su entusiasmo sufrió un rudo golpe, sin embargo, cuando Beato aseguró que buscaría la boina y la devolvería a casa de la abuela. Con tal facilidad le había sacado de entre la muchedumbre que le parecía que todo cuanto se propusiera realizar lo haría de igual manera.

Comenzó el regreso por una callejuela tortuosa y mal alumbrada. La noche había descendido por completo, y al escuchar el eco de campanas que tocaban a duelo, sintió que ahora un hálito de tristeza inexplicable para su sensibilidad recién asomada al mundo le rozaba la frente.

XVIII

No bien habían echado a caminar cuando se le hizo patente que el regreso era una empresa de proporciones irrealizables para sus fuerzas. Le abrumaba el cansancio y el sueño amenazaba cerrarle los ojos de un momento a otro. Tenía la sensación de estar respirando el polvillo que flotaba en la atmósfera del cementerio y le desagradaba percibir una parte del mismo adherido a su piel y a sus ropas. Para colmo, junto a él, la abuela iba impertérrita con su paso nervioso, como si no se percatara en lo más mínimo de la situación que le agobiaba.

Estaba a punto de dejarse caer a tierra, en la esperanza de obligarla a tomar un coche, infringiendo su inveterado hábito andariego, o por lo menos a condolerse de él, dándole algún respiro, cuando la oyó intercambiar saludos con alguien que se encontraba próximo. No le fué difícil reconocer a su padrino, el doctor Lima, quien, a la puerta de su casa, le tomó de inmediato en brazos prodigándole

palmaditas en la espalda. Cuando pasaron al interior de la casa y el médico se arrellanó en una mecedora de amplio espaldar, teniéndole sobre las piernas, le pidió la bendición en el mismo estado de ánimo de quien se veía favorecido por un milagro. Su agradecimiento aumentó al oírle decir:

—Mi ahijado está rendido, mi doña. Se ve que ha tenido una tarde sumamente movida. Vamos a tener que llevarlo en coche.

La presunción de milagro adquirió visos de realidad cuando doña Elvira le trajo un vaso de agua fresca mientras le arreglaba los cabellos desordenados por las alternativas de la fatigosa jornada que había tenido un compás de espera cuando más lo necesitaba.

La abuela, desde que llegaron, no había cesado de hablar. Podía advertir que era presa de una actitud de protesta furibunda contra todo y contra todos. En primer término despotricaba contra quienes le habían interrumpido el paso al salir del cementerio y hurtado su boina.

—Ya es imposible salir a la calle, mi querido doctor. No hay respeto para nada ni para nadie. Ni en un día como el de hoy se guarda la menor compostura. Sabe usted lo que es ese griterío y ese desorden en pleno cementerio. Mire lo que me acaba de pasar.....

Todo conspiraba para que el sueño obtuviera una fácil victoria. Le estaba pareciendo que las voces de la abuela se alejaban cada vez más. A ellas respondía el padrino con unos unjú de asentimiento que se le antojaban distantes a pesar de que resonaban en el pecho en donde recostaba la cabeza. La lámpara de cristal colgada del techo, a la que miraba fijamente, hacía más tenue el fulgor de su luz de manera paulatina. Era evidente que lo que le rodeaba tenía trazas de esfumarse cuando el sonido vibrante del timbre de un coche que acaba de detenerse a la puer-

ta le sustrajo de su estado de semi inconsciencia. Era el vehículo de Crispín y entonces le pareció que, realmente, había ocurrido un milagro. Además, allí venía su padre. La expresión de su cara le impresionó; estaba serio y preocupado, como nunca lo había visto.

Cuando entró, el padrino fué a recibirle después de dejarle sobre la mecedora. Se sostuvo muy bien pues, como por encanto, había recuperado fuerzas. No tardó en ir a arrojarse a los brazos de su padre, a quien oyó decir, dirigiéndose a la abuela:

—Caramba, los buscaba desde hace mucho rato. En el cementerio me dijo Beato que ya habían salido. La situación no está clara y es arriesgado andar por la calle aunque sea Día de Finados. El susto de ayer puede repetirse en mayor escala. No quiero ni recordar el riesgo que corrió este niño....

Entonces sí que se disipó su modorra. La alusión a los sucesos de la víspera tuvo la virtud de ponerle nuevamente en estado de alerta. Se mantenía en pie, entre las dos rodillas de papá Marcos, sobre las cuales apoyaba las manos, atento ahora a las palabras de los presentes.

—Es que tiene que ocurrir algo muy grande, —manifestó la abuela—. No es posible soportar más esta situación. Nunca habíamos tenido un gobierno tan malo. Ah, si mi Juan viviera, ¡cómo estaría sufriendo! Bien decía él que el día en que esta gente gobernara sería el acabóse. Por eso siempre fué fiel a don Paco.

Quería escuchar a su padrino hablar de aquellas cosas. A papá Marcos le había oído decir que era hombre sereno y muy sabio. Curaba a las personas y entendía de todo. A la verdad que le parecía que inspiraba confianza y seguridad. No recordaba haberle visto nunca fuera de su actitud parsimoniosa y el tono de su voz era muy diferente al de la abuela.



—El cariz del discurso pronunciado ayer por Manijas no deja lugar a dudas de que algo ocurrirá de repente. Todos estamos al tanto de que él sabe prever muy bien las cosas y que hace girar el timón en cuanto advierte que amenaza la tempestad. Me dicen que las palabras que usó contra el Gobierno no las había empleado antes. Así es que pronto habrá lo que todos sabemos: la revolución que nada resuelve. Pero lo que debemos preguntarnos es que adónde nos va a llevar este continuo bajar y subir gobiernos, porque el mundo está transformándose y lo nuestro le interesa a otros que no vacilarán en aprovecharse. Cuando eso suceda, nos quedaremos todos con la cara larga y entonces se alterarán de arriba abajo nuestra existencia y nuestras costumbres. Este sabor que tiene ahora la vida en nuestra vieja ciudad me parece que será no más que un recuerdo. Es algo que está a la vista.....

Apenas entendía pero sí sacaba en limpio que lo presenciado la tarde anterior era de suma importancia. Se le aparecía de nuevo la escena, con toda su intrigante novedad, y veía a Manijas gesticulando y escuchaba los disparos. Al padrino no le despegaba los ojos, sin embargo. Ni aún cuando sintió la voz de papá Marcos repercutir junto a su oído:

—Sus razones son muy previsoras, mi querido doctor. Comprendo cuanto dice y lo lamento. Pero lo cierto es que hay que admirar el verbo extraordinario de Manijas y cómo conmueve a la gente. Es el primer orador del momento. Ayer estuvo soberbio. Luego agregó puesto de pies:

—Pero la verdad es que, como están las cosas debemos ser prudentes y permanecer cada uno en su casa.

Ya instalados en los asientos del coche no pudo abstenerse de preguntar a su padre:

—Papá, ¿de qué hablaba tu amigo ayer tarde en la plaza?

—De la política, mi hijo. De la libertad, del civismo, de la cultura.....

Eran nombres nuevos en los cuales no pudo pensar ni poco ni mucho pues sin tardanza los vaivenes de la marcha le sumieron en profundo sueño recostado sobre los brazos de su padre.

SEGUNDA PARTE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

I

Con el despuntar de la juventud las personas y las cosas cobraron perfiles definidos y categóricos. Antes parecían lejanas y a veces desvaídas pero poco a poco fueron adquiriendo proximidad dinámica que le permitió sentir las como parte de sí mismo. Ya no era él, como entonces, asistente pasivo, que veía y escuchaba en silencio, sino gestor llamado a servirse de unas y otras y a contribuir para que fueran como debían ser. La nueva situación había surgido acompañada de la idea de que la actualidad era lo válido y atendible mientras que lo pretérito carecía de cualquier asomo de vigencia.

Se había interpuesto entre lo pasado y lo presente, separándolos como un muro, la presencia de quienes a cada instante eran objeto de mención, primero antes de que llegaran, como si ejercieran, a la distancia, una omnimoda influencia; después, a causa de su actuación visible y sin cortapisas, denunciada por su mismo paso por la calle, en donde era patente su diferencia de los demás, por la apariencia, por la lengua, por el dominio que ejercían, por el temor que inspiraban.

Unas frases resumieron el nuevo viraje del ambiente:

—Eso era antes de que vieran los americanos....

—Ahora los americanos lo hacen de esta manera....

La idea de que eran intrusos y de que había que combatirlos no le fué extraña; eso lo atestiguaban a diario los hechos; pero al mismo tiempo se infiltraba la convic-

ción de que eran dignos de imitarse en muchas cosas y que resultaba apropiado conformar el mundo a la medida de ellas.

Claro que ante todo fué la figura de su padre la que definió sus perfiles. Había ido dibujándose por entre las brumas de la infancia, enmarcada en la talla mediana, que simulaba ser mayor por la proporción armoniosa de los miembros, con el paso tardo, un tanto desgarrado y el traje blanco que siempre vestía buscando alivio a los rigores del clima, para los cuales era particularmente sensible. La nariz roma se las entendía muy bien con los labios gruesos y las orejas de aventajado tamaño. La barba de puro espesa azuleaba sobre la piel sanguínea. La madurez quedaba realzada con toque de grave distinción por los cabellos canos de las sienes. Otros rasgos los cincelaron las palabras que decía, los pensamientos que en él adivinaba y las acciones que le contemplaba realizar.

El afecto y la devoción se afirmaron como cosa innata a medida que fué cayendo en la cuenta de que coincidían en muchos gustos, preferencias y propósitos. Sin embargo, por su parte le era indispensable, a veces, afinar la nota para ajustarla al nuevo contorno, cuya percepción escapaba a su padre.

Le había contemplado hilar la existencia entre los afanes de su trabajo y las solícitas atenciones a la familia. De él aprendió a rendir homenaje a las letras y a las artes y a sus próceres. Para lo demás asumía un evidente talante de espectador. Traía nombres de personas y relatos de acontecimientos pero, por la manera de contarlos, se notaba que no era parte en éstos ni que aquellas prestaban atención a lo que pudiera decir o hacer. Cuando comenzó a salirse de semejante horizonte restringido sintió gran placer en acompañarle. Donde primero se vió mano a mano junto a él, colaborando de manera efectiva, fué en el remozamiento de la antigua pulpería que había sido la ba-

se de la fortuna familiar, a fin de convertirla en un establecimiento a tono con las exigencias de los tiempos y en consonancia con la posición que laboriosamente se había granjeado.

El comercio de expendio al detalle tuvo como local la planta baja de un edificio recientemente construído, luciendo una amplitud no soñada y adornado por llamativas novedades que por primera vez se importaron de Estados Unidos.

—Papá, tus actividades no se limitan ya solamente a la venta de comestibles, —dijo una mañana, mientras revisaban las obras,— y es conveniente por eso que tengas tu oficina en sitio aparte.

Algún tiempo llevaba induciendo a Marcos a cultivar otras ramas de los negocios, con miras a alejar su estampa de la simple de un comerciante al detalle, de manera de diseñarle la de mayor lustre y consideración como caballero de empresas e inversionista afortunado en bienes raíces.

Para sus oficinas se utilizó un espacioso apartamiento de la segunda planta, que ostentaba en la puerta una vistosa leyenda en letras negras, grabadas sobre vidrio corrugado, la cual decía: Almacenes Ventura, C. por A., Presidencia.

Entonces se sintió satisfecho de poder contemplarle dando constante testimonio de su afición al trabajo y de su innegable espíritu progresista. Quedaba su despacho a continuación de la salita de recibo, en aislado resguardo, con la sola compañía de su secretaria, la señorita Aspasia, de redondeada humanidad y habla zalamera. Lustrosos estantes de modernos diseños acogían una serie de libros que impávidos, erguidos dentro de sus atractivos encuadernamientos, proclamaban las conocidas inclinaciones intelectuales de su padre.

Pero la imagen del progenitor se ubicó definitivamente donde deseaba que estuviera cuando sus preocupaciones por el progreso y desarrollo de la ciudad merecieron el reconocimiento que debía llevarle al concejo edilicio. Era notable ya como vecino de arraigo y preeminencia en el medio a que arribara muchos años antes como un poco sin querer. El anuncio lo hizo en un mediodía caluroso, apenas llegado de la calle, mientras aguardaban para ir a la mesa.

—Teodosio me llamó por teléfono para decirme que soy candidato a regidor del Ayuntamiento.

Le escuchó claramente, no obstante estar embebido en la lectura del diario, apoltronado de manera confortable en un sillón y, como movido por un resorte, acudió presuroso adonde su padre para celebrar la grata nueva. Durante el almuerzo no supo tratar de otro tema. La amistad de Teodosio Manijas la ponderó con encomio mientras Aurelia escuchaba en silencio.

Un latente sentimiento de reproche había contribuido a delinear los rasgos de mamá Aurelia. Provenía de que estos no alcanzaban a hacerse presentes del todo ni jamás daban muestra de alterarse por nada. Allí estaba el rostro ovalado, la corta nariz aguileña de ventanas grandes, que nunca se agitaban, los ojos mortecinos, azabachados, la boca que de tanto permanecer callada parecía tener los labios finos en trance de esfumarse. Los cabellos eran los únicos que se afirmaban en su negrura por el contraste de la extremada palidez de la piel.

En su fuero interno nunca pudieron avenirse aquellas notas con la calidad de hija ñe la abuela cuyo cantar era tan diferente. La nariz recta, larga, imperiosa, el mentón cuadrado, los ojos en permanente asombro, advinieron como la efigie misma de la inquietud y el dinamismo. A su intervención vibrante se debía que muchos atisbos y presunciones de la infancia adquirieron patente de cosas ave-

riguadas y sobreentendidas. Junto a la persona del abuelo, invariablemente evocada, fué teniendo forma y magnificándose con proporciones desmesuradas la del caudillo político de la ferviente devoción de la abuela. Por momentos hubiera asegurado que era imposible que cupiera en la casa de ocurrírsele aparecer por ella, máxime cuando se percató de la alabanza que merecía su talla y apostura:

—Hasta por el tamaño y lo bien plantado don Paco es un verdadero Presidente.....

Las acciones y las palabras del entrevistado personaje se difumaban a la distancia en el panorama familiar cuando la abuela las vinculaba a hechos y decires de su difunto esposo:

—Cuando don Paco hizo, Juan pensó.... Cuando el sitio de don Paco contra los lobos, Juan le escribió diciéndole... El primero en ir a ver a don Paco en cuanto llegó fué Juan.....

En el desdoblamiento de nuevos planos que fué acreando el tiempo y la experiencia acumulada, el culto que tan fielmente rendía trató de acomodarse a las perspectivas que las cosas fueron asumiendo.

—Ahora que los americanos han acabado con las revoluciones vendrá la oportunidad de don Paco. El siempre ha sido el hombre del pueblo. Las elecciones las ganará sin susto.....

Sus afirmaciones y pronósticos se le revestían de certidumbre al tenor de su aparente omnisciencia para estar al tanto de todo lo de la ciudad. Hubo un tiempo en que llegó a creer que seguía los pasos de las gentes hasta el interior de sus casas. Admiraba que cualquier dato que inquiriera acerca de fulano o zutano tuviera pronta y explícita respuesta que abarcaba a ascendientes, descendientes y colaterales. Como más palmariamente tuvo conciencia del crecimiento de la urbe fué por las quejas que le oyó

proferir a causa de que el incremento del tránsito y el aumento de las distancias dificultaban su hábito de deambular a través de las calles. A mayor contraste sus fuerzas cedían ante los achaques y los años. La disparidad se le hacía cosa vívida y punzante porque, devota de su ejercicio andariego, se resistía a hacer uso de los nuevos medios de transporte. Más de una vez le había escuchado decir, ante la insistencia de Marcos para que utilizara su automóvil:

—Metida en ese traste, ¡qué puede una ver u oír, si la la gente se le pasa por el lado corriendo, sin un saludo!....

Aquella tarde la aguardó porque quería darle la noticia acerca de la nueva que había traído Marcos sobre su candidatura para regidor. No le fué sorpresivo saber que desde por la mañana estaba enterada. Se sintió de acuerdo con su incisivo comentario:

—Si don Paco supiera lo que tiene y ha dado estaría pensando llevarlo al gabinete.....

II

A idéntico proceso se vieron sujetos los amigos de la familia, aquellos cuyos nombres se mencionaban en las conversaciones con más frecuencia, cuyos hechos y dichos a veces tenía oportunidad de presenciar y oír. Se hicieron más parte de su vida en tanto iba comprendiendo e interpretando mejor sus palabras y los móviles y maneras de su proceder. Al fin fueron también plenamente, por virtud de su trato, personas incrustadas en el juego de su conducta y en los azares de sus aspiraciones y esperanzas.

Entre los recuerdos de la niñez circulaba a menudo la efigie de Teodosio Manijas. Luego su prestigio de hombre público pareció condensarse en su silueta inquieta y en el eco de su verbo persuasivo, vislumbrada la una y percibido el otro a la distancia, en una tarde llena de sobresaltos. Al calor del comentario de Marcos llegó a imaginarse que cuan-

to paso libraba éste fuera de la casa estaba amparado por el ascendiente que ejercía Manijas. No era ajena aquella amistad al auge del negocio de que tan contento solía mostrarse. Pero al reconocerlo ponía sus reservas.

—Teodosio desde el gobierno me favorece mucho. Son cada día más grandes los pedidos y las compras que se me hacen. Pero claramente le he dicho que aunque soy su amigo no soy político. Solamente hombre de trabajo. Me siento un criollo pero tengo presente que nací en otra tierra.....

También podía ocurrir que Marcos fuera quien ayudara a Manijas aunque de manera reservada y como si no tuviera importancia. La oportunidad de cerciorarse se la depuró su padre una tarde cuando, después de leer una esquela, extendió un cheque y comentó en son de broma pero sin ocultar su satisfacción por lo que hacía:

—Hay que ayudar al querido amigo Teodosio en sus apurillos....

Cuando entendió lo que la política significaba ya era presa de la certidumbre de que Manijas era una autoridad indiscutible en ella. También la abuela, que a todo el mundo conocía, así lo proclamaba. El entusiasmo de su padre al reconocerlo no era tan vivo, sin embargo, como el elogio que prodigaba a las dotes oratorias que, según él, permitían a Manijas un ascenso continuo en las posiciones que había ido escalando:

—A Teodosio lo eligieron Senador.... A Teodosio quieren hacerlo diplomático, pero él dice que su puesto está aquí... A Teodosio lo nombraron Secretario de Estado....

Cada una de aquellas alternativas era para su padre no más que consecuencia de las correspondientes manifestaciones oratorias de Manijas. La abuela, no obstante, cargaba el dado con el sentido alerta y previsor del amigo. Parecía adelantarse a los acontecimientos.

—Si no hubieran venido los americanos, Manijas hubiera sido un excelente Presidente para prepararle el camino a don Paco. Pero aún con ellos ha sabido manejárselas. Ha tenido el tacto de reservar sus servicios para zanjarles situaciones difíciles. Así cuando los asuntos han cambiado no ha quedado fuera puesto que siempre estaba en el tejido de la madeja. Y ahora es cuando tiene muchas oportunidades, porque ya los tiros pasaron y valdrán más el talento y la habilidad... Desde luego que don Paco lo tendrá muy en cuenta...

Con el avance del tiempo fué haciéndosele clara también la perspectiva de la vida privada del sujeto. En tono de chanza unas veces, otras como quien aleccionaba, oyó decir a su padre que al eminente amigo le hacía falta el calor del cariño familiar. Su celibato tenía características de cosa definitiva y era la causa de que a veces confesara, deprimido, sentirse en soledad y desamparo. Entonces la abuela traía a cuenta las versiones acerca de verídicos o supuestos lances sentimentales y eróticos de Manijas y, pretendiendo bajar la voz, comentaba en detalle su última aventura amorosa. Salían a relucir nombres de mujeres y hasta hablaba de los frutos clandestinos de aquellas expansiones. Marcos parecía mostrarse cohibido ante tales noticias y se apresuraba a argüir, como si evadiendo la mirada escrutadora de su suegra, se precaviera de presunciones de complicidad:

—No estaba enterado; pero satisfacciones de esa índole son transitorias y no le proporcionan a Teodosio el rincón para el sosiego que él requiere. Hace unos días estuvo diciéndome que se había casado con la política pero que era una esposa muy exigente. La verdad es que necesita de un afecto reposado y estable. ¡Si vieran la ternura con que evoca el recuerdo de su madre! Por más que ha querido proteger a los hermanos son tan inútiles que no han podido salir nunca del campo.

Lo cierto era que no hallaba forma de conciliar esas di-

simuladas vertientes de la personalidad de Manijas, a las cuales su padre se refería, con la índole ostensible de hombre activo y diligente que se denunciaba a primera vista. Tropezaba con él más a menudo pues acudía de vez en cuando al nuevo despacho de Marcos dando así testimonio de cómo se había elevado el nivel de los modestos contertulios de otra época. Aquellos encuentros se lo acercaron tanto que a la postre las faltas de acomodo a su privativa visual de las cosas resultaron de poca monta. Sobre todo cuando las atenciones de Manijas le demostraron que observaba sus pasos con simpatía.

—Veo que estás escribiendo cada día mejor, Juancito. Tu paginita sobre la llegada del nuevo año me gustó mucho. Me dice tu padre que el bachillerato lo terminas ahora. En la Universidad vas a hacer muy buen papel.

La lisonja obraba maravillas. Se sentía en confianza y hasta arrimaba una silla junto a Manijas. Se daba a hablar de letras y de sus estudios y se arriesgaba a rozar la política, pero no tardaba en este terreno en percibir la discreta y a veces evasiva actitud de su interlocutor. Al fin llegó a mortificarle la omisión que de tal modo se le hacía más atrayente. Ansiaba confirmar por sí mismo aquellas atribuciones que en sus discursos hacía Manijas a la juventud como factor sobresaliente para la política. Necesitaba además el ingrediente de la confianza para completar por cuenta propia el rasgo de elemento operante sin rival con que dentro del horizonte de su vida había ido surgiendo y afirmándose el perfil del amigo.

Cualquiera diría que éste escamoteaba el dilema a sabiendas, en interés de resolverlo cuando apareciera un sesgo oportuno. Al remontar su crédito universitario, a estímulo de iniciativas y actuaciones que reiteradamente habían llevado su nombre a la prensa, le extendió sin mayores preámbulos la especie de credencial que aguardaba. Más que de ordinario relucía aquella tarde la fina montura de

cro de los lentes y los cristales que la misma sostenía. Acicalado, como siempre, se resbaló hasta el borde del asiento que ocupaba, en gesto característico suyo que había relacionado desde niño con el escaso alcance de sus piernas, lo mismo que la altura desusada de los tacones del calzado.

Le fué grato que la conversación prendiera sobre sus preocupaciones universitarias.

—La Universidad necesita nueva vida, métodos nuevos. Está sometida a una rutina sin alientos. Más que una institución real y eficaz es meramente una ficción y no hay que olvidar que los pueblos serán según sean sus universidades.

—No han dejado de llamarme la atención los escritos en que insinúas esas cosas. Ahora que se han ido los americanos y volvemos a gobernarnos hay que renovarlo todo. Cuando esté en la Secretaría me propongo impulsar cuanto pueda cualquier manifestación en ese sentido. Ya se lo he dicho a don Paco. Creo que tú y yo vamos a tener oportunidad de colaborar....

Sintió que su padre le clavaba la mirada mientras una amplia sonrisa le iluminaba el rostro. A él la sorpresa le anonadaba pero no hasta el punto de exponerle a perder la oportunidad.

—La despreocupación con que aquello se maneja es un serio problema, —se apresuró a agregar. No sé ni para qué se nos exige inscribirnos cuando bastaría que se nos entregara un programa de cada materia y se nos enviara a nuestras casas. La orientación por parte de los profesores, su rectoría mediante la palabra vibrante en la cátedra, prácticamente no existe. Usted no me creerá, don Teodosio, cuando le digo que en Obligaciones hemos recibido este año solamente una cátedra...

Animado, subió el tono:

—¿Dónde está el ejemplo del maestro, dónde su verbo

contagioso, dónde aquellos que puedan escucharnos y juzgar del fruto de sus enseñanzas, dónde (ya puesto de pies y sobreexcitado)

—Cálmate, Juancito, llega el tiempo en que lo corregiremos todo. Los americanos nos han aleccionado mucho y ya la gente no se conforma con lo de antes. Pensamos en un personal nuevo para la Universidad. No debes pues desmayar. Actúa, escribe, haz campaña que se acerca el momento propicio para convertir en realidad muchas cosas. Corresponde a la juventud dar el tono. . .

Se había aproximado hacia la ventana que miraba a la calle y volviéndose dijo, entusiasmado:

—Veo que tiene automóvil nuevo, don Teodosio. Es el último modelo de Packard ¿nó? ¡Precioso!

III

Perspectivas diferentes contribuyeron a fijar los rasgos de su padrino, el doctor Augusto Lima.

Desde un principio le rodeó de imponentia y respeto por su aventajado continente físico y la gravedad de su rostro. Las noticias que fué allegando confirmaron aquella impresión. Su silueta resultaba inconfundible cuando alcanzaba a verle venir por la calle con su paso presuroso y afectado por ligero balanceo mientras manejaba el bastón con soltura. A veces descendía del coche en el cual realizaba sus visitas profesionales para acudir adonde él se encontraba. En cualquier caso se producían serias dudas en su ánimo acerca de si era tan reservado y severo como su postura proclamaba y los demás solían afirmar porque palabras y demostraciones afectuosas tenían su complemento en la franca sonrisa que no ocultaba el bigote poblado de hebras blanquecinas. Después le conducía al comercio más próximo para obsequiarle con golosinas o si no le deslizaba una moneda en la mano para que él las adquiriera.

Las palabras de loa no escaseaban en la casa para el padrino. Así se acostumbró a tener como motivo de orgullo la potestad espiritual que a él le sujetaba. Marcos se hacía lenguas de la sabiduría y las virtudes de su compadre. Al darse poco a poco cuenta de que tales opiniones eran un consenso generalizado no tuvo dificultad en sentirse partícipe de las distinciones que de ello emanaba. Por espontánea propensión había adquirido el hábito de apropiarse todo cuanto deparaba lustre y elogios a quienes se relacionaban con él. A su debido tiempo le llenaría asimismo muy especialmente de orgullo enterarse del magisterio que ejercía el doctor Lima en la Universidad y del crédito que le adornaba como médico.

De la abuela provinieron los primeros reparos de que fué testigo. Introducía ella su crítica entre los elogios como una hoja de agudo filo por entre la masa blanda de los juicios asentados por otros como cosas por demás sabidas. Su verbo asumía la acritud que le era habitual cuando de semejante menester se trataba. Parecía alentado por un oculto resquemor debido a la renuencia del doctor Lima para prestarse al juego político en oportunidad en que hubiera sido útil a quien era digno de todas las preferencias.

—Es muy cómodo pasarse la vida de santón, —afirmaba— sin preocuparse por el destino de los demás. No le perdono a Augusto que no accediera a poner de su parte cuando don Paco se lo pidió. No hay derecho a tener dizque mucha sabiduría y virtudes para sonarlas como campanitas y nada más....

Entonces atinaba a tropezarse con la mirada estupefacta que él exhibía a medida que iba captando sus palabras. Parece le refrescaba el recuerdo del vínculo que les ataba al doctor Lima e impartía otro viraje a sus expresiones. No dejaban de ser reticentes pero algo las moderaba de manera tal que su padrino recobraba las galas de su auténtica semblanza.



—Entre las cosas buenas que no se le pueden discutir está el como atiende a sus obligaciones sagradas. Para quien respeta las cosas de Dios hay siempre esperanza. A Juan lo quiere y recuerda como a un hijo... Después de todo, lo vió nacer. Tal vez lo que le haga falta es eso: un hijo. Elvira no ha podido dárselo.

Entretanto la asistencia de su padrino iba penetrando en zonas que cada día se le hacían más importantes. Los halagos pueriles de la infancia quedaron atrás. Ya cuando le encontraba por la calle no le regalaba dulces sino que le preguntaba por sus estudios. En una hermosa colección de obras maestras al término del bachillerato tuvo la confirmación del cambio. Se sintió estimulado a frecuentar su contacto deseoso de sentirse en ejercicio del rol de copartícipe de su ascendiente público. De perillas venían las oportunidades de ir a su lado por las calles o de visitar su casa para consultarle sobre cosas de la más diversa especie. Los escauceos literarios se ampararon con gozo difícil de disimular en el tutelaje comprensivo del doctor Lima.

No tardó en sumarse a los intercambios que tenían por escenario, en ciertos días de la semana, el patio acojedor de la casona colonial sombreado por un uvero de tupido follaje. Entre figuras del magisterio universitario, profesionales y estudiantes esperaba sentirse a sus anchas. Al principio sus intervenciones fueron prudentes, pero una vez le ganó la confianza, el tema de la renovación universitaria le pareció que encontraba al fin un auditorio adecuado.

Gracias a tal experiencia comprobó que los foros abiertos no eran tan apetecibles como los sitios en los cuales podía dar rienda suelta a sus opiniones de manera de ser única y exclusivamente escuchado. Recordó que la contradicción le molestaba hasta irritarle. Como si hubiera estado agazapado, en acecho del momento más oportuno para causarle disgusto, dijo presente un antiguo resentimiento de la infancia. Se dió cuenta de que había crecido junto

a él. Lo encontraba adulto. Tenía la cara de Cosme Ramírez. Allí estaba éste pretendiendo sustraerle, con réplicas y reparos, el lugar que le correspondía. Era un viejo juego que no le resultaba extraño pues se había repetido cuantas veces estuvieron cerca. Creía siempre estar mejor enterado; cuando menos lo esperaba, exhibía un dato que los demás ignoraban; le desagradaba enormemente su prurito por el análisis y el razonamiento. A la indignación llegaba cuando veía que se burlaba de lo que no era preciso y positivo.

—Por lo que oigo, no acabas de decir en qué consistiría la renovación. No creo que entiendas que basta solamente con palabras. Hay que ser más positivo, amigo Juan. ¿Y si en vez de nosotros reformar, somos los reformados, por andar a ciegas?.....

Le resultaba imposible en tales casos eludir el impulso de levantarse de su asiento, subir la voz y adoptar un gesto grandilocuente. Sus razones se revistieron de un tono admonitorio que al provocar la risa de los circunstantes acabó por obligarle a condescender con la general hilaridad como si todo fuera una broma. Pero no siempre iba a alcanzar para tanto su aptitud para la simulación. Por suerte, la medida del doctor Lima era como un sedante persuasivo que, al ayudarle con una salida decorosa, le producía al mismo tiempo el halago de ser partícipe en los vaquillos del padrino.

El ámbito limitado de la conversación a solas no entrañaba aquellos resgos y deparaba, en cambio, el prestigio de una intimidad sazónada por las experiencias y los conocimientos del doctor Lima.

—Juancito, si quieres llegar a saber algo, nunca creas que sabes. No pienses que es una repetición rutinaria de la vieja muletilla socrática. No; es que he llegado a enterarme por propia experiencia. En mi profesión veo que cada día un conocimiento distinto sustituye al previamente



aceptado para después comprobar que el recién adquirido tampoco se ajustaba a la verdad.

—Sin embargo, padrino, el saber es el que en definitiva mueve al mundo.

—Pero precisamente no estoy poniendo en dudas las virtualidades del saber, sino advirtiéndote que el primer saber, que es la conveniencia de prevenirnos contra lo que creemos saber, debe hacernos mesurados, modestos y tolerantes. Debes tenerlo muy presente.

—Padrino, usted es muy noble y muy desinteresado. ¡Con lo que pudiera ser si quisiera! A veces no lo comprendo.

—Espero que cuando los años te enseñen algunas cosas más entonces me comprendas.

—Acato cuanto dice pero creo que primero se está aproximando el tiempo en que vamos a tener que exigirle. No en balde es usted de los maestros verdaderos que tenemos en la Universidad. Es natural que pensemos en usted cuando damos rienda suelta a la idea de una renovación. Aunque a veces pienso que a mí no me escucha como a Cosme Ramírez. Caramba, no le pierde ni pie ni pisada.....

—No sé a cuál exigencia te refieres pero de antemano conoces mi disposición a cooperar en todo cuanto sea posible. Acerca de Cosme Ramírez ten en cuenta que laboramos en la misma facultad, mientras que tu vocación te ha llevado al Derecho. Es un muchacho sumamente meritorio y lo aprecio mucho.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no disentir del juicio sobre Cosme Ramírez en forma explosiva. Se arrepentía de haber traído su nombre a la conversación. A su padrino lo miraba de hito en hito, y alcanzaba a ver en la penumbra del despacho a sus ojos expectantes traduciendo

toda la expresión del rostro que coronaba el escaso cabello de las sienes. Le animó la inalterable semblanza benévola. Cuando escuchó de nuevo su voz grave había recuperado la convicción de ser copartícipe de su acervo de respetabilidad y sapiencia.

—Pero a todas éstas no me has dicho, Juanito, qué es lo que intentan exigirme.

—La verdad es, padrino, que aspiramos a que sea el Rector. Cuenta ese anhelo nuestro con muy buen ambiente en las altas esferas del Gobierno. Como se habrá usted dado cuenta, soplan aires de renovación. Son muy distintas las cosas. De elementos como usted, todos esperamos mucho.

Lo vió alcanzar toda su estatura al erguirse desde el asiento. Luego resultar estrecha la habitación para sus pasos. El rostro continuaba mostrando el sello de bondad que le era peculiar pero su voz le cayó como si repentinamente se desbordara un torrente y arrastrara el cúmulo de sus más recónditas esperanzas:

—Creo que no estás hablando a tontas y a locas sino que sabes muy bien lo que me estás proponiendo. Voy a expresarme con franqueza. Estamos de acuerdo: hay muchas cosas que corregir en la Universidad. No ignoro lo bien fundada que es la queja sobre la olímpica despreocupación con que la mayoría de los profesores atiende a sus deberes. Pero hay que preguntarse si de corrección no está necesitado casi todo. Tu entusiasmo te hace imaginar que hay renovación cuando solamente ha cambiado el aspecto exterior de las cosas. Te refieres sin duda a que la ciudad crece, a que el automóvil pone un toque de ruidoso dinamismo en el ambiente, a que nos empeñamos en estar al día en las novedades y se realizan algunas obras. Pero se vive para el momento; se administra como si para el mañana no existiera ninguna responsabilidad. El dinero se obtiene mediante empréstitos sin escrúpulos para rema-

char nuestra servidumbre frente al extranjero. Increíble cuando acabamos de tener una lección vergonzosa. Antes pensábamos en términos de valor y bizarría personales y ahora el bienestar y el confort, esa palabra que nos era desconocida, dan la medida de cuanto hacemos o pensamos. Las ambiciones políticas se manejan de manera distinta pero con peores móviles e idénticos resultados. El mismo desorden administrativo anterior con la agravante de la despreocupación por todo lo que no sea el buen vivir. Nada indica que el asunto de la Universidad no sea parte de esa lamentable situación. Como la repudio no puedo acceder a lo que me propones.

En las manos hubo la sensación de algo que se escapaba dejándole un inmenso vacío. Confusamente percibía, bajo el peso de las palabras del doctor Lima, de cuyo significado no lograba percatarse plenamente, que su padrino no era, como hasta entonces había supuesto, parte del conjunto de personas y cosas dispuesto para que él se moviera y actuara. Mucho menos era cierto presuponerse usufructuario del prestigio con que había emergido a la luz de su conciencia.

Sin atinar con una salida para su embarazo arguyó:

—Pero, podría hacerlo como prueba....

—No, Juancito, prefiero continuar desde lejos. Pero te advierto que soy el primero en acariciar el anhelo de que al fin nos unifiquemos en una empresa de resurgimiento nacional, con visión de largo alcance; que demos-tremos que nuestros problemas somos capaces de solucionarlos con nuestros propios recursos; que adquiramos el sentido de la disciplina y apreciemos los beneficios del esfuerzo; que despertemos nuestra dormida conciencia social.....

No pudo seguir escuchando. Un profundo sentimiento de aflicción le embargaba.

—Padrino, ya me parece que usted no lo es... Lo estoy viendo tan lejos, tan lejos, como si Cosme Ramírez me lo hubiera quitado y se lo llevara para él....

IV

La nueva la llevó a la casa con el íntimo convencimiento de haber sido víctima de un fraude. Su disposición de ánimo se vió abonada por el hecho de que Marcos, sin acertar con una explicación para la actitud de su compadre, de manera insólita tuvo para él frases de reproche. Afirmaba que no podría perdonarle el mal rato que iban a sufrir cuando notificaran a Manijas el fracaso de la misión. Hasta Aurelia alteró su casi inmutable indiferencia con gestos decididos de asentimiento. En consonancia con ellos esperaba que serían de violentas las palabras de la abuela pero, para su sorpresa, ésta se abstuvo de llegar a los extremos que frecuentaba sin apuros con motivos menos importantes. Satisfecha según parecía con el cumplimiento del pronóstico que, a base de su experiencia, había dejado entrever, argumentó sobre el respeto a que eran acreedores los lazos espirituales que les unían al doctor Lima.

—Recuerda, Marcos, que se trata de tu compadre. Yo bien se que en el fondo no es más que un profundo egoísta, y sobre todo, lobo redomado, siempre lo he dicho, pero donde Dios puso su mano, no nos queda más remedio que detenernos. Así me decía el padre Crispulo....

Por su parte, el resentimiento reservaba la mayor porción para Cosme Ramírez. En su envidia estaba la clave de la actitud del padrino. Nunca ha podido perdonarme, reflexionaba, que yo dispusiera de lo que a él le faltaba, inclusive de un padre. Cuando niño jamás estaba de acuerdo conmigo en nuestros juegos en el patio y siempre pretendía lucirse. Luego en la escuela se las daba de estudioso y

sabihondo para hacerme sombra. Ya tenía la pose de hijo perfecto que trabajaba en la noche para sostener a su madre viuda y a sus hermanos. Sin embargo, hasta hace poco la pobre doña Mariana continuaba haciendo dulces para vender....

Al calor de la ocurrencia no fué remiso en criticar cuanto sabía de la vida de Cosme Ramírez hasta el momento en que le encontró de nuevo en la Universidad junto al doctor Lima.

—Ahí se ha dado también a escribir. En todo me sigue los pasos. Está resultando insufrible.

Apaciguado el estupor desagradable de los primeros días, no obstante, Marcos le escuchaba sin llegar a convenirse, lo denotaba su rostro, de la culpa única y absoluta de Cosme Ramírez. Por el contrario, asumiendo aires de serenidad, tornaba a cavilar sobre las causas de la conducta de su compadre. Volvió a insistir en lo que desde hacía tiempo le insinuaba: que no todo salía a pedir de boca con su proceder. El tema trajo la incómoda sensación de que pretendía regatearle los derechos de su mayoría como si éstos fueran licencias que no se avenían con las aspiraciones en que estaban identificados. Tales las salidas de su temperamento sensible, dócil a la expansión bohemia, que Marcos se empeñaba en calificar como notas discordantes con el naciente crédito de hombre de letras y estudio y perjudiciales al buen lustre del mismo.

La verdad era que él ni por asomo acordaba con la semblanza severa, grata a su padre, y la cual, como tantas otras cosas, se le antojaba anacrónica. Los tiempos nuevos repudiaban todo cuanto olierá a fijeza e inalterabilidad teniendo en cambio exigencias inapelables de variación y movimiento. Lo mismo que la vieja ciudad desbordaba los arcaicos moldes de su configuración urbana, remozándose en su interior y expandiéndose fuera de los estrechos límites de las murallas, la vida la dibujaban normas con deli-



neamientos más elásticos y cambiantes, propios para el contraste con el perfil perimido de los tiempos pasados.

—Es fácil darse cuenta de la diferencia entre los aires de hoy y los de antaño. El progreso nos ha agrandado los horizontes demostrándonos que nada es inflexible ni inalterable. Tu estabas acostumbrado al ritmo lento con que se desenvuelven las cosas en el teatro mientras que los de mi tiempo sabemos de los atractivos de la vida cosmopolita a través de las visiones dinámicas del cine. Tu bailabas la danza y el vals mientras que ahora usamos el fox trot y el one step. Antes te llevaba el coche ahora el automóvil. Convéncete, papá, nadie puede triunfar si no es plenamente de su época.

Observaba a Marcos mientras razonaba en tal forma y se daba cuenta de que a la postre él no sabía si reprenderle o admirarle por sus argumentos.

Sin descanso los esgrimía para justificar las expansiones que desde la primera juventud le atareaban en el intercambio social intenso que reclamaban las circunstancias. Los títulos de la temprana autonomía que de tal manera se arrogó fué ineludible conciliarlos con las exigencias del saber y el amor a las letras que nunca echaba en olvido. Invocando pues las necesidades de aislarse, para satisfacer los apremios del estudio, alquiló una espaciosa habitación con vista al río, amueblada confortablemente, desde donde cobró impulso la difusión de su nombradía como amante de la literatura y esteta apasionado.

Allí se las compuso para desempeñar papeles de Mecenas generoso y derivar réditos de su devoción a la cultura. Menudearon sus escritos en la prensa y el sentimentalismo convencional le impelió a la inevitable incursión en los dominios del verso. Le halagó comprobar como se congregaba a su alrededor muy diversa calaña de gentes, atraídas por la fama del Salón Minerva, como había bautizado a su cuarto de estudios. Se reunían desde el trovero popular hasta

el escritor frustrado sin excluir al señorito de sociedad aquejado de veleidades extranjerizantes. En el sitio se urdía tanto la aventura amorosa como la discusión bizantina acerca de un tema de literatura o de arte, lo mismo que la excursión bohemia que a altas horas de la noche remozaba seculares timbres románticos de la ciudad.

La serenata acariciaba entonces los rugosos muros de una casa colonial o se esforzaba por ascender hasta los pisos altos de las réplicas mínimas de rascacielos que empezaban a erigirse. Gozaba lo indecible cuando percibía el celaje furtivo de los ojos de la homenajeadada tras las rejas. Era el momento en que la voz de bajo profundo de Beato Peñales se sobreponía al sonido de los instrumentos:

—¡Homenaje de don Juan Ventura a la señorita Fulana de Tal!

Por entre las sombras y favorecido por el silencio súbito de los ejecutantes transitaba el eco de su nombre como si fuera a recorrer toda la ciudad.

Los rostros y figuras de Lico Peral y Beato Peñales se habían asociado de manera invariable a imágenes y sensaciones propias de un despreocupado disfrute de las amenidades del arte y de confianza en una incontrastable prepotencia física. Aparecían como por encanto en donde quiera que el estado de ánimo de los presentes no dejaba lugar a dudas sobre las virtudes estimulantes de la bebida y la predisposición a las andanzas. En las escapadas de la juventud, al verles rondar sin descanso por bares y cantinas, se le convirtieron en una especie de complemento asaz obsequioso de los mozos de servicio y en vívida personificación de las tonadas en boga.

Siempre los había visto juntos y poco a poco se le unificaron pese a sus contrastes. Estos tendieron a desaparecer al advenir la conciencia de que ambos tenían como denominador común la pasión por la bebida, origen del sempiter-

no trasnochar callejero a caza de oportunidades para empujar el codo. Se le integraron entonces hasta constituir unidad indisoluble aunque bifronte: Lico amenizando con sus bagaje lírico y sus habilidades en el manejo de la guitarra, mientras Beato celaba, protector e impresionante, al amparo de su crédito de forzado sin rival.

—Lico, —se le ocurrió decir un día—, quiero que me enseñes a tocar la guitarra.

La petición tuvo la virtud de un halago sin precedentes. Lo leyó en el rostro de Lico rebosante de orgullo y agradecimiento. Jamás le había reconocido de tal manera la espontánea sensibilidad artística que su vida, desarticulada y sin orientación, malbarataba ajena todo criterio de tassa y medida.

Prestó con ello oportunidad para que menudearan las visitas de la pareja al Salón Minerva en donde el whisky no escatimaba su imperio. Alternaban cuidadosos de mantener la discreción propia del inusitado magisterio reconocido a Lico. No les era difícil amoldarse a la exigencia porque la zapa insidiosa del trago no había logrado cambiar la catadura taciturna de Beato ni impulsado más allá de la verborrea versátil a la ingénita viveza de su endeble compañero.

Se hizo cargo del asunto con visos de que fuera el adarme de sal y pimienta indispensable para el condimento de su personalidad. En torno de ello abundó ante Marcos para calmar sus inquietudes. Al fin supo rasgar el instrumento. Los acordes le sirvieron para rodearse de los amigos cuando la ocasión demandaba, levantar el ambiente con alguna melodía popular. No se cansaba Lico en el elogio a sus dotes. Una y otra vez repetiría que había sensibilidad, alma y corazón. Pero sobre todo fué motivo de complacencia el que pusiera música a unas cuantas de sus canciones, como aquella dedicada a una Aurora que había ido a parar a las columnas del diario:

Tu nombre, bella Aurora,
evoca de Febo el nacimiento,
y yo, que por tí me muero,
alumbro pues con él mi abatimiento.

V

Bajo los rayos del sol resplandecía el asfalto de la calle. Los transeuntes se aprovechaban de la estrecha franja de sombras proyectada por las masas grises de las edificaciones modernas más elevadas que las otras. El sonido estridente de las bocinas de los automóviles, que rodaban sin descanso sobre el oscuro pavimento, parecía armonizar con el clima reverberante de la hora.

Hacia el término de la vía alcanzaba a distinguir, bajo la claridad radiante del comienzo de la tarde, el grácil arquillo de entrada a la plazuela junto a la catedral. Extendía hasta él la vista sin querer confesarse que su paso se retardaba porque prefería alejar el momento de su arribo a la Universidad. Bajo el arquillo le asaltaron los recuerdos de la infancia, sazonados de despreocupación y regocijo, tan en contraste con la grave fisonomía de las cosas al encaminarse en busca de la consagración de sus años de estudio.

El ambiente recoleto de la plazuela, cuya superficie de oscuro asfaltado ofrecía vivo contraste con el marco secular de los muros del templo y de las casas vetustas, pintadas aún a vivos colores, proporcionó un poco de sosiego a su espíritu expectante. Piadoso se erguía el signo de la cruz sobre el arquillo lateral, a cuyo amparo comenzaba una sombreada calleja con su alternativa de evasión y recogimiento. Le hubiera gustado perderse por ella. Pero ya al frente se apiñaban los automóviles, buscando donde estacionarse, mientras entre ellos pululaban las personas, muchas de las cuales se adelantaron a dispensarle un ruidoso recibimiento. Le pareció, entonces, volver en sí.

Había muchas caras conocidas. En primer término, las de los compañeros más adictos, el servicial Máximo Llaner, el ruidoso Joaquín Mora, los hermanos Rubiales y algunos otros. También contertulios del Salón Minerva, entre quienes se escurría Lico Peral, mientras Beato Peñales mantenía estática su robusta humanidad. No faltaban los miembros del personal de los Almacenes Ventura, encabezados por la secretaria de su padre, la señorita Aspasia. Otros rostros extraños, que denotaban curiosidad, eran de personas atraídas por la presunción de algún suceso extraordinario.

Las palabras de aliento y los pronósticos de triunfo le empujaron a penetrar en el edificio y con paso firme ascendió al piso superior. Las losas sueltas de los escalones, que adrede hollaba siempre, despedían esta vez un sonido grato como nunca. Arriba le salió Marcos al encuentro con una viva ansiedad retratada en el rostro.

—Hace un momento, —le dijo en voz baja—, me hablaba de tí el Rector. Está enterado de que hoy te examinas y se adelantó a congratularme como si ya te hubieras graduado. Es un magnífico augurio de triunfo...

Ante la noticia se reafirmó la buena disposición de su ánimo. Marcos se puso a su lado. Desde los umbrosos pasillos miraba hacia el interior de las aulas en donde los tribunales académicos estaban en plena labor. Alcanzó a distinguir en rápida sucesión rostros compungidos, ojos presos de angustia y silencios agobiadores de estudiantes así como gestos inquisitivos, actitudes expectantes y miradas severas reflejadas en los rostros de los examinadores. Era un desfile de expresiones capaces de conmover a un espíritu menos optimista. Pero ya su paso no ofrecía señales de retrasarse sino que lo marcaba parejo, sonoro y apresurado.

Cuando su nombre recorrió vibrante el aula en la convocatoria del presidente del jurado permanecía inalterable:

—¡Bachiller Juan Ventura Rosillo!

Acudió sin tardanza a ocupar el asiento que le correspondía envuelto en un murmullo indefinible de los espectadores. No hubo en su faz ninguna señal de intimidación frente a la grave espera de los jurados. Giró el globo que contenía las bolas de madera. El profesor leyó: número 5; tema: el Derecho Civil, su caracterización.

La ocasión no era para desaprovecharla. Volvió el rostro antes de dar comienzo a su exposición. Carraspeó entonces, levantó los ojos al techo, para coordinar ideas y a poco vibró su voz.

—Pues las características de las instituciones del régimen jurídico civil.... Su trascendencia es incalculable: tiende a dar constitución orgánica a toda esa red de relaciones englobadas en el cuerpo social y que el interés polariza.... Decía el gran Corso, ya en el ocaso de sus glorias inmarcesibles, en ese tremendo ostracismo aislado en otra inmensidad tan inmensa como su gloria: el mar; podrán extinguirse todas mis glorias, menos el Código Civil...

La referencia histórica cabalgaba ya en el tono oratorio de su voz. Pasados algunos momentos, advirtió de frente la despejada calva del profesor, quien había inclinado la cabeza y agobiado se estrechaba las manos:

—Bachiller Ventura, concrete, concrete.....

Por cierto que no lo había oído. Arrastrado por el entusiasmo subía el timbre de la voz y especulaba sin reservas sobre la evolución del derecho civil. Le era imposible detenerse luego que su pensamiento y su palabra cobraban impulso. El trance llevaba trazas de prolongarse indefinidamente hasta que el profesor, indicándole con la diestra que se detuviera, le dijo:

—Estoy convencido, estoy convencido, bachiller Ventura.....

Uno a uno, entusiasmado y en confianza, agotó los otros temas.

Cuando el jurado se retiró a tomar acuerdo allí estaba, negra como nunca, la superficie del encarado lista para que reluciera su nombre con el veredicto enaltecedor. Salió a la galería inmediata en donde aguardaban Marcos y varios de los amigos. No tardó en abrirse la puerta de la sala de deliberaciones para dar paso al amanuense que esgrimía un papel con todo el aire de un verdugo. Empleó una letra cursiva, clara, precisa, de caracteres dibujados con delectación. Introducía una pausa entre el nombre y el veredicto como para dejar caer a este con toda la solemnidad de una sentencia:

—Bachiller Antonio Zúñiga Castillo... Insuficiente.

Entre el rumor producido por los circunstantes sobresalían lamentos o voces de triunfo, según el caso.

—Bachiller Juan Ventura Rosillo.... Bueno.

Le pareció extraviarse en los brazos de su padre: tan ampliamente los abrió para estrecharle en ellos. Repercutían sus espaldas con sonoros palmoteos.

—¡Congratulaciones, hijo mío, licenciado Ventura!

No le alcanzaban manos ni cuerpo para recibir la multitud de parabienes. Parecía que todos aguardaban el triunfo. En verdad que un séquito numeroso iba siguiéndole de regreso por los pasillos ahora iluminados. Un corro animado hacía dúo a su rostro sonriente y a su palabra incansable. Pero repentinamente guardó silencio. En sentido contrario venían el doctor Lima y Cosme Ramírez.

Le disgustó que la espontánea franqueza del padrino hiciera imposible evadir sus brazos. Estaba enterado de la nueva. Cosme Ramírez, un tanto cohibido, estrechaba su mano. Fue un contacto breve pero expresivo.

Del encuentro salió disparado un comentario que se clavó como un dardo:

—Cosme se graduó esta tarde en medicina con nota de sobresaliente.

Quiso aparentar no haber oído. Pero la expresión de la cara denunciaba su contrariedad. Le fué imperativo detenerse y fingir que aguardaba a su padre. Así pudo percatarse de que el doctor Lima y Cosme se perdían por el otro extremo de la galería, solos. Al reanudar la marcha, la sensación de estar acompañado se hizo gratísima. No estaba solo. Aún le aguardaban más gentes al bajar la escalera. Permanecían allí la señorita Aspasia y muchos de los empleados de los Almacenes Ventura y de los contertulios del Salón Minerva. De nuevo emergió su optimismo y no pudo contenerse. La posición dominante que ocupaba en el primer descanso de la escalera fué un estímulo para la convicción de su propia importancia. Levantando la diestra, con un gesto pidió silencio y se dió a hablar:

—“Leales amigos, queridos compañeros: ¡cómo os agradezco desde el fondo del alma vuestra asistencia en este momento cumbre de mi vida! Entre las satisfacciones que pueda depararme mi devoción al estudio, esta refulgirá siempre como una auténtica joya!

Estaba seguro de que, en cuanto a prestancia física, no hacía papel desairado en aquella situación. Su estatura más que mediana le permitía erguirse con ventaja; los pliegues del traje los sentía ceñidos a su complexión robusta; la frente y las facciones correctas estaban bañadas por la luz del foco eléctrico que pendía del techo.

Se pasó la mano por entre los cabellos castaños, ligeramente ondeados, en forma de desordenarlos.

Las frases siguientes fueron un elogio de los años de convivencia universitaria para dolerse de la nostalgia que le embargaría “falto del diario y cálido amparo de este secular templo del saber, cuyos sacerdotes, oficiando ahora con ejemplar devoción, le habían revelado los secretos de la ciencia y las excelsitudes del espíritu”.

Según costumbre, su voz ganaba altura, y ya resonaba plenamente, atrayendo a curiosos del interior del edificio y de la calle, cuando hizo referencia a sus esfuerzos en favor de la renovación “que todos palpamos y la cual había contado con el respaldo de la legión de obreros afanosos que, desde la eminencia del poder, labora por la grandeza de la Patria”.

No pensaba detenerse pero en el instante de la primera cerrada salva de aplausos paró junto a la acera de la entrada el automóvil del Secretario de Estado de Educación. Cuando al abrirse la portezuela hizo acto de presencia la figura familiar de Teodosio Manijas, concluyó apresuradamente sus palabras con un brusco “he dicho” para descender aprisa la escalera y recibir al amigo. Este le abrió los brazos para acompañar la acción con las palabras:

—¡No quería que mi felicitación faltara hoy al licenciado Ventura!

La mirada de Marcos, imbuída de orgullo, se solazaba al contemplar la escena. Iba teniendo pruebas de cómo triunfaba. Crecieron las demostraciones. Entre el barullo advirtió que Manijas congratulaba a su padre. Luego, ágil, evadiendo a algunos de los presentes que querían aproximársele, regresaba a su automóvil y partía rápidamente, agitando la diestra en postrer saludo.

El término del animado momento apaciguó, como por encanto, las bulliciosas expresiones de los presentes. El vehículo propio no tardó en venir a recogerlos y en su interior hizo Marcos su primer comentario.

—Pienso que Cosme Ramírez y tal vez si hasta mi compadre deben haber sufrido mucho hoy si es que te envidian. Fué muy clara la actitud reticente de Cosmito...

Poco antes se hubiera sentido desazonado ante aquellas palabras pero ahora, paladeando los gajes del triunfo, le parecieron de poca monta.

—Mejor, apenas podrán dormir tranquilos.....

Ojalá ellos tener, —pensaba, al tiempo que el automóvil apresuraba la marcha,— quienes le aguarden con admiración y cariño como a mí. Cuando se detuvieron a la puerta de la casa, escuchó las voces de la abuela, la madre y otras personas en el balcón. La abuela descendía a poco trabajosamente por la escalera para envolverlo en su alborozo, mientras que su madre, poco afectada en su habitual impasibilidad, le esperaba en lo alto para depositar un beso en su frente. Luego desfilaron los íntimos y entre sus expresiones sobresalió la del maestro Cifuentes, cuyo rostro apergaminado, como de costumbre, mostraba los dientes blancos y parejos que tanto había admirado cuando niño:

—¡La gloria ha hecho su entrada a esta casa!

VI

La frase tuvo fortuna y al fin Marcos se apropió el ostentoso sustantivo que en ella relumbraba para nominar la nueva residencia que se hacía construir en el barrio aristocrático. Le pareció la cosa más natural del mundo oírle decir que así la vinculaba a la nueva etapa de su vida.

De manera reiterada había sumado su padre el fruto de sus esfuerzos al auge y modernización de la ciudad. En buena parte los beneficios de sus actividades comerciales fueron invertidos en bienes raíces que le produjeron jugosos rendimientos. Más de una de las edificaciones que iban cambiando la perspectiva de calles y plazas se debían a sus preocupaciones progresistas. A su debido tiempo llegó el turno de proveer a su familia de un alojamiento más acorde con la posición que le granjeaba la bonanza económica.

Por los alrededores, en donde antes apenas se esparcían las casas con el sello distintivo de la habitación rural, surgían ahora avenidas y calles que daban testimonio de la expansión urbana. Los verdes parajes del llano y las colinas

próximas cedían ante el empuje del desbordamiento. En el viejo perímetro de la población el cambio se denunciaba verticalmente, irguiéndose las edificaciones de varios pisos, las cuales contrastaban con las casas coloniales, gachas y abrumadas por la contigüidad de las compactas masas grises de hormigón armado.

Afluía y se multiplicaba el vecindario. La ciudad se había constituido en centro de atracción para las más diversas aspiraciones. Los incentivos de la burocracia, del comercio y de la industria ejercían su imperio para ir congregando, a través de las vías de comunicación recién abiertas, tanto al emigrante provinciano de modestos recursos y al campesino desarraigado del agro como al burócrata insatisfecho y al hacendado deseoso de disfrutar de su prosperidad. Se habían arrimado de tal suerte a los viejos muros los barrios elegantes y los de viviendas humildes e improvisadas. Hacia todos irradiaba el creciente dinamismo de la urbe a la cual de manera exclusiva agitaban antes las periódicas convulsiones de la vida política.

El consabido papel de asesor lo asumió junto a su padre en los planeamientos y en la realización de la nueva residencia. Ni corto ni perezoso se constituyó en mentor y guía. Le indujo a reservar una amplia porción de terreno ubicada de manera dominante sobre la colina que servía de asiento a lo más selecto de las modernas construcciones. Desde allí podía verse, a la distancia, el dilatado panorama marino y hacia el respaldo las siluetas de las montañas difumadas en el confín del horizonte. A los pies de la eminencia se tendía la ciudad en actitud de entrega.

Cuando materializaron columnas, arcos, salones y terrazas ya le había ganado la sensación de hallarse investido de un magnífico poder creador. Acompañaba a Marcos tarde por tarde a revisar las labores realizadas y con frecuencia introdujo sobre la marcha de los trabajos modificaciones que adicionaban nuevos refinamientos. La casa

cobró al fin su verdadera fisonomía con las obras de la segunda planta, en donde le invadió un regusto profunto y deleitoso, al ascender por primera vez tan pronto fué habilitada la masa en bruto de la escalera que a ella conduciría. Desde la espaciosa terraza del frente la impresión de estar en sitio dominante, con la ciudad esparcida a sus pies, y el mar lejano batiendo los peñascales de la costa, se hizo más positiva y sugerente. Los raudales de la brisa parecieron embriagarle. Se volvió hacia su padre y comentó entusiasmado:

—Es una vista maravillosa, —agregando, al extender los brazos—: ¡todo a nuestros pies!.....

Al cabo Villa La Gloria lució las minucias de un terminado en el cual no se escatimó gasto ni detalle. Para entonces comenzaba a convertirse en motivo de atención pública. Tuvo la precaución de que la crónica social trajera noticias acerca de su magnitud y ofreciera pormenores sobre sus excelencias. Marcos hizo resaltar sus afanes de munícipe progresista. Por su parte vió la oportunidad de atribuir a una fiesta para la inauguración el carácter de un verdadero acontecimiento. Venía como anillo al dedo a raíz de la graduación universitaria.

Estaba allí el flamante palacete dando notación de los cambios aparejados a los nuevos tiempos. Rodeado de jardines podían medirse las mudanzas introducidas por los años si se le comparaba con el hogar de la calle estrecha que tenía término junto a la costa escarpada. Ahora la disposición de los amplios salones, de las escaleras de granito, de zócalos y capiteles finamente labrados en caoba, proclamaban los refinamientos y dispendios del lujo. El arco ojival que servía de entrada se constituía en rasgo de señorial apariencia al enmarcar, en medio de los jardines, a la fuente coronada por la grácil escultura de Diana cazadora.

VII

En el anochecer del día señalado la revisión final de los preparativos la concluyó llevándose a Marcos a contemplar la casa desde el portón que al borde de la calle daba acceso a los jardines. La diferencia de nivel levantaba la villa sobre el terreno ofreciendo aquella una visión impresionante con las luces encendidas bajo los postreros resplandores del crepúsculo. Para mayor suerte se aperci-bía para lucirse una luna espléndida que a esa hora despun-taba sobre el mar cuyos rumorosos vaivenes eran percepti-bles en alas de la brisa fresca y susurrante. Sin disimulo su entusiasmo tocó a rebato cuando retornaba a la casa y recomendaba a Marcos el mejor atuendo de su persona. Solamente la habitual displicencia de Aurelia retardó el mo-mento de reunirse la familia en pleno, en galas de etiqueta, para dar la bienvenida a los invitados.

Cuando llegó a sus oídos el restallar que produjeron sobre la arena de la avenida central del parque los neumá-ticos de los primeros automóviles una rara conmoción le invadió. Pronto el desfile se hizo continuo mientras los recién llegados se dispersaban hacia el interior. Con los saludos menudearon las exclamaciones de sorpresa ante las magnitudes y calidades de Villa La Gloria y las alabanzas al fino acierto de sus dueños. Muy protocolarmente se aso-ciaba al cordial recibo afectando una fingida modestia al escuchar las palabras halagüeñas.

Su mirada comprobaba a escondidas el crecimiento de la concurrencia que iba colmando los salones así como las galerías exteriores y los jardines, convenientemente ilumi-nados, en donde se hallaban las mesas pequeñas, rodeadas de asientos.

Para entonces la impaciencia le devoraba. Lo mismo era patente en los ojos de Marcos. Por fin alcanzó a dis-tinguir entre los arbustos el vehículo tan conocido de Teo-dosio Manijas. Para recibir al amigo se adelantaron hasta

los escalones de entrada al vestíbulo. No era tan risueña como de costumbre la cara de aquél.

Marcos se apresuró en el primer aparte a interrogarle ansiosamente:

—¿Viene?

—No. Acabo de regresar de la Mansión. A última hora decidió no venir. Les ruega que le excusen. Se siente enfermo. Desde luego que sospecho una de las reglamentarias intriguillas de mi querido amigo el senador Batisterio.

No recordaba haberlo visto antes con una expresión similar a la que fué mostrando a medida que pronunciaba tales palabras. Los labios se afinaron, confundiéndose como si fueran a desaparecer devorados por su propio dueño. A él por su parte se le había desvanecido el entusiasmo como por ensalmo. Marcos, demudado, exclamó:

—¡Qué gran insignificante es este senador Batisterio! No me explico como el Presidente le presta atención. Los que de veras le queremos, lo lamentamos por el daño que le hace.

Con un sentimiento que más inoportunamente no podía hacerse aflictivo vió a su padre volver a ocupar su sitio junto a la entrada. Manijas se encaminó hacia un grupo de políticos y funcionarios que se habían reunido en actitud de espera en cuanto advirtieron su arribo. Sin saber por qué le pareció por un momento su figura, al observarla de espaldas, más pequeña que de costumbre. Pensó que no valía la pena continuar allí y entonces hizo recuerdo de la cita con los amigos ya acomodados en una de las terrazas.

—Pero tienes una cara de entierro, chico... ¿Qué te pasa? —se adelantó a preguntar Máximo Llaner.

—¿A mí? Nada....

—Esto es un éxito estupendo. Tienes motivos para es-

tar satisfecho. Hacía mucho tiempo que no se veía nada parecido. Todo el mundo lo dice....

Los primeros acordes de la orquesta estremecieron el ambiente. Hacía rato afinaba los instrumentos. Vibró la voz de un cantante, con inflexión de rebeldía, y fué coreado en tono menor por los otros músicos. Retumbó el tambor y le acompañó el sonido metálico de los platillos. El cornetín sostuvo clamorosamente su estridencia. Como al toque de una señal de alerta respondió el rumor de centenares de pies puestos en movimiento.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa? —volvió solícito a preguntar Máximo, al hacerle tomar asiento alrededor de la mesa, en donde había ya copas escanciadas. Vaya, con un trago cambiarás de cara. Este champán está que revive un muerto....

Las burbujas se irisaron bajo la luz. Pero a diferencia de otras veces no le pareció percibir el rictus jocundo de unos labios por entre las diminutas ondas del dorado líquido. Hizo de tripas corazón para llevarse a la boca la copa rebosante. No era catador de largo aliento pero el compromiso le indujo a ingerir la ración íntegra sin apenas tomar descanso.

—Asíí.... —dijeron todos al unísono, como si quisieran ayudarle con el gesto.— Enseguida serás otro...

La caricia cálida invadió todo su cuerpo. Cobró animación su mirada y le interesaron de nuevo las cosas. La fiesta era suya y había que hacerla triunfar. Ahí estaba el eco bullicioso de los concurrentes. Aquello era realmente grande; como él se lo merecía; peor para los envidiosos.

Sin contemplaciones se sirvió por sí mismo y cuando agotaba la nueva provisión ya todos se disponían a ir en busca de pareja.

—Estoy de patner con Mary Salas. ¿La vieron? Está

de rechupete, —afirmó Ricardito Solís, mostrando la punta de la lengua como quien se apresta a gustar un manjar.

—A mí me espera la loca de Jaret. Materialmente me comprometió a sacarla para la primera pieza. Yo me he hecho el bobo, pero allí la estoy viendo de mirona, haciéndome señas, —expuso Máximo Llaner, extraviando con gesto característico los ojos tras los gruesos cristales de sus lentes de concha oscura.

—Pues yo... de-aventura, —expresó, echando mano de un juego de palabras que le era muy socorrido—. Josefina y Ligia estuvieron llamándome por teléfono pero les dije que ya estaba comprometido. Prefiero moverme libremente.

En el salón principal danzaban las parejas, estrechamente unidas, con agilidad, ensayando de cuando en cuando movimientos sincopados, a tono con los aires foráneos de la música. No pudo resistir el deseo de subir por la escalera y contemplar desde el segundo piso la escena. Bajo las luces espejeaban los trajes de seda de las damas y las solapas de los smokings de los caballeros. Satisfecho y animado descendió en busca de pareja.

Sabía que no era mucha su habilidad en el baile pero le alcanzaba para desenvolverse. Esta noche la pareja le ayudaba. El liviano pavimento le incitó a afectar desenvoltura y giró con mayor celeridad que de costumbre. Un ¡ay! ahogado que resonó a sus espaldas le detuvo. Volvióse y le miraban ya con expresión adolorida unos ojos claros, grandes, sombreados por largas pestañas negras. Se apresuró a presentar sus más rendidas excusas. Por entre las nieblas de su confusión se le hizo perceptible entonces la sonrisa delicada que debía poner al descubierto una dentadura uniforme y alabastrina. La dueña de tales encantos pareció aceptar sus palabras y abandonándose sobre el bra-

zo del joven que tenía al lado la vió perderse entre otras parejas.

De su inmovilidad sustrájole la voz un tanto asustada y un tanto con despecho de su compañera:

—¿Qué le ocurre? ¿Se siente mal?

Tornó a bailar sonreído asegurando que nada le sucedía pero al concluir la pieza depositó a la muchacha en la mesa de donde la había levantado.

Reunióse de nuevo con los amigos, algunos de los cuales estaban acompañados de sus damas, y puso el tema de la bella de los ojos claros. Máximo Llaner se tomó la demanda de hablar el primero, en tono ruidoso, haciendo el habitual alarde de su caudal informativo. Le miraba tras consumir otra copa y disponer de pasada que sirvieran whisky.

—A mí no se me escapa una. Sé a quien te refieres. Su nombre es Regina Palma y no es de aquí. Estaba bailando con el hijo del senador Batisterio. Con él también la ví esta tarde....

—Anjá, —completó Ricardito,— sí hombre, la conozco. Estupenda. Un caramelito santo, —agregó, poniendo los labios en trance de mohín— ayer me la presentó el hijo del senador Batisterio....

—Pero bueno, —agregó incisivamente,— todo es con el hijo del senador Batisterio. ¿Acaso es su novio?

—Ah, ¿conque celillos, eh? —comentó Máximo mientras se servía del whisky que acababan de traer.

No se hizo esperar la risa de los circunstantes. Fué entonces que intervino Janet Recio, hablando atropelladamente, como estilaba, mientras expedía con aires de solaz el humo de su cigarrillo:

—Bueno, te voy a decir... Está requetenamorado... Me lo confesó él mismo... La familia parece que no lo ve con malos ojos, lo único que Regina es un poco presuntuosa y no acaba de decidirse. Pero cualquiera caería... ¡Ay, si fuera yo!... Figúrate, tan alto que están ahora los Batisterio....

—No es posible, no es posible... —arguyó, ya excitado—. ¡Cómo van a consentir que tan preciosa joya se la lleve un campesino!.... No, no y no....

—Pero nunca te había visto tan decidido, —interrumpió Máximo— Y palmoteando en son de tonada: le picó la abeja, le picó la abeja... Recuerda, recuerda, es mucho el prestigio de los Batisterio. Al papá le está entrando plata que es un gusto con los contratos que le da el Gobierno. Así de que son más que feos se olvida la gente...

Luego, como si temiera haberle lastimado, extremando su contrariedad, se apresuró a agregar:

—Pero no te preocupes. Tu por prestigio y plata, bah... Eres ya un prócer de la cultura y además nacido aquí y buen mozo. Así es que en campaña. Te la presento enseguida. Vamos para allá....

Ahora se sentía cohibido. La causa guardaba estrecha relación con el próximo encuentro. Pero por dondequiera le salía al paso el saludo cordial y el señalamiento furtivo de que se le hacía objeto como dueño de la casa y organizador de la fiesta. Nada mejor para que renaciera su optimismo. Ya se solazaba ante Regina con el repaso, a hurtadillas, de cada una de las perfecciones que solamente pudo entrever en la fugaz oportunidad anterior.

Era bella y esbelta, de busto airoso, aunque discreto. El cuello despejado sostenía la cabeza de labios correctos, de nariz fina y un tanto audaz, que a veces dejaba traslucir altivez, pese a la serena expresión de conjunto que se

desprendía del rostro. Los cabellos castaños, ondeados, partían de la frente tersa en un arranque de suaves contornos y se anarquizaban en rizos sobre la oreja. La mirada dulce y luminosa tenía destellos de una ternura esencialmente femenina.

Absorto en su contemplación, apenas reparó en el acompañante. Tuvo que volverse hacia él para cumplir la formalidad de solicitarle la pareja. Halló a Polo Batisterio en pie, haciendo girar entre sus manos un vaso, mientras le miraba fijamente desde su aventajada estatura. Sus labios gruesos ensayaron una sonrisa forzada que le expandió la nariz por todo el rostro y luego inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Al encaminarse al salón al lado de la muchacha le pareció haber ganado la escaramuza previa a la batalla.

Con recelo rodeó su talle pero a los primeros pasos sintió tan dócil la espigada figura que cobró confianza. Llegó a figurarse que tenía un raro don para anticipar sus movimientos. Se deslizaba, oportuna, por entre las otras parejas; cuando él estaba a punto de perturbarse, atenuaba la marcha; le permitía tomar aliento en su afán de medir el compás; cualquiera diría que le inspiraba para reanudar sus virajes acorde con cada nueva acentuación del ritmo.

El encanto del sortilegio le puso en lance de contrito. El empujón que le había propinado minutos antes bien podía estimarse, a la luz de la experiencia que estaba viviendo, como un desacato a la divinidad. Se lo dijo en voz baja como haciendo una confesión.

—¿Ah, pero fué usted?—respondió ella—. No lo había reconocido....

Ahora fué una penilla la que se insinuó al comprobar que había pasado sin dejar huellas. Pero a lo mejor anticipaba también los movimientos de su ánimo, pues se calmó al punto que ella prosiguió:

—Baila usted tan bien que estoy por creer que la culpa fué mía. Este Polo es tan alto que sin darse cuenta se inclina sobre mí y me perturba.

Aquellas palabras fueron un oportuno epílogo para poner término a la pieza. Le suplicó le permitiera conducirla a una de las mesas colocadas en el jardín. Allí, a su lado, se aunaron para ofuscarle el esplendor de la noche y la belleza de la dama.

La luna estaba fija y espectante en el cielo sin nubes. La transparencia de su luz iluminaba tan suavemente a las personas y a las cosas que no tardaron unas y otras en hacerseles ingravidas como si flotaran en la atmósfera. La corporeidad de lo circundante perdió consistencia en tal medida que le permitió alimentar la sensación de hallarse deliciosamente aislado junto a Regina. El eco de la música, que había vuelto a escucharse, fué apenas un rumor lejano, lo mismo que el jubiloso comportamiento de los demás. Pero la beldad de su compañera, en cuya espontánea mirada empezaba a insinuarse una leve extrañeza, relucía nítida al separarse del mundo que la rodeaba.

Al fin la sonrisa de ella despejó las interrogantes del mutismo que amenazaba con interponerse incomodamente entre ambos. Fué el conjuro que puso en libertad el torrente de sus galanterías. Tuvieron como tema sobre todo el hechizo de los ojos claros.

—Jamás imaginé que las puertas del cielo pudieran abrirseme en premio de un atropello. ¡Porque no fué otra cosa lo que me ocurrió al tropezarme con sus ojos después de haberla golpeado!

Tan cristalino resultó el timbre de su risa que le hizo par a la limpidez del ambiente. Pero de tal manera se le adentró en el alma, sobresaltando su susceptibilidad, que de pronto se halló instalado dentro de los mezquinos límites de su vanidad y orgullo.

—Su risa, tan clara y seductora, ha sido como un llamado a la prudencia de mis incautos sentimientos frente a los riesgos de su impiadosa sensibilidad —afirmó con inflexión adolorida.

Tenían los ojos claros cambiantes repentinos para la sorpresa. La semblanza risueña tornóse meditativa. Habló pausadamente.

—Por Dios, no me crea ni frívola ni insensible. No puede juzgar puesto que no conoce las circunstancias. Son un poco complejas en mi caso. De quien me burlo es de mi misma al verme objeto de tales homenajes cuando por otros lados de mi vida hay cosas que me hacen dudar tanto. Respeto su actitud, su repentina vehemencia, pero no puedo dejar de verlas a través de mi experiencia personal. No voy a decirle cuál es pero de antemano le aseguro que la simulación o la burla me son odiosas.

Le tomaba en serio. Le arrastró otra vez la galantería explosiva.

—Será, Regina, que como a todas las diosas, le falta corazón. . . .

—No; casi me insulta. Aquí en mi pecho lo siento muy presentito. La noche es bella; me seduce el vals; la poesía me conmueve y sufro y gozo con los personajes de las novelas que logran impresionarme. ¿No le parece entonces que es un poco injusto?

Se puso en pie.

—Bien, soy abogado, escogeré a la luna como juez.

Y alzando los brazos:

—Selene, dime, ¿tiene ella corazón?

La risa de Regina quedó liberada esta vez sin cortapisas. Pero no tenía por qué oírlo. De su excepcional postu-

ra hizo abandono solamente cuando escuchó a su lado una voz masculina, de matiz suave, que decía:

—Regina, tía Lupe desea verte.

Entonces advirtió la presencia del recién llegado, de corta estatura, bigote pequeño recortado a la americana y pausadas maneras. Cayó en cuenta de la confusión que la escena le producía. Regina, esforzándose por mantenerse serena, le señaló mientras manifestaba:

—Mi padre.... Le presento a mi padre...

—Julio Palma Costa, servidor.

—Licenciado Juan Ventura Rosillo, a sus órdenes.

—Ah, ¿el hijo de don Marcos, mi buen amigo? Cuánto celebro conocerle... He visto tanto su nombre en el periódico... Su fiesta es una maravilla...

VIII

Acudió adonde los amigos como si luciera un juguete nuevo entre las manos. El sentimiento que le embargaba le producía dentro del pecho el efecto de un aireamiento suave y delicioso. Muy ajena estaba ahora su expresión de ser la preocupada y cavilosa de la primera oportunidad en que se acercó a ellos.

El entusiasmo había crecido durante su ausencia bajo el estímulo de la bebida. Las huellas de ésta se denunciaban en el brillo de los ojos, en el apresuramiento de las conversaciones y en la piel lustrosa de los rostros.

Janet Recio hacía el retoque de su maquillaje ante un espejillo que era sostenido por el pulgar y el índice de la diestra de Máximo Llaner. Este, sin dejar de lado el cometido, extendió la mano libre para traerle junto a sí y murmurarle en tono que quiso hacer confidencial pero que su voz pastosa traicionó indiscretamente:

—Se acaba de ir. Parece que la tía Lupe se puso mala.

Para las nuevas que de él aguardaban era ostensible una actitud jocunda y pícaro en todos los semblantes. Como si le adelantaran prendas, para incitarle, le agregaron otras noticias.

—Por ahí anda el pobre Polo como un sonámbulo dando traspiés. Saliéndosele los ojos queriendo preguntar que adónde te la habías llevado....

—Me tenía apenada, —comentó Janet, suspendiendo por un instante el nervioso empolvamiento de su nariz.

—Pues a mí el gozo solamente me permite decirles que entre los atributos del hombre feliz estuvo sin duda el de sentirse enamorado.

—Entonces, a la salud del amor y de los enamorados, —fué la exclamación de Ricardito, levantando el vaso en actitud de brindis, mientras su siniestra apretaba la mano de Mary Salas.— ¿No es verdad, paloma?

—Amigos míos, me encuentro en hondo apremio de melancolía y sentimentalidad. Les ruego acompañarme a la terraza de arriba para estar más cerca del cielo y a la vista del horizonte, y sustraer este tesoro que el destino ha revelado esta noche a mi corazón de la vulgar curiosidad multitudinaria.

Máximo se anticipó en pronunciarse:

—Te acompaño.

—Y yo.

—Y yo.

—Y nosotras cero hit, cero error, cero carrera... ¿Qué bueno, eh?, —se lamentó Mary Salas... Yo soy muy moderna, pero con ustedes no nos vamos a trepar solas allá arriba, nos bajarían los viejos a palos...

Lo primero que hizo una vez estuvieron en lo alto fué asomarse a contemplar los grupos que disfrutaban de la fiesta esparcidos por los jardines. Los mozos del servicio hacían cabriolas con las bandejas al circular por entre las mesas para atender a las continuas peticiones. Las voces ascendían en una coincidencia confusa que las hacía indiscernibles. Lo único claro y diferenciado eran las risas. A ellas se unía el sonido causado por la manipulación de vasos y botellas así como por la caída de los trozos de hielo en los recipientes de vidrio.

En ocasión semejante, en otra oportunidad, no hubiera podido resistir el impulso de arengar a las despreocupadas personas que no hacían el menor caso de su descollante ubicación. Pero ahora le dominaba el deseo de dirigirse a sí mismo, de gustar al calor del intercambio con los íntimos la miel de su secreto, de tener como confidente a la noche y hacer provecho de las sugestivas galas que ésta exhibía para exornar el inopinado florecimiento de recónditas ternuras.

Como siempre, Máximo Llaner no había perdido el tiempo. Allí tenía una mesa bien abastecida colocada bajo uno de los focos de luz de la terraza. Le colmó hasta los bordes el vaso que había puesto en sus manos.

—Tu melancólica semblanza requiere de nuevo el calor de un néctar mágico. Tómalo. Alentará tu bizarría para conquistar a la diosa de tus sueños y vencer a tus rivales.

Para entonces su mirada se perdía en el horizonte en donde la silueta de las montañas dibujaba un confín remoto y misterioso. La luna lo revestía del atractivo de lo que no alcanza a definirse. Volvió a insinuarse todo con traza ingrávida idéntica a la que simulaban tener personas y cosas cuando estaba junto a Regina en el jardín.

—Bebe, bebe, —escuchó que repetía Máximo—. Ahora no estás triste sino que pareces alucinado. ¿Dónde está tu

verbo? Tienes que ponerte a tono. Así no va Polo a perder la partida.

Por obra de virtudes insospechadas en aquel nombre el mencionarlo sirvió para quebrar su ensimismamiento. Fue como una clarinada de alerta que conmovió los más apartados rincones de su sensibilidad habitual. Cobró renovada fuerza el punzante resentimiento nacido al frustrarse la asistencia a la fiesta del Presidente de la República y el cual se había hecho más agudo por la inesperada rivalidad surgida con Polo Batisterio. La violencia de su reacción se tradujo de manera gráfica en la forma decidida con que empuñó el vaso y bebió su contenido.

—Quiero que me acompañen, —dijo, subiéndose al asiento que ocupaba—, a lanzar un grito que me sale del alma.

—A ver, a ver...

—¡Abajo los Batisterio!

El coro, unánime y estentóreo, rasgó en la noche el eco melífluo de una danza que ejecutaba la orquesta.

Como si hubiera dado cumplimiento a un voto ineludible descendió con gesto solemne de la silla y presentó su vaso para que le sirvieran.

Bogaba sin remedio entre las complejas repercusiones que habían originado en su fuero interno las sorpresas recibidas y las libaciones se hicieron en el curso de las horas mas frecuentes y abundantes. Llegó el turno a sus fervores artísticos en medio de un mundo que la luna, con sus insinuantes vaguedades; las palabras de los compañeros, despreocupadas como sus acciones y la creciente deficiencia de sus sentidos y sus juicios, hacían fatalmente cada vez más impreciso e inestable. Lo apropiado era desahogarse cantando a la lejanía inasible de las montañas cuyas cimas

se recortaban en la desvaída lontananza. Su guitarra estaba a la mano; hacía rato la había reclamado.

Montañas, montañas,
he aquí mi cantar;
serenas montañas,
sabed mi penar.

Se robó el silencio de la noche. Abajo finalizaba el baile y los salones se vaciaban. Algunos, al salir, miraban hacia lo alto y reían jubilosos.

Montañas, montañas,
distancia y ausencia,
ensueño y amor;
la lágrima empañada
la voz del cantor.

El sonido que despedían las cuerdas del instrumento alcanzaba prolongada vibración en medio de la apacible semblanza que tenía el ambiente al cesar la música y desaparecer el eco bullicioso originado en la concurrencia.

Montañas, montañas,
mi ofrenda os va,
dolida de amores;
perdida en la saña
de crueles dolores.

El horizonte se le entraba por los ojos mientras apoyaba el instrumento en las rodillas que había enarcado descansando el pie sobre el asiento. Las cosas empezaron a vacilar. Máximo Llaner dormitaba. Los otros apenas le prestaban atención. Todos los rostros giraban a su alrededor. En aquel momento, como realizando un milagro de estabilización que ya se le hacía imperativo, se afirmó en su hombro una mano robusta y una voz conocida decía en su oído:

—Juan, hijo mío, estás mal, muy mal, ven conmigo.

Muchas cosas tendremos que esclarecer cuando esto se te haya pasado.

IX

La presencia de la muerte como realidad que le concerniera de manera directa fué tardía en denunciarse. En el círculo de la familia apenas había podido entreverla al tenor del culto que ofrendaba la abuela a la memoria de su esposo. Tan reiterada y asidua era la evocación del abuelo que le costó trabajo deshacerse, con el paso de los años, de la impresión acuñada durante la infancia de que estaba ni más ni menos vivo que todos cuantos se movían a su alrededor y que en cualquier momento pondría punto final a su ausencia. Cuando a la postre le dió por desaparecido, la admisión se hizo manifiesta con la idea de que tal irremediabilidad había tenido origen en tiempo tan remoto que en buena ley le era totalmente ajena.

Fué así como la intrusa pudo esconder el semblante descarnado tras los achaques crónicos de la abuela. Cuando finalmente dejó caer los velos con que venía cubriendo su sigilosa aproximación, la sombría presencia acrecentó los efectos de su impacto pavoroso con las ventajas de la sorpresa.

El proceso de decadencia de la abuela le pasó prácticamente inadvertido. Difícilmente podía avenirse a la idea de que las notas de desbordada vitalidad con que estaba acostumbrado a visualizarla estuvieran amenazadas de extinción. A medida que fueron apareciendo entorpecimientos y carencias las estimó como afecciones pasajeras que no dilatarían en subsanarse. Su optimismo le obstaculizaba inclusive para darse cuenta de como las deficiencias físicas podían mermar las cálidas expansiones del carácter, inhabilitado para sobreponerse a la privación de lo que constituía el principal incentivo de su vida: las visitas diarias a sus amistades y el cumplimiento de sus deberes religiosos.

Después de la dura experiencia que le proporcionaron los últimos días que la difunta agotó en este mundo pasó revista a sus recuerdos bajo el acicate de una inconsciente sensación de culpa y remordimiento. Por causa de la silenciosa admonición de aquella latente inconformidad consigo mismo se hicieron más vividas y fueron claramente explícitas las imágenes y las palabras que evocaban a la finada. Comprendió el alcance de su actitud displicente durante la construcción de Villa La Gloria, tan en contraste con los entusiasmos de él y de Marcos, que no parecía sino que por primera vez dejaban de interesarle las cosas de la familia. Había sacado a relucir su creencia de que era locura el proveerse de casa en lugares alejados del núcleo tradicional de la ciudad.

—No me explico, —había dicho—, cómo puede nadie irse a vivir a un sitio adonde le sea difícil llegar por sus propios pies. Ahora piensan que con los automóviles.... Total, todo viene a parar aquí al centro. Por allá viven en el limbo....

La protesta fué agudizándose en proporción a su incapacidad para deambular sin descanso, como antes, por horas y horas. Para que se decidiera a conocer a Villa La Gloria, una vez terminada su edificación, fué necesario recurrir a súplicas y halagos. En una y otra oportunidad hizo alegato de sus impedimentos pretendiendo justificar la renuencia con el hecho de que cada vez le era más difícil salir a la calle.

—A cada hora sirvo menos. Ya casi no puedo ir a ver a la gente sino que tengo que resignarme a conversar solamente con los que se acuerdan de mí y vienen a mi casa.

—Por eso deseamos, abuela, que se vaya a vivir con nosotros. Estamos seguros de que en la nueva casa, con los sanos aires que allá soplan, se va a sentir mejor y se le van a pasar todas esas molestias. Su cuarto está esperándola....

—Ni pensarlo, Juan, ni pensarlo. Si me sacan de mi casita, donde tantas cosas tengo que recordar, donde veo al difunto a cada momento, creo que me pondría a dar gritos.

Al fin se dispuso a girar una visita a Villa La Gloria pero no hubo manera de convencerla para que se animara a ir a la fiesta en que se la inauguraría. Solamente logró despertar su interés por ésta el saber que su amigo, don Paco, el Presidente, había prometido asistir.

—Ah, cómo voy a lamentar no estar, pero quien gozaría lo indecible, —comentó—, sería mi difunto Juan. Bien se ve que su querido don Paco recuerda su adhesión y lealtad.

—Abuela, es bueno que de esta sorpresa no hable con nadie, ni siquiera con el padre Crispulo...

La creciente inhabilidad había ido reduciendo el ámbito de sus actividades casi exclusivamente a las piadosas. La diaria asistencia al vetusto templo del vecindario la mantuvo hasta que se lo permitieron las fuerzas. Por ello el padre Crispulo afirmó los títulos de su vieja amistad. Se podía contar con su visita vespertina en cuanto notaba la falta de su feligresa en la función de la mañana.

Se topaba con él frecuentemente al llegar a la salita aromada con memorias de la infancia, en donde el gran retrato del abuelo sobresalía entre otros cuadros y las figurillas y adornos de loza reluciendo sobre los mármoles de las rinconeras. Le pareció útil sumar su consejo e influencia a sus propios empeños.

—Padre, ayúdenos a convencer a abuela de que debe ir para casa. Nos hace falta tenerla cerca.

—No pasa día sin que se lo diga. Pero le aterra la distancia. Y con tanto bien que le haría el cambio.

Fué la tentativa postrera antes de la fiesta. Desde allí la sucesión de los recuerdos saltaba a la mañana siguiente

al gran acontecimiento. Despertó casi al promediar el día experimentando un tremendo malestar y con la mente tan perturbada que le fué dificultoso atribuir visos de coherencia a lo ocurrido la noche anterior. Para colmo había entonces entrado su padre sin poder disimular su nerviosismo.

—Juan, la abuela ha enfermado gravemente. Tenemos que ir sin pérdida de tiempo.

Por el camino las sienes le martillaban. Levantó los cristales de la ventanilla del automóvil por la molestia que en esta ocasión le producía el aire removido por la rápida marcha del vehículo. A cada rato paladeaba en falso por el mal gusto que sentía en la boca. No se arriesgaba a inquirir con Marcos y Aurelia otros detalles acerca del estado de la abuela, temeroso de enfrentarse a una realidad todavía más cruda que la que le habían anunciado. Le produjo alivio percibir desde la puerta del aposento el respirar afanoso de la enferma. Estaba allí con los ojos semicerrados, envuelta en sábanas blancas, destacándose el enérgico y afinado perfil.

Entre los cuchicheos de las pocas personas que había en la estancia solamente acertó a comprender la palabra:

—Hemiplegia....

Entonces fué cuando la imagen descarnada de la muerte se desprendió de todos sus velos. La tenía al alcance de la mano, junto a sí, incrustada en su vida como tantas otras cosas. Amenazaba con sumir en el silencio y en la inmovilidad a una dilatada porción del panorama de su existencia. Fué víctima de un escalofrío empavorecedor pero al mismo tiempo se adueñó de él un irresistible deseo de lucha para arrebatarse la presa a la solapada visitante.

Asistió a la labor de rescate puntual y diligentemente. El peligro inmediato tuvo signos de atenuarse. Al tercer día la enfermera dió muestras de reconocerle e intentaba musitarle algo. Acercó su oído a los labios de la abuela:

—Augusto.... Tu padrino....

Aquellas palabras, apenas articuladas, parecieron venir de muy lejos, trayendo el eco de cosas ya esfumadas por el tiempo. No dejaron de producirle cierta desazón, sin embargo. Pero en semejante encrucijada no podía negársele nada a la abuela. Además, quién sabe.... Podía ser de todo pero nadie dudaba de su competencia....

—Lo mandaremos a buscar, abuela, para que te vea. Bah, ya tu estás muy bien... así es que pronto te sanarás....

El punto lo ponderó enseguida con su padre a presencia de Aurelia. Fué un tanto reticente al dejar constancia de la promesa que había hecho. Pero la opinión de Marcos no permitió vacilaciones:

—Hay que complacerla en lo más mínimo. Las cosas morales son de mucho efecto para una enferma como ella. Si lo sabré yo.... Además, tienes que admitir Juan que mi compadre Augusto si bien se ve nada nos ha hecho. Aquella fué una falsa alarma nuestra. Cuantas veces lo encuentro es tan cordial como siempre. Siento que te opusieras a que lo invitáramos a la fiesta....

—Está bien, que venga padrino. Por abuela yo estoy dispuesto a todo. Pero por Dios que no se le vaya ocurrir traer a Cosme. No sé si saben que han instalado consultorio juntos. El Cosmito sí que está insoportable.....

Para ser sincero tenía que confesarse que adrede se había guardado muy bien de estar presente durante la visita. Supo por su padre que el doctor Lima encontró adecuado el tratamiento que se observaba y que estimó que por el momento no había otra cosa que hacer. —Confiemos en la naturaleza, había dicho. Y el voto no parecía estar mal fundado puesto que la enferma recuperaba terreno por sí misma.

—Lo que lamento, Juan, es que no estuvieras presente. Para la abuela el efecto hubiera sido completo contigo allí. Hizo un gran esfuerzo para preguntar por tí. Me tomó las manos y me las juntó con las de mi compadre durante mucho rato. Con los ojos hablaba muy claro....

—¿Y padrino qué dijo?

—Pues Augusto igual que siempre. Como si nada hubiera pasado. Dió mucho ánimo a la abuela. Cuando salimos del aposento preguntó por tí. Aseguró que iría a buscarte ya que no te ocupas de él.

Con aquellas noticias asumió un tanto la actitud de penitente ante el lecho de la abuela. Los ojos de ésta, semi-velados por los párpados, se dieron cuenta de su llegada puesto que la vió sonreír. Su rostro semejaba haber recuperado vida. Fué, sin embargo, la última sonrisa. Al amanecer de aquella noche, sin ruido, como si se escapara, quedó pálida, desencajada y rígida para siempre.

La escena era de las que no se pueden olvidar con facilidad. El padre Crispulo rezaba, arrodillado, junto al lecho. La luz amarillenta de los cirios se difundía por la habitación, junto con la lumbre de las lamparillas de aceite, de llamas vacilantes, en guardia ante una imagen sagrada. Su madre era todo sollozos. Marcos abandonó la estancia cubriéndose boca y nariz con un amplio pañuelo.

Quedó solo en el rincón que ocupaba. No podía desprender los ojos de lo que tenía delante. El ambiente, en verdad, no le era extraño. Se aunaban para hablar a sus sentidos de hechos pasados la semioscuridad, el olor de la habitación, saturado con las emanaciones de la cera derretida y del aceite quemado, y la presencia del padre Crispulo, pero la rígida mudez de la abuela era algo nuevo e inesperado que le sobrecogía, atribuyendo a las cosas un cariz de sino ineluctable que impulsaba a huir.

Parecía mentira pero era ella, sí, la abuela, la que per-

manecía allí tendida, exámine, callada. Aquel cuerpo aquejado de una movilidad perpetua, que se había hecho parte inseparable de su conciencia de la vida, que todo lo traducía en palabras vehementes, para el cual todo semejaba suscitar la expectativa, como si siempre estuviera a caza de algo vislumbrado más allá de lo inmediato, resultaba ahora copia elocuente de lo inerte y silencioso.

Por los poros iba penetrando sigiloso el temor. Su horizonte infinito, preñado de incertidumbre y angustia, despuntaba dentro del alma. No parecía tener nada en común con la sólida confianza que era compañera inseparable de la vida. Jamás se lo había imaginado.

X

La pena vino acompañada, pues, del temor y la incertidumbre. Trajo, por vez primera, el deseo de huir de lo incierto y desconocido. Era un impulso solapado, que parecía atisbar por lo bajo del dolor, para impelerle a aislarse de las cosas. Prefería no saber de ellas mientras tuvieran el matiz tenebroso que inopinadamente habían adquirido. No había duda de que la distancia atenuaba el rigor taciturno del sesgo de la hora. El confinamiento en su habitación era una vía de escape y un paréntesis de refugio.

Le llegaron, como un rumor, las noticias del duelo. La presencia de Marcos, de por sí extraña y fúnebre con el atuendo de traje oscuro y corbata negra, que nunca le había visto, la recibió con la prevención a que era acreedor quien le amenazaba con arrastrarle hacia el hondo vacío del deceso de la abuela.

—Juan, recuerda, el entierro es a las diez...

—No puedo ir, papá. El velorio ha acabado con mis fuerzas. Esto de la abuela es terrible. Ve tu solo, te lo ruego....

—Pero Juan, ¿qué va a decir la gente? Imagínate lo que pensaría la pobre abuela si supiera que faltabas en el último momento....

La sorpresa fué dibujándose en el rostro de Marcos a medida que él se le aproximaba. Sin poderse contener al fin le interrogó con el pavor retratado en los ojos:

—Papá, ¿abrieron ya la fosa? Luego con remordimiento y tono quejumbroso: abuela me perdonará, pero yo no puedo ir....

El paso de las horas y el curso de los hechos le permitieron comprobar a breve término el efecto tonificante de la soledad y que, pese a todo, tampoco en el penoso momento escondía la vida sus rasgos gratos y alentadores. Así las nuevas que Marcos le trajo sobre la inhumación:

—La abuela estaría muy contenta ;Cómo la querían! Toda la ciudad estaba en el cementerio. Las amigas eran un mar de lágrimas. La gente no se cansaba de preguntar por tí....

Parece notó el destello de animación en sus ojos pues sin detenerse hizo el siguiente comentario:

—Tus amigos mandaron muchas flores. A ella que tanto le gustaban.... Si hubieras visto la hermosa corona de Teodosio. ¿Sabes? El fué en representación del Presidente....

Era cierto: la vida no se alejaba. En todo el día estuvo escuchando noticias y comentarios sobre la llegada de visitantes, de esquelas, de telegramas. La prensa trajo una extensa reseña del luctuoso suceso en la cual se prodigaban halagadores adjetivos a la finada y a sus deudos. Anunciaba además que el Ayuntamiento, solidarizándose con el duelo, había suspendido el concierto del próximo jueves en la plaza. El oído se le afinó como por encanto para distinguir

las palabras que en la planta baja se empeñaban en pronunciar en voz queda. Percibía el nombre de la abuela mezclado con el propio, con el de Aurelia y el de Marcos. Hablaban de como era, de lo que había hecho, de lo que había dicho, todo como si en realidad no hubiera muerto. En forma paulatina su alma fué emergiendo de la cima insondable de la zozobra.

Al día siguiente estaba allí, acariciado por la mañana luminosa, el panorama de la ciudad que se contemplaba desde la elevada terraza contigua a su habitación. El mensaje vital reunía rumores y ecos con los sonidos claramente discernibles de las bocinas de los automóviles; sobre el mar dejaba su estela blanca un buque al partir y por la cinta de la carretera que corría para el norte, en demanda de las montañas, se deslizaba un tránsito incesante. El verde de la vegetación de la llanura se resquebrajaba con los claros en donde surgían las nuevas edificaciones.

Volvieron a tener al paso del tiempo manifestación activa los sentimientos, las personas y las cosas. Retornaban envueltos en la consoladora sensación de ternura que despertaba el recuerdo de Regina Palma. Por entre ellos se le apareció el rostro de Marcos como si le observara en espera de algo. Le miraba con una expresión cuya extrañeza semejaba traducir un esfuerzo para callar frases muy importantes. Se despedía como quien dejaba palabras pendientes.

—Papá, cualquiera creería que no te decides a decirme todo cuanto estás pensando.

—Lo has adivinado Juan. Los sucesos han venido tan atropellados y te han afectado tanto que aguardaba a que te recuperaras. Yo mismo he aprendido mucho en estos días; pienso que mi experiencia puede serte útil. Créeme, no se trata de reconvenirte, sino de mi deseo de demostrarte que soy tu mejor colaborador. Bien sabes que eres la mayor de mis esperanzas, concluyó, en son de disculpa anticipada.

—Soy todo oídos, papá.

Le vió sentarse frente a él y esforzarse por mantener el tono sereno de sus palabras.

—Las fuertes impresiones recientes me han aclarado muchas cavilaciones. Nos ha rozado la intriga y nos ha afligido la muerte. Por ambos he aprendido que no es cuerdo tener como grandes y valiosas cosas que en realidad son pequeñas. No soy un intelectual, sino un hombre de trabajo, pero algo me han enseñado los libros. ¿Lo que queremos lo vamos a conseguir en la forma en que lo estamos persiguiendo? Veamos, Juan. Esta casa y la fiesta que dimos se han ido un poco por encima de mis verdaderas posibilidades. Los números no engañan. Pero eso sería poco si los resultados correspondieran a la diligencia desplegada. Ya viste que después de tantos preparativos el Presidente no hizo acto de presencia. Eso me reveló que todo lo nuestro estaba sujeto a sabe Dios qué mentiras y no a nuestro entusiasmo, a nuestra buena intención, al fruto de mi trabajo y de mis ideas progresistas. Fué un cruel desengaño, Juan.

—No debes preocuparte tanto. A lo mejor fué cierto que se indispuso. Ya ves que se hizo representar en el entierro y su telegrama de pésame ha sido muy expresivo...

—Juzgas sin saberlo todo. Cuando lo sepas, probablemente cambiarás de opinión.... Estás muy lejos de imaginar que la gravedad y muerte de la abuela estuvieron estrechamente relacionadas con el fracaso. Ella vivió esos días materialmente de la ilusión de la venida de su admirado don Paco a nuestra casa. Pensaba que sería una deferencia en recuerdo de don Juan y de la fidelidad que en todo momento había profesado éste a don Paco y que luego ella mantuvo de manera invariable. Por Juliana la cocinera nos hemos enterado de que su malestar comenzó tan pronto como unas visitas le pusieron al tanto de lo que había ocurrido. Precisamente hablaba de la fiesta con gran entusias-



mo dando por descontado que en ella había estado don Paco. Cuando he sabido esto es que he podido darme cuenta del significado de unas palabras que alcanzó a decirme.

—¿Qué te dijo?

—“No creo en nada, Marcos, después que él nos ha hecho ese desaire. ¡Qué ingrato! ¡Cómo han cambiado los tiempos!” Por eso quiso reconciliarnos con el doctor Lima. Lo interpreto como significándonos que nada vale la pena. Que mi compadre tuvo razón en proceder como lo hizo.

—¡Oh, abuelita, abuelita! A mí lo que me produce el conocer este asunto es un impulso irreprimible de luchar para infligir el merecido castigo a los culpables. El momento llegará...

—Sobre eso quiero insistir. Tengo que referirme muy especialmente a tí....

La aflictiva impresión causada por la noticia acerca de la abuela no impidió que quedara en suspenso ante el nuevo giro de la conversación.

—Es que no ceso de repetirme la pregunta de si realmente procedes como debes. Yo soy un hombre con fe ciega en los milagros de la voluntad y el trabajo. Creo que en lo que de mí dependía he demostrado cuanto valen. Por eso mis dudas acerca de la vida tan cómoda que haces. Pensaba que a estas horas estarías planeando una obra, escribiendo un libro. Pero no, atiendes primero a divertirte. Tus amigos preferidos en vez de ser intelectuales y colegas son tipos tarambanas como Maximito Llaner que no hay manera que pase del tercer curso. ¿Crees que puedo estar conforme con lo que hiciste durante la fiesta? No prestaste atención a tanta gente de importancia que asistió y te fuiste a expansionarte con tu grupito para encontrarte a lo último en estado lamentable. Teodosio no me dijo nada pero seguro estoy de que extrañó tu ausencia.

Sus palabras resonaban de manera desusada. Jamás le había oído enjuiciarle con tanta convicción y tan extensamente. A duras penas pudo conservar su impasibilidad para contestarle lo más tranquilamente posible.

—No voy a discutir tu celo y tus aprensiones. No creo que sea un pecado que un hombre joven disfrute de su juventud. También me exiges que rinda mucho y tampoco me quejo. Además, a pesar de la preocupación que demuestras por tu hijo no estás al tanto de todo lo que siente,—concluyó con gesto compungido.

—No puedes afirmarlo. Después del golpe que recibimos se muy bien cómo te ha afectado la muerte de la abuela. Por eso he aguardado hasta ahora para hablarte.

—Pero es que algo más me conmueve y tu lo ignoras...

—¿Cómo? —dijo Marcos—, en actitud de espera.

—Sí, la noche de la fiesta, nació en mi pecho una pasión. Estoy enamorado, papá....

—Vaya, vaya, respondió con el tono de quien aguardaba otro alegato. ¿Por eso cantabas, no?

—La cosa es seria, papá. Te juro que si todo me resultó indiferente fué por eso....

Al afirmarse en el asiento y mirarle frente a frente sintió por primera vez que no carecía de imponencia.

—Juan, te estoy hablando en serio....

—Yo no juego, papá. Regina Palma es una muchacha extraordinaria, —arguyó en trance de arrobamiento. Pero se apresuró a agregar: —Ahora, eso no es todo. Tengo reserda una sorpresa que espero restablezca mi crédito ante tí. Apenas hace dos meses que conquisté mi graduación y voy a hacer algo más: a publicar dos libros. No se si todavía piensas que es poco...

—¿Dos libros? —interrogó Marcos—, trocando su expectativa en profunda sorpresa.

—Sí, mis versos y canciones aparecerán en uno bajo el título de Ritmos y Rimas y el otro estará compuesto con mis artículos sobre la Universidad y tendrá por nombre La Cuestión Universitaria.

Ante la creciente estupefacción de su padre agregó:

—Los versos me ha prometido prologarlos el primero de nuestros críticos literarios y para el de prosa nadie más llamado a presentarlo que quien me animó a llevar adelante la campaña y la hizo triunfar.

—¿Teodosio, no? Bueno, la idea no está mala. Debiste habérmelo dicho antes....

La tensión pareció atenuarse. Le observaba deseoso de medir el alcance que había tenido en su ánimo cuanto le había anunciado. Al fin le vió erguirse, en disposición de salir, mientras le escuchó musitar con tono de quien transige sin hacer abandono de sus reservas:

—Bueno, bueno.... Pero recuerda que más que tu padre soy tu amigo, y que la vida me lleva a confiar cada vez en mayor medida solamente en los frutos del esfuerzo y el trabajo....

XI

En los días que siguieron llegó a serle conocido el modo de pisar Máximo Llaner cuando subía por la escalera camino de su habitación. Sin duda se empeñaba en atribuir a sus pasos una especial resonancia como forma de hacer el apuncio de su llegada. Luego venía el detenerse en el centro de la puerta, levantar la mano derecha a manera de saludo romano, aprendido en fotografías extranjeras, y decir en tono vibrante: ¡salud!

El gozo le transformaba la cara cuando traía noticias. La nariz aguileña acentuaba su prominente despliegue mientras los ojos no tenían punto de reposo. A base de tales indicios podía esperar un amplio informe acerca de Regina Palma.

Deseoso de abarcarlo todo al mismo tiempo el recién llegado revisó la habitación de generosas proporciones. Siguió el paso de su vista mientras recorría en el fondo la amplia cama con el velador junto a la cabecera. El tallado e imponente armario de caoba hacía la derecha. En el centro, a manera de recibidor, los cómodos sillones alrededor de una mesa adornada con flores. Desde el rincón con el escritorio y los estantes llenos de libros, hasta el cielo azul y despejado que, a través de la puerta que daba a la terraza, se confundía en la línea del horizonte con el mar.

A la postre se encaminó al mullido canapé arrimado junto a una de las paredes y se dejó caer en él. Pero como si le fuera imposible mantenerse en reposo, tomó de un salto de una mesita próxima una fotografía de aventajado tamaño que, colocada en artístico marco, era novedad que le había pasado inadvertida.

—¿Caramba, quedaste muy bien, sabes? Tienes el gesto solemne. ¿Y cómo se te ocurrió?

—Pues sencillamente pensando que debemos conservar algo que nos recuerde ese momento que tanta lucha nos cuesta: el de recibir el título. Llevé al fotógrafo para que impresionara la escena de la entrega. Desde luego que el Secretario de la Universidad estaba sorprendido. Mírale la cara. Fué alterar la rutina. No se dan cuenta de que es hora de renovar.

—Te felicito, eres un genio. La mía, si es que me llega la hora, la haré colorear...

Luego, tornó a dejarse caer en el canapé con un sus-

piro de alivio como si se sintiera fatigado. Pero no tardó en proseguir:

—No me has dicho al fin si le has hablado a Manijas de mi empleo. La plata del último empréstito que hizo el Gobierno está corriendo en bruto y están creando muchos cargos. Yo necesito el mío, chico. Para moverme me falta dinero. El viejo solo me manda unas motitas todos los meses y los cigarrillos americanos y el wisky cuestan muy caros....

Comprendió que estaba solicitándole soltar prenda antes de decir lo que sabía acerca de lo que le interesaba, y se apresuró a expresar:

—Días antes de la fiesta te recomendé a don Teodosio y me aseguró que para este mes tendrías tu empleo.... De un momento a otro te nombran.

—Gracias, chico, gracias. Otra cosa, ¿sabes? No quiero que me sigan llamando Máximo. Está a tono con la época y resulta más breve y expresivo el reducir mi nombre a Max Llaner. Tenlo muy presente, porque estoy decidido. Hasta pienso anunciarlo por la prensa. Ayer hablaba con la loca de Janet sobre eso...

Al ver que pensaba insistir sobre el tema, que se había convertido en uno de sus favoritos, no pudo disimular su disgusto. Máximo, o Max, como ahora le complacía llamarlo, fué ducho para percatarse de ello y enfilear la conversación por el rumbo que le interesaba:

—Leo en tus ojos lo que quieres preguntarme. Consuélate. Si tomo aliento, es porque tengo mucho. La he visto dos veces. En una pude hablarle. La primera fué en el cine, la otra en el parque, el jueves, noche medio extraña, pues suspendieron el concierto por la muerte de doña Eulalia y la gente daba vueltas sin música. Ahí fué donde me le acerqué. Estaba sentada en un banco con la tía Lupe....

La vista se le extraviaba más de lo acostumbrado como si se desentendiera de él. Semejaba querer volver los ojos hacia el interior de su memoria para reproducir de la manera más fiel lo que relataba. Sus palabras, en contraste con lo habitual, brotaban lentas, espaciadas, desesperantes...

—... Vestía de rosado con zapatos blancos. La cartera lo más chic con adornos de perlas. La tía apenas me puso atención; no tenía ojos sino para observar a los que pasaban. ¿Tú la conoces? Es regordeta, corta de estatura, cara redonda, no parece pariente ni ariente de Regina. Desde luego que enseguida recordamos la fiesta. La gente no habla de otra cosa. Ni aún la muerte de la abuela ha interrumpido los comentarios....

—Por Dios, me martirizas con tus pausas y circunloquios....

—¡Anjá! Perdona, chico, pues no es para tanto. Ella no escatimó palabras para elogiar la fiesta. También estuvo muy poseída de la pena que supone le ha invadido a ustedes al tener que soportar después de la alegría el dolor por la pérdida de la abuela. El caso hasta la hizo filosofar... Es un algo rara... Me dijo: —“La verdad que nada es estable. La mayor alegría siempre tiene algo doloroso y viceversa. Por eso también las personas no son completas ni carecen de fallas.” Yo desde luego aproveché para llevar la conversación adonde quería:

—Sin embargo, allí dió usted origen a un sentimiento íntegro y perfecto, por lo que he podido juzgar. A partir de entonces no hay en el ánimo del amigo a que me refiero sino motivos para recordarla. Desde ese momento, la tía puso atención. Se ve que mi frase fué impresionante.

—¿Y ella qué dijo?

—Trató de recordar. Probablemente pensó en Polo. Al fin cayó en la cuenta y se rió con mucho entusiasmo. Entonces comentó:

—Bah, pero está justificado que una dude de esas pasiones repentinas, sobre todo si se trata de poetas bajo el influjo de la luna y de la música. De todas maneras, lo agradezco mucho.

La última frase apenas pudo escucharla. El eco de la risa, vibrando bajo la luna, se le hizo nítidamente perceptible y abrió paso al escozor del orgullo herido.

—Es lo malo Máximo, digo Max, es lo malo. La mujer que mucho ríe generalmente es insensible.

—Déjate do boberías, hombre... No conoces a las mujeres. Al principio hay que soportarlo todo. Es como el soldado que se lanza al asalto a campo descubierto; mientras no escala la trinchera, las balas le hieren y le ponen en riesgo eminente. Después, bah, no hay problema.... En el caso de Regina tienes además un aliado en potencia que es casi decisivo. Me estoy refiriendo a la familia. Ya te dijo que tenía mucho que contar. Yo no me duermo....

—Pues acaba....

—Los Palma hace apenas dos meses que residen de nuevo en la ciudad después que le dieron empleo a don Julio por recomendación del senador Batisterio. Antes habían vivido aquí y viajaron a Estados Unidos y Europa y la gente asegura que gastaron todo lo que tenían. Se compraron hasta automóvil. La cosa es que ni el padre ni la tía se resignan a vivir en el pueblo donde nacieron. La mamá parece más conforme. Don Julio y la tía Lupe están muy agradecidos a Batisterio por haberles dado la oportunidad de volver a la capital. Se dice que tienen cifradas sus esperanzas en un buen matrimonio de Regina. A eso se debe que le estén metiendo a Polo por los ojos. La muchacha hace el esfuerzo pero no traga.... En una palabra, que me imagino que tu podrías ser el paladín que librara a la princesita de caer en manos del monstruo, —afirmó socarronamente. Inclusive estoy convencido de que la familia a la larga agradecería el cambio....

—Pero es que yo no podría conformarme con desempeñar el papel de solución de problemas de familia. A mí hay que quererme por lo que valgo. Creo que algo represento, ¿no?

—Claro que sí, hombre. Yo a lo que me refiero es a las ventajas que esas circunstancias te ofrecen. Ella precisamente apreciará más tus cualidades porque tendrás visos de todo un salvador. Compadre, si hubieras visto el interés que demostró la tía Lupe en cuanto hablamos de tí. Enseguida me preguntó que cuándo era la misa por la abuela. Apuesto a que van....

XII

Mientras el automóvil se deslizaba, veloz, la mañana clara y el aire transparente en donde se disolvían, al calor de los rayos del sol, los residuos dispersos de una frágil neblina, sumaban sus influjos para hacerle recordar los años de la niñez. Solamente las edificaciones de los modernos barrios residenciales disonaban de su evocación, pero en el recinto de la ciudad vieja, la hora temprana, en la cual todo tenía un típico sabor de desperezamiento, trajo fielmente a su memoria las oportunidades en las cuales fué acompañante a rastras de la abuela, empeñada en cimentar su devoción religiosa. La ausencia de la difunta cobró en tal modo el contorno sensible que le atribuía su pena y, silencioso junto al chófer, las pocas palabras que en el asiento trasero cambiaron Marcos y Aurelia no alteraron el clima propicio al reencuentro con entrañables remembranzas.

Para asistir a la ceremonia se había dispuesto con los arrestos de bizarría propios de un acto de heroica decisión. Cuantas veces mostraba su semblanza deprimente el dolor por la muerte de la abuela renovaban sus estímulos el miedo y el deseo de escapar. Sostenía los restos de su entereza

el recuerdo de Regina Palma y el anhelo de verla. De ellos se alimentaba una especie de secreta avenencia con la jovial claridad matutina.

El interior majestuoso de la catedral preservaba también viejas impresiones en las cuales el respeto y la solemnidad se mezclaron con atisbos de nexos recónditos y alusiones veladas. El tañido grave cuya resonancia abarcaba a toda la ciudad a la hora del Angelus se adentraba en lo hondo de los recuerdos con su toque funerario. La imponencia y el grosor de las columnas, enlazadas en lo alto como manos fraternas, eran mudos alegatos de la permanencia de la piedra frente a la fugacidad de lo humano. En las capillas laterales, mediante las figuras yacentes, personificaba el reposo y sueño eternos. Las bóvedas devolvían con apagado rumor, como si provinieran del cielo, el eco del ingrátido roce de sus pies sobre el piso enlosado.

Se le hizo entonces patente el murmullo con que la concurrencia había acogido su llegada. Entre la nutrida aglomeración de rostros que quedaba a sus espaldas podía estar el de quien era motivo de la confortadora esperanza que, como una lucecilla, rutilaba entre las sombras de su congoja. Iba ya a volverse, tratando de confirmar su reservada expectativa, cuando ante sus ojos se interpuso la sólida humanidad del padre Crispulo, cuya entrada, seguida de varios acólitos, fué motivo para que todos se pusieran en pie. La presencia del gran amigo de la abuela, los primeros acordes del órgano, el lamento inicial de los violines y el coro, dieron término bruscamente a la tregua insinuada para su doliente estado de alma.

Fué el momento en que la nota incisiva de la ausencia de la abuela reveló a plenitud su desgarradora dimensión. Los ojos se le humedecieron y un sollozo apremiante, como si una mano vigorosa le apretase inmisericorde dentro del pecho, pugnó por escapársele. Se insinuó taimado el impulso de huir. Turbado extrajo el pañuelo para secarse discre-

tamente las lágrimas y aplicar sordina a su gemido. A su lado Marcos despejaba la garganta y Aurelia daba rienda suelta al llanto.

Clavó los ojos en el suelo para afirmar su inmovilidad. Cuando los levantó se recortaba el abultado abdomen del padre Crispulo sobre el resplandor mortecino de uno de los cirios del altar. Luego le vió unir las manos con gesto de profunda y resignada piedad. Como si le comunicara la fortaleza necesaria para sobreponerse a su lastimera predisposición, pudo confrontar el momento más sereno y de manera más equilibrada.

De nuevo tuvo carácter perentorio la esperanza de poder identificar a aquellos cuyos ojos los sentía muchas veces fijos en sus espaldas. Estaban adquiriendo configuración de incógnita que al propio tiempo que le hostigaba era portadora de la promesa de una compensación deliciosa a sus vicisitudes de deudo afligido. Disimuladamente volvió el rostro y sin dificultad reconoció a muchos de los que le acompañaban en el piadoso tributo. Pero la fugaz visión de sus fisonomías no le trajo el consuelo que reclamaba su ansiosa inquietud. Apenas la afinada persona de Max Llaner, erguida al lado de una de las gruesas columnas, en el más agudo de los contrastes, se constituyó en prenda de una eventual satisfacción a su desasosiego. Acababa de dirigir de nuevo la vista hacia el altar cuando le sintió más próximo. No sabía como se las compuso para susurrarle poco después al oído: —He ganado. Ahí están....

En lo adelante no tuvo punto de reposo. De manera repetida erraron sus ojos por entre las personas que se hallaban en las exequias. Al fin reconoció a Regina Palma sentada en el extremo de un banco leyendo, con leve inclinación de cabeza, en un pequeño misal. Su perfil delicado, al emerger del traje oscuro, se recortaba al sombreado trasluz del discreto rincón. La dama regordeta a su lado era sin duda la tan mentada tía Lupe.

El encantado atisbo sirvió para que la herida punzante de la pena asumiera el cariz de una felicidad acentuada por el contraste con el dolor. Se veía en la zona intermedia en que la luz fulge más deslumbradora porque se la contempla desde la sombra. Con la nueva perspectiva la faz compungida de las cosas atenuó el rigor de sus severas sugerencias.

Al término de la función se acercó el momento culminante de su expectativa. Junto a sus padres aguardaba muy ceremonioso que los concurrentes vinieran a renovar las expresiones de su pésame. La sensible acústica del templo aumentó los efectos auditivos de las palabras y los movimientos de las personas, así como de sus manifestaciones de afecto y solidaridad. Mientras por propia cuenta recibía abrazos y frases de condolencia, percibía los besos de que era objeto su madre de parte de las damas y los ruidosos palmoteos que depositaban los caballeros en las espaldas de Marcos. El lloro de muchas de las beatas compañeras de la abuela se agregó a las resonancias. Por último se sobrepuso a todas el gemido entrecortado que, contiguo a él, exhaló Aurelia entre abundantes lágrimas.

Ya era realidad el encuentro que esperaba. El padre y la tía de Regina repetían expresivamente sus votos. No tardó en tenerlos delante. El padre muy comedido y con el hablar pausado que ya le conocía. La tía con cierta nerviosidad, exhibiendo hallarse muy conmovida, evocó a la tía difunta: —Era usted su prenda querida. Me di cuenta cuantas veces la oí hablar. ¡Cómo siento su pena! Respondió con una frase que inopidamente se hizo larga, como si se sintiera arrastrado, en el último instante, a alejar el momento decisivo. Al fin miró el rostro tan anhelado. La mano de ella buscó la suya con exquisita naturalidad y sencillez. En la penumbra halló sus ojos más hermosos bajo el velo de una leve tristeza. Suavemente la oyó musitar: —He rezado por el alma de la abuela y ahora pido resignación para usted. Todo escasamente tuvo la breve duración de un instan-

te. Nuevos abrazos y frases de condolencia dieron buena cuenta de su efímero transcurso.

Durante el regreso a la casa pasaba revista a las fugaces incidencias del encuentro. Juzgaba como justificado motivo de aliento el que Regina Palma le hubiera permitido disfrutar del placer de verla al propio tiempo que recibía, como doliente, el tributo de su amistad. Sus palabras continuaban vibrando en el oído con el timbre de comprensiva piedad que tuvieron. No obstante, ella seguía siendo una cosa lejana que era necesario alcanzar. Cuanto antes lo proclamara mejor. Puso por obra su pensamiento tornando el rostro hacia Marcos que, al lado de Aurelia, venía de nuevo sentado a sus espaldas.

—¿Papá, viste a Regina Palma?

—¿Quién? Había tanta gente....

¿Pero, era posible que no la hubiera distinguido entre todos? Confundirla era pecado imperdonable. Estaría comenzando a perder la vista. Otros reproches por el estilo tomaban cuerpo en su fuero interno cuando Marcos agregó, medio limpiándose de culpa:

—Ah, la muchacha de quien te sientes enamorado. Sí, conozco a su padre. Anjá, ya se, fué de las últimas en saludarnos. ¡Linda chica!

—Espero entonces que no te sorprenda lo que te dije. Cuéntale a mamá.

La voz paterna tuvo otra vez la inflexión aleccionadora advertida días antes.

Muy bien; por lo que había comprobado a primera vista, celebraba su elección, que al parecer iba más allá de los juegos y escarceos anteriores. Pero que si pensaba en una cosa sería tuviera en cuenta lo conveniente que sería consumarla con los galardones de una personalidad formal

reconocida. Que no fuera a creer que lo trataba como un niño sino que simplemente le señalaba lo más ventajoso.

—Las mujeres te querrán más a medida que más méritos te adornen. Espero, por eso, que si verdaderamente estás enamorado, tus sentimientos te sirvan de estímulo para la realización de tu destino.

Se volvió a mirar a Marcos con un dejo de admiración. Encontraba que, por primera vez, se le adelantaba. Pues precisamente sí, todo aquello lo venía él pensando. Instalaría su bufete de abogado. Publicaría sus libros. Terciaría en la vida pública. En una palabra, que ostensibles como la transparencia de la mañana tornaban a lucir los incentivos de su existencia a seguidas de las conmociones tan contrapuestas que en breves días se posesionaron de su ánimo.

XIII

Afortunadamente, la ciudad acentuaba, como por encanto, su traza briosa y henchida de estimulantes motivaciones. La actividad política crecía con un despliegue de fuerzas que se anticipaban en dirimir rivalidades para el próximo período electoral. El comienzo del ejercicio de su profesión había tenido el buen cuidado de rodearlo con el lustre impresionante de un bufete instalado a todo tren en sitio concurrido en donde el rótulo que anunciaba su nombre era de obligada lectura para cuantos pasaban. Con más frecuencia que de costumbre envió sus colaboraciones a la prensa diaria y al mismo tiempo se hizo elemento diligente de academias y asociaciones culturales. El Salón Minerva había afianzado su aureola de centro de intercambio entre gentes de letras, artistas y bohemios. En medio de aquella urdimbre de incitaciones había finalmente surgido Regina Palma emanando de la seducción de su belleza el suave contorno sentimental que ahora tenían las cosas.

Pagada la ofrenda a la memoria de la abuela hizo acopio de medios para las actividades que de modo imperativo

le reclamaban. Empezó por proveerse para uso particular de un automóvil de marca acreditada, en sobrio color gris, cuya llamativa carrocería fué motivo de curiosidad en las calles. Reafirmó los títulos de su propia suficiencia conduciéndolo por sí mismo. Para servir a su interés amoroso fué un recurso de primer orden. La misma noche se calificó como frecuentador de los alrededores de la morada de Regina Palma. A su lado iba Max Llaner. No tuvo la fortuna de verla, pero al día siguiente las mañanas del amigo le sirvieron para anunciar su visita.

La calle le era conocida; la recordaba desde siempre así: estrecha, de curso breve, de tranquilidad casi imperturbable; se desplegaba sin embargo inmediata a la más animada de las vías comerciales. Apenas la había rozado el remozamiento general. Su superficie lisa y emparejada por el asfalto, sus aceras de restringida amplitud, eran prendas de discreta modernidad. Se le revestía no obstante de poder sugestivo al transitarla para visitar a Regina Palma.

En la sala pequeña, entrevista al paso de su automóvil, la tía Lupe leía el diario, sentada en una mecedora y haciendo uso de la luz de la lamparilla puesta sobre una mesa en sitio apartado de la estancia. Tras escuchar sus saludos levantó los ojos y acudió solícita a recibirles. Les hizo tomar asiento. De parte de Regina era el ruego de aguardarla por unos momentos, —dijo,— mientras plegaba apresuradamente el periódico y se les acomodaba en frente.

Por primera vez pudo observarla de manera detenida. Su madurez visible no podía disimularla la melena de pelo negro, ni el maquillaje generosamente esparcido a través de su rostro redondo, ni el traje de diseño juvenil que dejaba al descubierto las gruesas pantorrillas aprisionadas por las medias de seda. La sonrisa distendía aún más sus labios por natural disposición finos y alargados. Sin hacerse esperar habló accionando las manos en dos de cuyos dedos ostentaba sendas sortijas con gemas vistosas.

—Usted es de las personas que sin haberlas una tratado nos parecen conocidas y hasta familiares de tanto oír mencionar sus nombres. La pobre dona Eulalia, que en paz descanse, siempre hallaba motivo para recordarle, y nosotros los lectores tenemos con quienes escriben nuestros intercambios aunque sean en silencio. Hace un momento leía en el diario que pronto circulará su libro sobre las cuestiones universitarias....

El reducido salón lucía cierto discreto buen gusto en evidente contraste con el recargado atavío de la tía Lupe. No dejaban de halagarle las palabras de ésta pero prefería familiarizarse con los detalles de la estancia como si en ellos encontrara las huellas de quien era la causa de su especial inquisitiva. El mobiliario de mimbre aparentaba estar distribuído sin orden ni concierto pero en realidad su disposición realzaba el tono acojedor de algunos rincones. Al centro pendía la lámpara cuyas cuatro bombillas atenuaban su resplandor a través de los cristales traslúcidos, de matiz marfileño, que simulaban hojas sostenidas por los brazos de bronce. Debajo de ella, en la mesita central, un manojo de violetas depositado en un florerillo adornaba las fotografías del portaretrato doble abierto en ángulo. A una de ellas la reconoció como del padre de Regina; la otra era sin duda de la madre, dama de faz aguileña, facciones correctas y semblante bondadoso.

La tía Lupe no había cesado de hablar cuando se recortó en el marco de la puerta próxima la figura esbelta de Regina vistiendo sencillo traje verde claro. Se puso en pie viéndola acercarse con la natural ansiedad con que se asiste a la concreción de un anhelo por largo tiempo acariciado. Acogió la mano que le tendía mientras ella, en tono de broma, abogaba por el crédito de su puntualidad señalando que se habían adelantado a la hora convenida. Miró su reloj pulsera en oro. Tenía razón.

Cuando tomó asiento frente a él no hubo ya otro móvil para su interés. Se hizo un murmullo el diálogo que entre-

tanto habían aunado la tía Lupe y Max Llaner. Temió que su mirada fuera demasiado asidua pero le hubiera sido imposible resignarse a dejar de servirse a sus anchas de la oportunidad de contemplarla estando en sus cabales y sin el asedio de la premura del tiempo. De entre el repertorio de temas que había planeado tratar se insinuó sin proponérselo el de Polo Batisterio.

—Mi aprensión era, Regina, que algún guardián celoso, alentado por su egoísmo, me impidiera satisfacer el placer de visitarla. No se imagina como constituye para mí un profundo alborozo el estar junto a su persona, en el seno de su hogar, cerca de tantas cosas que diariamente conviven con usted.

Hubo cierta vivacidad en la respuesta:

—Permítame que le diga que ha estado equivocado sin remedio. Ha rozado sin querer ese quisquilloso prurito de sentirnos libres y dueñas de nuestros actos. Creo que una de las grandes ventajas de la amistad sobre el amor es que consiente que conservemos nuestro albedrío sin que ello sea obstáculo para los sentimientos de estimación y afecto que necesariamente provoca el trato.

—No sabe como deseo compensar la delantera que puedan otros llevarme simplemente por haber llegado primeros. Si la estimación y el afecto provienen del trato no hay duda de que estoy notablemente retrasado puesto que apenas me conoce. Por eso saber cuanto le concierne es como un índice de mi anhelo. Me atrevería a pedirle su biografía, pero sincera, confesada...

¿Su vida? Vaya... Había sido más que corriente. La de una buena muchacha de pueblo que se ha asomado un poco al mundo. La sucesión de cuadros no era muy variada: la casa, los familiares, los amigos. Después la escuela. Los afanes de la Normal. Los conciertos semanales en la plaza. El júbilo del día de la graduación. Y luego un vistazo

al mundo en dos viajes: un poco más de Estados Unidos; menos de Europa...

—¿Y los admiradores? ¿Y Polo? Recuerde que le he pedido más o menos confesarse, —agregó como quien echaba la cosa a juego.

A su lado se había casi desvanecido el rumor de la conversación entre la tía Lupe y Max. Se dió cuenta de que estaban alejados en un extremo de la sala. Allí Max ojeaba un álbum de fotografías mientras la tía Lupe empleaba el índice para llamar su atención sobre algunas y le explicaba acerca de ellas. A sus oídos llegaban nombres aislados: en París, en Nueva York, abordo del trasatlántico.... El timbre sonoro de la clara dicción de Regina los hacía cada vez menos audibles:

—Los admiradores habían pasado sin dejar huellas. En cuanto a Polo.... Aquí el dejo irónico que arrastraban sus palabras y que se reflejaba en su rostro pareció dar paso a la presencia encubierta de una preocupación. Se tornó más pausado su hablar: —Era muy buena persona. Desde niña lo había conocido. Su padre profesaba mucha amistad al padre de Polo. Por eso en el seno de la familia se estimaba al hijo. Pero como admirador era otra cosa.... Ella sobre eso tenía sus ideas. Creía que era indispensable una estrecha compenetración y sobre todo que el admirador fuere a su vez admirado.

—Son ideas muy particulares, ¿sabe? Porque aunque las mujeres podamos acostumbrarnos a la pleitesía y pensar que debemos recibirla, creo que nuestro natural nos inclina más a la sumisión. Y esta es admisible solamente cuando alguna nota de quien jura sometérse nos permite percatarnos de su superioridad. Espero que sea por ahí por donde asome el amor....

La inflexión de su voz resonaba con matices inéditos. Le llegaba hasta la entraña conmoviendo la fibra más ín-

tima de su sensibilidad. ¿Admirar para amar? Fórmula maravillosa. Desde luego, quien como él....

—Me embeleso oyéndola, Regina. Palabras como esas en labios de mujer constituyen para el hombre un estímulo inapreciable. Hace muy bien, debe admirar primero. ¿Qué ha hecho Polo para merecerla? Nada. Solamente ser hijo de quien está encumbrado por la política. Por eso yo trato de ser por mi mismo. Tengo sueños de gloria. Amo las letras. Reverencio el arte. Quiero que la huella de mi vida quede grabada en la historia.... Y ahora la tengo a usted para rendirle el tributo de todos mis trofeos....

Al calor del entusiasmo se redujo la conciencia de sus percepciones. Había advertido el despuntar del asombro en los hermosos ojos claros tan pronto comenzó a elevar el tono de la voz y a solemnizar el gesto pero tan gráfica llamada a la prudencia no tardó en disiparse. Solamente le restaba aptitud para escucharme a si mismo.

Por fortuna, el contacto de la mano de Max le hizo reparar en la tía Lupe quien, a su lado, muy sonreída, abanicándose, nerviosa, le incitaba a servirse del refrigerio que una criada había traído para dar alivio al creciente agobio causado por la temperatura en ascenso.

El rostro placentero de Regina señoreó de nuevo su atención. Parecía estar pendiente de sus palabras. Mientras ingería el líquido ambarino, que exudaba de puro frío, su bello semblante se traslucía a través del coloreado cristal de las paredes del vaso. Al tenor del visaje de su rostro el tono de su voz, al reanudar la plática, se revistió de un matiz comprensivo y cordial.

—De su labor estaba enterada. Con frecuencia lo había leído últimamente. De política no entendía mucho pero de tanto oír hablar de ella al fin estaba resultando versada en la materia. Pero sin decidir sus simpatías a pesar de la familia. Se estaba dando cuenta de como el ambiente a cada hora se caldeaba más.

—También se que es usted hombre de sentimientos, que escribe versos y ama y ejercita ia bella literatura. No hay que dudarlo: tiene usted por delante un gran papel.

—Lo que realmente ambiciono ahora, Regina, es que todo eso tenga significación para usted. No se por qué me temo que algo la preocupa y perturba. Yo quisiera contribuir a disipar cualquier sombra que se interponga entre usted y su felicidad.

Le inundó con una indescriptible sensación de placer el vislumbrar en los ojos de ella un destello de gratitud repentino y luminoso. Quedó convencido de leer en su mirada el mensaje de quien, sintiéndose perdida en medio de la inestabilidad y el desamparo, veía al fin surgir la esperanza de un punto de apoyo firme y protector. Por su respuesta se le afianzó la certidumbre de lo que creía entender.

—Estoy conmovida por su devoción. Todos necesitamos siempre del lenitivo que pueden proporcionarnos la sinceridad y el afecto. Para mensurarlos en su justa magnitud contamos con ese gran medidor que es el tiempo. A las mujeres nos gusta confiarnos a él.... Esperar....

XIV

Al detener el automóvil frente a la Secretaría de Estado le animaba la cómoda sensación de profunda confianza en sí mismo. Las llamadas del Secretario Manijas tenían la virtud de hacerle viva y corpórea la convicción de su propia importancia. Los blancos muros del flamante edificio deslumbraban bajo la luz del sol. Los recorrió con los ojos hasta que finalmente los detuvo en una de las ventanas del segundo piso, que correspondía al despacho del Secretario y estaba abierta de par en par.

El camino hasta allí lo franquearon las demostraciones de afecto y respeto de los integrantes del servicio. Manijas se levantó de su asiento, en cuanto estuvo cerca, y le

hizo objeto de la acostumbrada efusiva recepción. Se disponía luego a situarse detrás de su magnífico escritorio de tallada caoba, cubierto con un vidrio transparente, cuando pareció arrepentirse y tomándole del brazo le condujo a una salita contigua, de ambiente íntimo, asegurándole que allí estarían bien para hablar a gusto.

Su reducida humanidad materialmente se perdió en la muelle superficie de uno de los desmesurados sillones con tapiz de fina piel que era parte del mobiliario de la pequeña pieza. Las extremidades superiores las mantuvo extendidas sobre los soportes laterales del comfortable asiento, sosteniendo con la diestra la pluma enchapada en oro que poco antes le servía para escribir.

La conversación tuvo en sus principios los acostumbrados giros sobre asuntos familiares, pero en esta oportunidad hizo hincapié sobre los viejos nexos que les unían hilvanando recuerdos de los años de su infancia. A seguidas prosiguió:

—Hay muchas razones ya para que me sienta viejo. Te he seguido paso a paso casi desde la cuna y de repente te encuentro instalado junto a mí con todas las prerrogativas de un hombre hecho y derecho a quien acreditan muy justos títulos. Sin embargo, me siento también en pleno vigor; lo que temo es que la vida esté corriendo más aprisa que yo y que no me permita emplearlo. Algún día tal vez por propia experiencia conozcas este temor. Sucede cuando tenemos mucho que mirar hacia atrás; tu solamente miras hacia adelante.

Observó que la voz del amigo estaba penetrada de un dejo de melancolía que no dejó de impresionarle. Era algo nuevo dentro del diseño de vital combatividad con que se le había perfilado. Movidio por el concepto de infatigable dinamismo que siempre había acompañado a su imagen, se apresuró a replicar:

—Me parece que bromea, don Teodosio. Nada de viejo tiene usted. Por algo resulta el líder preferido de la juventud. Siempre he creído que nadie está en mejores condiciones para comprender los imperativos de innovación de la hora y atribuirles su verdadero alcance.

—Me consuela oírte hablar así. Ciertamente, tú lo sabes, soy un convencido de que a la juventud, a los que pueden comprender lo nuevo y compenetrarse con ello, es a quienes debe reconocérsele oportunidad de privilegio para realizar el destino del país. Los tiempos de los macheteros y los tira tiros por fortuna han quedado muy lejos. Sin embargo, parece que hay quienes no aprecian ese modo de pensar. Ya ves lo que está pasando. El Gobierno tropieza con ataques y entorpecimientos montados precisamente por gente joven. A mí en particular me hacen objeto de ellos pero a nadie respetan. Desde luego que estamos presumiendo que a esos jóvenes los animan otros que no lo son. Los eternos opositores a todo. Debes estar al tanto de lo molesto que se está perfilando Cosme Ramírez. La estrecha amistad que demuestra por el doctor Lima hace creer a algunos que éste puede ser el inspirador. La verdad es que alrededor del doctor Lima se está agrupando un núcleo que tememos solivante a los estudiantes y a los obreros. Con Cosme tiene consultorio junto; hacen tertulias en casa del doctor; se van a la finquita de éste a pretexto de excursiones y cacerías. En fin, que están dándonos dolores de cabeza y parece que Cosme funge de vocero del grupo. Al menos, es el que hasta ahora se ha lanzado a la palestra. Habrás visto que escribe y habla cuantas veces tiene oportunidad. Sobre todo están resultando impertinentes las cosas que publica en El Noticiero.

Desde un buen rato antes había alterado repetidamente su posición original. La inquietud le zarandeaba dentro del mueble holgado. La pluma se la llevó a uno de los bolsillos interiores de la americana y su mano accionaba con el cigarrillo que mientras tanto había encendido. Desde el

borde del mullido asiento, según su hábito, afirmaba ahora sobre el piso el calzado de tacón empinado.

Contra lo que deseaba, no le dió oportunidad de expresarse, sino que prosiguió:

—¿Tú conoces a Cosme, no es verdad? Recuerdo como se portó contigo en la cuestión universitaria. ¿Pero no crees que podría convencerse para que dejara sus necesidades? Le daríamos un cargo diplomático a fin de que se perfeccionara en su profesión en el extranjero....

La posibilidad de apaciguar a Cosme con una posición de preeminencia le molestó hasta irritarle.

—Mire, don Teodosio, es un tipo recalcitrante y defectuosísimo. Eso no haría más que envalentonarlo. Desde niño lo conozco como voluntarioso e intransigente. Lo mejor es someterlo. En todo caso, primero hay que darle su zurra para bajarle los humos...

El rostro de Manijas, con expresión meditativa, quedó velado por la densa bocanada de humo que sus labios expelieron y la cual se interpuso entre ambos. Al disiparse, volvió a sonar su voz pausadamente:

—Bueno, pues a la carga. Como ahora escribes con frecuencia, ve afinando la puntería en dirección a él. Trataré de que se te haga eco. Quizá entonces será fácil convencerlo...

La misión le era grata. Le inducía a ella un cúmulo de viejos celos y resentimientos avivados a medida que el nombre de Cosme Ramírez había ido cobrando auge. Se avenía además con el cariz del ambiente. Manijas le observaba con atención, y al fin continuó, asumiendo postura confidencial, como si hubiera estado aguardando aquel momento:

—Juancito, cada vez te siento más como de los míos. Todo cuanto digo en el prólogo de tu libro acerca del cariño

y la admiración que me mereces es pura sinceridad. Por eso tenemos que entendernos clara y confiadamente. Lo de Cosme Ramírez no es lo único ahora que se acerca el momento de ir pensando en quien va a sustituir al Viejo. Por ti mismo has tenido la oportunidad de comprobar que es cierto lo que se dice de mí y de Lolo Batisterio. La suerte parece que quiere que tú y yo nos sintamos identificados pues he sabido que encuentras en tu camino a su hijo Polo como tu rival. Entiendo que tiene asediada a la pobre Regina Palma a base de la ayuda que Lolo le presta a su padre. Pues aquí también te invito a luchar juntos....

Se le acercaba para hablarle cada vez más bajo. Los tan conocidos rasgos de su rostro pequeño, la nariz curva y gruesa, el pelo rebelde, con algunas hebras blancas, meticulosamente fijado al cráneo, y el rebrillar de los cristales de sus lentes colocados en montura de oro, se le remozaban con gráfico vigor en el clima de cálida y estrecha intimidad. Semejante situación redoblaba el poder sugestivo de la voz de su interlocutor.

Le pareció el instante a propósito para exhibir galas de perspicacia política.

—Bien sabe que nadie como usted atrae mi devoción. Ella se ha forjado con el cariño que en casa le profesamos y que usted no ha defraudado. No podría decir lo mismo de otros. Por eso me duele tanto todo lo que con usted tenga que ver. Fíjese en don Paco.... Bueno, es que no puede pedírsele que esté a la altura de los tiempos. Mire, díque pensar en Dolores Batisterio! ¡Qué anacronismo! Es como preferir los caserones viejos de la ciudad a las residencias llenas de confort.... Ya la abuela....

Iba a ponerse en pie para proseguir cuando, al levantar la vista, se topó de buenas a primeras con el gran retrato de don Paco que colgaba frente a él como único ornamento de la pieza. Lucía severo, con su rostro adornado

con bigotes y perillas, y el ceño levemente fruncido tras los espejuelos. Sobre su pecho señoreaba el supremo símbolo de autoridad de la banda presidencial.

Sintió que algo le clavaba en el asiento.

Por suerte, Manijas vino en su auxilio, como si quisiera sostenerle en su súbita vacilación.

—No andas descaminado, Juancito. Pero hay mucha gente equivocada. Ahorás días hablaba con Marcos. El tampoco parece darse cuenta de las cosas. Su sentido demasiado práctico le impide tomar el menor riesgo. Es necesario que tú lo alertes porque los negocios tienen mucho que ver con la política. Tú comprendes lo que él no advierte.... Necesita tu consejo....

Le dieron ganas irresistibles de pavonearse ante lo que estimaba un triunfo merecido.

—Sí, siempre lo he hecho. Hay que abrirle los ojos. Le he repetido una y otra vez que usted nos honra cuando utiliza sus servicios.

Luego, quedó pendiente de las palabras de Manijas como si estas ejercieran un sortilegio del cual no se podía evadir.

—Contigo no tengo ya secretos. Compruebo que ves por debajo de las apariencias. Es bueno que lo sepas todo. Pues bien, mi paso a la Secretaría de lo Interior constituyó una prueba suprema de confianza de parte de don Paco. Parecía que definitivamente era yo el elegido. Por eso empezaron a tejerse enseguida las intrigas y le tomaron el lado flaco al Viejo con el tema de las deudas sagradas con sus generalotes para sacar al general Joaquín Dolores Batisterio de su finca provinciana y trasladarlo a la capital como postulante a la sucesión. El caso es que el Viejo acepta que me enfrenten a los asuntos más difíciles, como para hacerme fracasar, mientras Lolo me molesta de continuo. Me es-

tán llegando noticias de que amigos míos son desplazados de sus empleos para darle cabida a gente recomendada por él. En fin, que aunque este otro pleito se ventila al presente con sordina será indispensable aclararlo más tarde. Mi ocasión ha llegado y no voy a permitir que se me escape. Lo que te decía: no consentiré que la vida corra más aprisa que yo... Inclusive puede ser que el Viejo lo que quiera en realidad es quedarse él. Pero ni aún así....

Las palabras de Manijas, más musitadas que dichas, habían ido enardecíéndole. Estaba ansioso de que le diera una oportunidad para introducir sus propias observaciones. Pero al ir a hablar, el retrato de don Paco reiteró su admonitoria intromisión, impidiéndole excederse de un mudo gesto de asentimiento.

Manijas se levantó del asiento y deteniéndose frente a él, le colocó ambas manos sobre los hombros, mientras le decía:

—Te lo repito: no andas descaminado en tu juicio. Una personalidad como tú, por ejemplo, ya debía ser Secretario de Estado, Rector, Diputado o algo por el estilo. Todo eso lo arreglaremos a su debido tiempo. Por el momento, sin perder de vista a los otros, fijemos la atención en el presuntuoso de Cosme Ramírez....

TERCERA PARTE

STAN FORD

I

Se encontraba ya, pues, formando parte del diseño beligerante que había adquirido la ciudad, suficientemente enterado de que las personas y las cosas además de servirle, podían ofrecerle resistencia y también hostilizarle. El mundo no estaba en verdad dispuesto para que uno lo aprovechara de acuerdo únicamente con la propia voluntad sino que había que tener en cuenta los pensamientos de los otros y su manera de actuar. Correspondía por tanto saber cómo eran y cuáles propósitos les animaban. Quedaban entonces revestidos de un ostensible carácter independiente, que exigía ir hacia ellos, conocerlos y estar alerta para los requerimientos de la lucha que cada uno suscitaba.

Nadie más llamado a encarnar este cariz de oposición y desafío que Cosme Ramírez. Los comentarios a que su nombre estaba dando origen eran motivo de molestia, pero necesitaba escabullirse un poco a hurtadillas de su propio orgullo para prestarle atención, pues le costaba trabajo descender de la actitud de calculada indiferencia desde donde se empeñaba en mirarlo. Se resistía, desde allí, a reconocer el ascendiente público que iba granjeándose Cosme. Ante sus ojos vino a ser admisible la importancia de éste solamente cuando se enteró de la preocupación del Secretario Manijas. Desde entonces leyó con asiduidad El Noticiero y hasta hizo por repasar lo anteriormente publicado por Cosme. Fueron días en que quieras que no todo cuanto pensaba y había escrito el sempiterno rival, amenazando como siempre los predios que estimaba de su exclusiva incumbencia, se constituyeron en motivos de especial interés para él.

En verdad que le era difícil explicarse de donde emanaba la trascendencia de sus afirmaciones. En primer término era absurdo que pretendiera medirlo todo como si se tratara de un despacho de mercancías. En el título de los escritos campeaba la ridiculez: "Con el microscopio". Falta del más elemental gracejo había en las líneas con que pretendió justificarlo.

"Amamos la ciencia y somos rabiosamente positivistas en el afán por el dato concreto y el análisis minucioso. Por algo rendimos nuestras preferencias al laboratorio. ¿Qué mejor entonces que el telescopio para penetrar en las interioridades de nuestro firmamento social y poder aproximarnos, en arrastre vertiginoso de años-luz, a los astros que en él fulguran? Tales nuestras ingenuas reflexiones. Ingenuas porque a poco tropezamos con que padecíamos una desorientación radical. No había tales astros. Las distancias que nos parecían inmensas, anticipadas como dignas del cartabón astronómico, se nos redujeron hasta el punto de que los alucinantes años —luz se convirtieron en mínimos segundos— sombras. (Y que nos perdone el héroe de Ricardo Güiraldes). No había duda, pues. Para satisfacer nuestra ansiosa avidez requeríase el microscopio en vez del maravilloso instrumento que al revelarnos la magnitud infinita de lo creado nos alecciona acerca de las ínfimas proporciones de nuestra desvalida pequeñez. Ante lo mínimo lo propio es llevar adelante la indagación recurriendo al extraordinario compañero que nos ha descubierto tantas de las reconditeces del mundo de lo infinitesimal, puesto que los presuntos astros han venido a parar en simples bólidos de luz fosforescente cuyos residuos polvorientos, una vez descendidos a tierra, es preciso examinar con el lente escrutador del laboratorio. Claro que la comprobación a la postre nos satisfizo: se trataba ni más ni menos que de nuestra especialidad."

—Vaya con la gracia, —musitó para sus adentros. A lo que lleva la envidia....

Igualmente necio era cuando se daba a enseriarse para sentar cátedra de conducta. El cuento de la sinceridad sobre todo lo hacía incurrir en extravíos increíbles. ¿Pero podía no darse cuenta de las cosas nuevas hasta el punto de negar lo que se entraba por los ojos? ¿A qué venía eso de restar realidad a lo que cada día era posible ver y tener entre las manos?

“Las apariencias no podrán nunca modificar la verdad. Cuán tontos son y que extraviados están algunos, por ejemplo, al pretender timbres de vida de gran urbe por el solo hecho de que la fisonomía de la ciudad la desdibujaban las nuevas edificaciones y su apacible semblanza de antaño está alterada por el bullicio del tránsito a motor. ¿Es que solamente vamos a tener en cuenta los factores materiales olvidándonos de la indispensable dimensión humana que es la única que puede caracterizarlos? Las exterioridades deben sustentarse sobre una adecuada disposición anímica que las haga realmente fecundas en servicio del mejoramiento físico y el progreso espiritual del hombre nuestro, ese a quien la ciudad atrae hoy en busca de la satisfacción de sus sueños y esperanzas. De lo contrario, tal aparente progreso es ficticio, desnaturalizador y contraproducente y a la postre quienes lo mal interpretan pueden verse desechados por su auténtica realidad. ¿Cómo osan pensar que por obra de las novedades debemos hacer caso omiso de la presencia secular de otros hábitos y otras convicciones? Por vía indirecta revela eso la raíz de nuestra crisis: que cada día olvidamos más una virtud sencilla, la sinceridad, que es sin embargo la base de todo cuanto puede ser grande e imperecedero. Recordemos que el santo pudo llevar a término su proeza porque fué sumiso al dictado de sus genuinos impulsos, no obstante las asechanzas y tentaciones; lo propio le ocurrió al héroe; no digamos nada del artista y el apóstol. Pero todo se frustra y falsea cuando privan la pose y la frase hueca. Y ellas son, precisamente, las notas predominantes en la escena que día a día se mon-

ta ante nuestros ojos. Finge el poeta sentir sus versos y proclama de manera altisonante la tramoya de su credo revolucionario; finge el intelectual amar la cultura y solamente la utiliza como ropaje para otros fines. Desde luego que son los políticos los que de manera principal adornan el tinglado. Bajo los rótulos de progreso y civilización se hacen empréstitos y se justifican pingües erogaciones que en su mayor parte engrosan los caudales privados. Todo se anuncia como resolución de determinados problemas que en puridad de verdad apenas se rozan. Se proclaman los aires de renovación de una nueva época y se dice rendirles obediencia simplemente porque debido a la fuerza de las circunstancias ya no son los tiros los que deciden. Se siente profunda delectación en imitar lo que no fué aprendido y en poner como ejemplo a lo que no se conoce y que, por tanto, mal puede apreciarse más allá del puro atractivo que ejercen sus apariencias. En una palabra, la falta de sinceridad, porque no somos ni pasado ni presente, se ha hecho crónica, total, desesperante....”

Pero cuando colmaba la medida era al emprenderla sin tapujo con las figuras representativas. ¿Era que no significaba nada que pudieran hacer y deshacer en forma que cada quien desempeñara su parte disfrutando de los honores que le correspondieran? Se comprendía que a Batisterio le dijera algo, por ser un advenedizo que todo lo entorpecía, pero a don Teodosio.... nada menos que a sus virtudes de orador:

“El verbo de uno de ellos es instrumento de eficacia extraordinaria desde el momento que se tiende como ahora ocurre a reconocer a las palabras virtudes poco menos que creadoras. No exageramos puesto que a la orden del día está el atribuir existencia real, por el simple hecho de enunciarlo, a lo que es mera ficción. Infinitas veces nos lo ha probado así la frase sugestiva y lapidaria de este maestro del decir galano, fluído y candente. Asciede su oratoria, hace malabares y luego se desgrana como cascada multi-

color que ilumina o quema los rostros de quienes escuchan cariacontecidos. Fuegos de artificios. Pura alucinación. A veces veneno fulgente. Pero instrumento eficaz. Por eso no debe extrañarnos que él esté absolutamente convencido de que hallará respaldo para sus aspiraciones supremas. En esta autoestimación, que le desorienta, es lo único en que es sincero."

Tan indignado estaba por el desacato que apenas advirtió que algo de satisfacción le asomaba en el alma cuando leía las mordaces alusiones al senador Batisterio:

"Otro es el caso, proseguía, del rival que cada día cobra mayores bríos, pero idéntico es su pecado. Se esfuerza por acomodarse dentro de la postura que reniega todo su pretérito. Ayer nomás la manigua lo investía de apelativo bizarro que lo convertía en causa de permanente sobresalto para el orden constituido. Los disparos de sus dos revólveres hacían vacilar a cualquier gobierno. Corría el eco de sus hazañas al compás del trote de su corcel. Heroico. Valiente. Pero llegó el instante de someter a prueba tales prendas frente a los intrusos y el hombre no tuvo empacho en variar su prístina y sincera catadura. La Paz. La Civilización. El regalado sosiego de la hacienda. La espera paciente para que el tiempo permitiera trocar las armas por el arado y la palabra. Ahí lo tenéis metamorfoseado. Gran señor. Hacedor de leyes. ¿El corcel? No; el carruaje con motor de ocho cilindros. ¿Los revólveres? No; la palabra, aunque a veces tuerza el gesto y gruña y sienta la nostalgia de viejas andanzas en las cuales los argumentos fueron mucho más ruidosos y convincentes."

II

Ahora lamentaba no haber estado al tanto, por el alejamiento a que le impulsó su orgullo, del ascenso de Cosme Ramírez como profesional y como escritor. De manera específica movían su curiosidad las incidencias de los lazos

que le vinculaban al doctor Lima. Con miras a recuperar el tiempo perdido indagó por cuantos medios pudo acerca de los hechos y circunstancias de la existencia de Cosme y de la recíproca estimación que, a ojos vistas, se profesaban él y su padrino. Recurrió para sus pesquisas a Max Llaner, empleó a amigos y conocidos, y Beato Peñales y Lico Peral desempeñaron su parte en lo que concernía a los pasos cada vez más insistentes de Cosme Ramírez por entre los elementos populares.

Mientras se dedicaba a pergeñar sus primeros artículos, hacía de nuevo mentalmente el inventario de cuanto sabía acerca de Cosme tanto por la amistad que antes les había unido como por lo que había allegado mediante otros conductos. Surgió su figura, en la cual realmente, a pesar de todo, no había reparado nunca ni poco ni mucho. Cayó en cuenta de como era de alto y robusto, la piel trigueña, los ojos oscuros y escudriñadores. El destello de ironía que vislumbraba en ellos fué de los ingredientes activos de su posterior repudio. Del conjunto de sus facciones fluía una sensación de firmeza y vitalidad, como si la nariz, los labios y el óvalo de la cara hubieran sido tallados. El cabello sedoso tenía particular brillo y daba lugar a un gesto característico cuando su diestra impedía la caída de un mechón indócil sobre la frente.

Le era imposible omitir el arranque impetuoso que de niño le hacía distinguirse como el más ágil y el más dispuesto para todo. En la práctica de los deportes los sitios de primacía le resultaban como reservados. Veía el camino de la costa, bordeado por las palmas y los cocoteros, que los llevaba a la playa cercana, en donde nadaba como un pez. Acogió por eso con escepticismo las noticias de que estaba consumiendo parte de su afán en el estudio en el sosiego y la soledad de sitios aislados. No se lo podía imaginar como el comentario lo pintaba agotando horas de lectura en el ambiente apacible de las ruinas que recordaban las

primeras glorias de la ciudad. Con la nueva en tono de misterio se había tropezado en la voz de Lico Peral:

—Se queda como ensimismado. Mira a su alrededor como si no estuviera viendo....

Mejor le sentaba el ambiente de los peñascos de la costa ante los cuales se abatía el mar. En medio del sordo rumor de las aguas arremolinadas y entre los nimbos de espuma producidos por las olas al estrellarse contra las rocas recobraba su semblanza la pertinaz acometividad que había dado origen a que en su ánimo quedara impresa la huella de la repulsa.

La cara bondadosa de doña Mariana aparecía junto con los recuerdos de las noticias sobre las privaciones y las luchas de la orfandad. Se irritaba al escuchar el elogio que le merecía a la abuela los esfuerzos de Cosme para subvenir a las necesidades de la madre y los hermanos pequeños:

—Tan travieso que era este muchacho y tan cumplidor que ha salido. Me alegro por la pobre Mariana....

Por entonces comenzaron los reencuentros en las aulas escolares. Allí tomó cuerpo de nuevo el resquemor de los tiempos de los juegos en el patio. Persistía en la actitud de Cosme ese algo que le disgustaba. El extremo se agudizó categórico, punzante, en la Universidad a propósito de la campaña para renovar el profesorado la cual no tuvo de Cosme ninguna simpatía sino al contrario crítica y reproche. A todo esto se hacían cada vez más estrechos sus nexos con el doctor Lima dando pábulo a la sensación indefinible de desagrado que desde niño le embargaba cuando otros osaban competir con él en el disfrute de lo que estaba acostumbrado a considerar como de su legítima y exclusiva pertenencia.

En algunas oportunidades fueron compañeros en las visitas al campo del padrino, al norte de la ciudad, próximo

a las montañas que en aquella dirección se divisaban. Al inquirir ahora sobre las relaciones del doctor Lima y Cosme Ramírez tuvo conocimiento de como tales excursiones habían contribuido a anudar la estrecha amistad entre ambos. Las noticias se le mezclaban aquí con los propios recuerdos y surgían las voces de los pequeños al borde de la carretera, anunciando la llegada del doctor y sus acompañantes:

—Papá Basilio, papá Basilio, aquí están el doctor y la compañía....

Al llamamiento respondía primero León, el hermoso perro de noble mirada, cuyo ladrido alborozado anticipaba su vívido gozo en libertad junto al amo.

Luego aparecía la figura maciza de Basilio, con su rostro sudoroso, ancho y requemado, en evidente desproporción con las dimensiones escasas del resto de su persona. Al cinto el instrumento que le auxiliaba en sus faenas, el machete, y sobre la cabeza el sombrero de cana con alas anchurosas que medio le ocultaban el rostro. Bajo ellas trataba de disimular su embarazo ante gente extraña.

A poco comenzaba el recorrido. Las imágenes se conservaban nítidas en la memoria. La pequeña edificación de madera, pintada en verde y blanco, sombreada por dos frondosos mangos. Detrás el terreno llano, sembrado de toda suerte de árboles frutales, y más luego la porción cultivada con plantas y arbustos que proporcionaban a Basilio y los suyos el sustento. Entre la vegetación, medio oculto, se perdía el gallinero, cuya cercanía no tardaba en denunciarse por los estridentes signos de alarma de las aves a los cuales se sobreponía el alerta arrogante del gallo. El bueno de Basilio, con el timbre ronco de su voz, informaba sobre siembras, acerca de las nuevas polladas, en relación con las molestias de los vecinos, hábiles en aprovecharse de los rendimientos de sus afanes.

—Dígale a doña Elvira que hace días no le mando huevos porque están poniendo poco y además los robitos ¿sabe?

Luego venía el preguntar por los caballos.

—¿Y Oro Fino? ¿y El Manchado?

—Ahí etán, don Augusto. ¿No los siente?

Como si estuviera convenido, resonaba el relincho de las bestias al darse cuenta de que se acercaban. A seguidas la escena del jadear de los potros bajo el sol calcinante mientras su trote rítmico perturbaba el silencio de las proximidades. Nada más gráfico en la memoria que la subida trabajosa hacia las empinadas colinas, en donde les aguardaba León, inquieto, ladrando, cual si celebrara con incontenible orgullo su primacía en el ascenso. Desde allí divisaban la corriente del río que serpeaba en el pequeño valle. Era entonces cuando él sentía opresión dentro del pecho al sofocarle la soledad y el mutismo de las extensiones que señoreaban los contornos. Él necesitaba la vida, el movimiento, la sensación de la gente a su alrededor. Verdad que el río con sus reflejos cristalinos parecía invitar con una promesa de lozano remozamiento tras la enmustiadora caricia cálida del sol. A sus riberas iban a parar, para entregarse a la frescura de las ondas, las cuales hendía el cuerpo robusto de Cosme a impulsos de brazadas despejadas, firmes, armoniosas, que daban testimonio de una singular y ejercitada maestría.

A veces el doctor Lima participaba del baño, otras se limitaba a contemplarles desde la orilla. Resultaba aún más reconfortante acogerse luego a los parajes sombreados y tender los cuerpos húmedos sobre la hierba. Se suscitaba fácil la conversación, surgían los chistes, se aquilataban las ideas, mientras que el contenido de las alforjas bien provistas por el arte culinario de doña Elvira apaciguaba las súbitas exigencias del apetito.

III

Se dió a la tarea de escribir como quien descuelga las armas que por siempre habían estado aguardando por aquel combate. Sus artículos aparecieron en lugar prominente del periódico. Bajo los títulos, compuestos en letras de buen tamaño, sobresalía su nombre en caracteres si más pequeños sumamente llamativos por su grosor extraordinario.

Comenzaba hilvanando sus alegatos con fingido tono de serenidad y con principios jurídicos. Echó mano del mal uso que se estaba haciendo de la libertad de prensa en pésima retribución del respeto que había merecido al Gobierno. "Era necesario, afirmaba, que su ejercicio no diera paso a las malsanas consecuencias del libertinaje." Enfiló entonces la atención hacia los periódicos y los escritores del momento. Las alusiones se concretaron sin mayores rodeos en Cosme Ramírez y sus artículos denunciándolos como perturbadores del orden social y difamadores para quienes soportaban sobre sus hombros el peso del noble cometido de prestar encomiable y experta colaboración al Primer Magistrado.

Desde el principio le asedió el deseo de dar rienda suelta a sus impulsos de grandilocuencia, exhibiendo a sus anchas las galas de cultura y vuelo literario propias de su temperamento. A poco andar le pareció propicia la ocasión para introducir las sin disimulo:

"Manes de Demóstenes y Cicerón, como os inquietaréis al ver que hay quienes osan denostar el generoso magisterio de la palabra ;Conmuévanse las columnas del Agora y el Foro ante tanta irreverencia! ;Qué antro caliginoso sería el de la historia si no la iluminaran los relámpagos esclarecedores del verbo de los elegidos! ;Ellos son portadores del mensaje divino! ;En un principio fué el verbo! ;Dioses tutelares de Pericles, el de la época aúrea, no tar-

déis en derramar vuestra cólera para que ella arrase a los sofistas que pretenden oscurecer el luminoso deslumbramiento que es galardón inmarcesible de esta etapa renovadora! ;Anatemas para los que movidos por mezquinos consejos creen posible retardar el avance vertiginoso de nuestro progreso en alas de la dinámica y avasalladora consigna de los tiempos nuevos!"

De las letras de molde manaba, al ser leídas, una satisfacción honda. A la medida de su complacencia imaginaba el ceño compungido de Cosme Ramírez. El regusto se afianzó al cerciorarse de que su prédica no hallaba oídos sordos. Ya el segundo de sus artículos fué objeto del comentario editorial del más prestigioso de los diarios. Hubo también expresiones solidarias y coincidentes de carácter individual. Con el transcurso de los días las auras de la notoriedad adquirieron tanta consistencia que se le hicieron perceptibles al tacto. Le parecía acariciarlas con la misma delectación que le producía el contacto de objetos de tersa superficie.

Hasta el círculo de la familia se extendía el paladeo de los gajes de su intervención en la hora política. Los ojos de su padre tradujeron una expectativa más franca y optimista en contraste con el escepticismo patente que en los días anteriores los hacían desentendidos y huidizos. En sus palabras perduraban las reservas pero sin negar por completo las posibilidades halagüeñas.

—Hubiera preferido que el asentamiento definitivo de tu crédito intelectual fuera como hombre de letras y de pensamiento. Pero comprendo que una personalidad sobresaliente no puede desentenderse de la política. Me halaga sobre todo que Teodosio haya confiado en tus dotes de escritor....

Al mirarle no pudo evadir en el gesto un dejo de tácita reconvención por lo que estimaba un reconocimiento tardío de su conducta y de sus prendas. Desde el ángulo

opuesto del amplio salón en donde estaban sentados le alcanzó la vista de Aurelia como si fugaz celaje admirativo estremeciera por breve instante la insensibilidad habitual. Dejó errar los ojos por la habitación, distraídamente, hasta que tropezaron con el busto de Víctor Hugo, de generosas proporciones, que la señoreaba desde lo alto de un anaquel de caoba reluciente. Se animó con el súbito vislumbre de presuntas afinidades para atribuir tono de sentencia inapelable a sus palabras:

—¡Padre, no debías olvidar que tu ídolo, Víctor Hugo, tuvo extraordinarias dotes tribunicias!

La frase vino a ser a manera de condensación del orgullo olímpico que le había deparado el aplauso público al agotar un turno como orador en el mitín reciente.

Era inolvidable aquel ambiente bullicioso de la plaza que había invadido como contagio irresistible a toda la ciudad. Desde el atardacer comenzó a congregarse la multitud hasta colmar a prima noche el recinto. Los vivas a don Paco se mezclaban con los votos de apoyo al Gobierno. Los cohetes ascendían poniendo punto final a su estela fosforescente, que rasgaba las sombras, con el estampido vibrante que poblaba los ámbitos. De diversos puntos surgían los gritos estentóreos que coreaban cada una de las detonaciones:

—¡Arriba el Gobierno! ¡Viva don Paco!

El rumor del follaje de los laureles, remecidos por los sueltos aires nocturnos, hacía dúo melódico al agitado oleaje del entusiasmo colectivo. Nuevos vivas estallaron entre los aplausos a los oradores pero el enardecimiento conducía ahora a rubricar algunos con términos de viril resonancia:

—¡Bien, que viva don Paco, ajo!

Las primeras filas del auditorio, que identificó desde la tribuna, reunían un núcleo verdaderamente representa-

tivo. Altos funcionarios, figuras intelectuales, líderes sobresalientes, tenían los ojos fijos en él a la espera de sus palabras. Resultaba confortante la presencia del conspicuo don Teodosio con otros miembros del gabinete. Más atrás, en los rincones de la plaza, entre los grupos animadores del acto con las expansiones ruidosas de la pasión partidista, se imponía el vozarrón de Beato Peñales acompañado de sus amigos, quienes extremaron tanto la algarabía que se levantaron otras voces demandando silencio para poder oírle.

Las más recónditas intimidades de su yo se conmovieron entonces como si hubieran estado accionadas por mágicos resortes. Muchas veces ocupó lugar de preferencia entre las imágenes de sus sueños la de la multitud aglomerada a sus pies pero ni por asomo había supuesto que la realidad pudiera superar por tanto margen a lo que su imaginación le había permitido entrever. Espació la mirada por encima de las cabezas de quienes se disponían a escucharle mientras que su gesto solemne se realzaba con la lucida apostura de un momento de pausa previa destinado a preparar al auditorio. A partir de la frente despejada sentía convenientemente arremolinado el cabello; la mirada estaba seguro que había correspondido al ceño, firme y escrutadora, dando la medida de la trascendencia de cuanto iba a decir.

Atractivas e insospechadas repercusiones tenían las palabras en semejantes oportunidades. Parecía nacerles alas; hacerse más nítidas; revolotear por los aires; transformarse en alabanzas y parabienes. Desde el sitial preeminente erigido en el centro de la vieja plaza se encaminaban a despertar los ecos dormidos por siglos sobre los muros inmovibles de la catedral. No había duda de que su significado se centuplicaba en virtudes comunicativas al ser difundidas por la voz mejor que fijadas por la letra impresa. Se justificaba por eso haber repetido los juicios de sus artículos. Tan cómoda además la buena memoria....

Las cerradas salvas de aplausos le produjeron la impresión de exhalaciones de sahumeros gigantescos que al elevarse desde el seno de la multitud le envolvieron en un vivificante tributo de admiración y pleitesía.

Escuchaba de nuevo, en el tibio ambiente de la familia, las voces de febril respaldo a sus palabras:

—¡Bien, muy bien...! ¡Viva don Paco!... ¡Viva el Gobierno, ajo...!

A punto estaba de hacerle delirar la evocación, poseso de los fervores que a veces se le manifestaban de manera abrumadora, cuando se puso en pie para abarcar la estancia con pasos acentuados que amortiguaba la alfombra mullida. Así encontraba salida la presión desbordada de sus energías internas que de otro modo hubieran conturbado el apacible ambiente del hogar con el ademán oratorio y la frase altisonante.

Aunque percibía la voz de Marcos, no se daba cuenta de que a juzgar por sus palabras continuaba siendo fiel a las consabidas reticencias:

—En el fondo no soy más que un hombre de trabajo, no me cansaré de repetirlo. Puede que predomine en mí el sentido práctico. Desde luego que me lisonjea la forma lucida en que estás desarrollándote, pero cuidado con entusiasmar demasiado y antes de tiempo.... A Teodosio se lo dije ayer de nuevo. Soy su amigo, pero la política la veo de lejos....

El nombre del amigo le sustrajo de su embriaguez. Recordó el expresivo intercambio agotado con él y sus recomendaciones acerca de Marcos. Desde entonces había dirigido la conversación con frecuencia, al hablar con su padre, en forma de poner de relieve el valor de los nexos que les vinculaban a Manijas y la conveniencia de ofrecer a este todo el respaldo posible. Pero siempre se aproximaba

el asunto a un lindero que le obligaba a detenerse: el de dejar traslucir las confesiones de Manijas que estimaba comprometedoras. Resurgía ante ellas el sentimiento de temor que le había embargado bajo la presencia imperativa del retrato de don Paco.

—No debes olvidar, papá, los grandes beneficios que te depara la amistad de don Teodosio. No hay que decir lo que significaría para tus negocios que él fuera el próximo Presidente....

—Creo que Teodosio no puede quejarse de mí. Aunque sea malo el decirlo, soy una especie de paño de lágrimas para sus apuros de manirroto.... Pero como amigo solamente... Me cuido muy bien de dar oportunidad de que me echen en cara que nací en otra tierra....

IV

Pero nada podría parecerse a las satisfacciones que esperaba le granjearía su creciente boga de parte de Regina Palma y su familia. La visitaba con frecuencia y sumaba una tras otra, con verdadera avaricia, las manifestaciones de agrado que suscitaba. Bajo su efecto todo lo demás quedaba sumergido en una atmósfera de sentimentalidad que fué bálsamo que primero dulcificó los sinsabores de la pena y el temor y después los extremos de acritud que eran nota distintiva del momento.

Regina absorbía sus atenciones de tal manera que en poco tiempo el cortejo que le dedicaba figuró como hecho de registro descontado en la vida social de la ciudad. Se le tenía presente para invitarles a los mismos actos, se propiciaban sus encuentros, se hacía luego el comentario y se arriesgaban los pronósticos acerca de lo que dirían y harían. La acompañaba al paseo en las noches de concierto en la

vieja plaza, desde donde volaban en los acordes de la banda los acentos estridentes de los nuevos ritmos, mientras los paseantes giraban incansables alrededor de los músicos. La invitaba al cine, a las sesiones de baile en los cafés aristocráticos, a las excursiones de fin de semana a la playa. Su automóvil gris iba y venía por las estrechas calles aleñañas al hogar de los Palma sirviéndole a las mil maravillas en la búsqueda de las oportunidades de tropezarse con quien señoreaba sus pensamientos.

Visible era la obsequiosa acogida que le merecía a la tía Lupe. Por lo general era ella quien le anticipaba el recibimiento y poco a poco había logrado introducirse como partícipe de sus sueños y aspiraciones. Admitía de muy buen grado el papel de confidente y no escatimaba las frases alentadoras. Siempre muy al tanto de sus actuaciones públicas mostraba seguir con marcado interés el curso de la política. Cuando se refería a la sobrina sin rebozo deslizaba las insinuaciones en todo favorables a sus anhelos. Las reservas relacionadas con Polo Batisterio le merecieron tan displicente atención que las preferencias de que antes gozaba parecían haberse desvanecido.

—Bueno, nosotros claro que estimamos mucho a Polo. Sabemos cuanto vale. Pero todo depende de los sentimientos de Regina. Yo creo que en lo que a ellos se refiere no puede quedarle a usted ninguna duda, ¿no es cierto? Nunca la había visto como ahora. Me causa a veces la impresión de ser otra muchacha. Usted la ha transformado. Está más alegre, más bien dispuesta. Ya ve que prácticamente no le rehusa una invitación. Me da pena Polo, se nos queja, luce triste y desesperado, pero qué vamos a hacer... Así le decía a mi hermano Julio que como usted sabe es tan amigo del General Batisterio....

Era cierto que el rostro de Regina aparecía realzado en su natural belleza y esplendor. Su expresión de sana y jocunda alegría acentuaba la pureza de las líneas, hacía

más lúcido el encanto de la mirada. Como compañera era deliciosa: inteligente y comprensiva, al tanto de sus deseos, previsora de sus pensamientos. Las cosas le merecían un interés tan espontáneo que, aunque le fueran extrañas, pronto se compenetraba con ellas como si de siempre le hubieran sido conocidas. Le encantaba sobre todo cerciorarse de que le leía: le hablaba de sus escritos sobre la Universidad, de sus artículos, de una que otra de sus poesías. Delicadamente averiguaba sobre el verdadero alcance de alguna de sus afirmaciones, acerca del significado de cierta imagen literaria.

—Le quería preguntar por qué afirma que quienes nacen con el don de la palabra están llamados a conducir a los pueblos. Me parece que se olvida de que ese privilegio puede servir también al engaño o al error. Mucha gente habla para ocultar lo que piensa y no para decirlo...

Cuando se expresaba así la miraba fijamente como si con la vista fuera posible retenerla y evitar que se alejara. Pero el atractivo de su sonrisa, el efecto arrebatador que sobre él ejercían sus ojos, le precipitaban sin tardanza de nuevo en el vértigo de la admiración. Le conminaba entonces con acento imperativo el anhelo de obtener el sí, la posesión que desvaneciera de una vez por todas aquellas inopinadas sensaciones de inasibilidad y distanciamiento.

—Regina, aguardo tu decisión como el agua el sediento. ¿No me conoces ya lo suficiente? ¿No has tenido oportunidad de medir la magnitud inconmensurable, infinita, abrumadora de mis sentimientos? Oh, Regina, reina, reina, soberana, soberana...

El timbre de la voz iba en trance de elevarse. El porte amenazaba con la consabida nota declamatoria. Era ostensible el empeño de ella por calmar su exaltación. Alegaba de manera sosegada, adquiriendo las palabras, al modularlas su garganta, una maravillosa virtud calmante y disuasiva.

—Pero no se desespere, no trate de acelerar las cosas. Quiero ante todo ser sincera y francamente le digo que no puedo serlo todavía. No se imagina cuánto le agradezco. Su generosidad, su devoción son conmovedoras, tanto que estoy temiendo que con razón pueda tildárseme de estar aprovechándolas indebidamente. Por eso aunque aprecio mucho su compañía tal vez sería mejor que interpusiera algunos paréntesis en su asiduidad....

La propuesta le ocasionaba un suspenso doloroso. Le asaltaba el temor de haber ido demasiado lejos en el apremio antes de que la fruta hubiera madurado. No le quedaba duda de que Regina valoraba y agradecía el papel de liberador que las circunstancias le habían asignado y que gracias a ello su persona cobraba atractivo para ella. No era difícil satisfacer su aserto: admirar antes de amar.

—No, Regina, no podría resignarme a dejar de verla. Prefiero continuar arrastrando la interrogante angustiada de la espera con el consuelo de su presencia....

—Admiro como sus bellas frases saben interpretar sus deseos y ayudarlos, —repuso, sonriendo.

La palabra admiro resultaba de un efecto prodigioso. Demostraba que todo iba perfectamente encaminado. Sólo era cuestión de tiempo. Se cumpliría su propia fórmula: primero admirar, luego amar.

Su espera optimista tuvo el súbito respaldo de sus ejecutorias de hombre de pluma y hablar elocuentes. Supuso que aquel ni más ni menos venía a ser el complemento indispensable para redcondcar en los sentimientos de Regina el tributo a su personalidad. Por eso el apresuramiento en verla a seguidas de su aparición en la tribuna, acuciado por el ansia de cosechar el más suculento de los frutos de la notoriedad.

Con quien primero tropezó fué con la tía Lupe. Su locuacidad dió ribetes zalameros a su cortesanía como signi-

ficativo anticipo de bienandanza. Puso de inmediato el tema del último mitin.

—Quería tener la oportunidad de darle un abrazo por su brillante discurso. Lo escuché por el radio.... Que bien sonaba su voz. No había nada de estática. Y cuantas cosas magníficamente dichas. Nunca había oído una defensa tan soberbia del Gobierno y de sus hombres.

Se esforzaba inútilmente en abarcarlo con sus brazos cortos, regordetes, cuyo exiguo alcance pretendía compensar empinándose cuanto le era posible.

Correspondió de la mejor manera para facilitar su empeño viéndose gratificado por noticias que requerían una inflexión de voz apagada y una compostura de reserva y confidencia:

—Regina no se desprendió un momento del radio. Después se deshizo en elogios de sus dotes de orador. La impresionó mucho oír cómo lo aplaudieron. Nos dijo Julio que aquello fué un verdadero delirio....

Penetró ella entonces en la sala con aire risueño. Sus parabienes carecieron de la efusividad de los de la tía Lupe pero en cambio estuvieron acompañados de observaciones que le confirmaron lo que aquella acababa de informarle. Efectivamente, le había escuchado sin perder una palabra.

—La voz presta a lo que decimos el calor y la virtud de la vida, por eso supera la palabra dicha a la escrita. Su discurso me recordó sus artículos pero fué mucha la diferencia en el efecto. Lo felicito. Tiene que estar muy satisfecho....

Buscaba en sus ojos el destello inconfundible de la admiración. En la discreta luminosidad propia de la hora las pupilas glaucas tenían dentro de su natural vivaz reflejos mortecinos que armonizaban con el dejo reposado de las palabras. Se requería un golpe de efecto que tornara en

vibrante el reconocimiento que ansiosamente aguardaba. No había omitido la eventualidad.

Con esmero extrajo de su envoltura un retrato mientras explicaba con palabras que se esforzó en hacer llanas y espontáneas:

—Para quienes dedico mi afecto he querido conservar este recuerdo de mi actuación reciente. Les ruego aceptarlo como ofrenda de mi cariño invariable.

Tan pronto escuchó la tía Lupe sus palabras no perdió tiempo en iluminar a plenitud la habitación. Sintió el hábito tibio de la respiración de Regina muy cerca de sí. A su lado había vuelto también, impaciente, la tía Lupe.

El retrato era de holgadas proporciones. Dejábase ver su busto, el cuello rodeado de una especie de bufanda de abundantes pliegues, que luego descendía sobre el pecho en forma de clámide romana. El ceño contraído acentuaba el corte de las facciones, sobresaliendo el mentón, cincelado por un juego de claroscuros. El arranque de los cabellos completaba la imagen con los mechones que adrede había arremolinado sobre la frente.

Lo puso en manos de Regina, en quien el asombro parecía haber congelado el habla. Sostuvo el retrato en tanto sus hermosos ojos le observaban con una expresión extraña. Mostrábase ajena a las frases con que la tía Lupe se deshacía en elogio de la ocurrencia y daba las gracias por el obsequio. Al fin notó que bajo las oscuras pestañas rebri-llaba la humedad de una lágrima y que en el semblante aparecían las huellas de un íncimo desgarramiento que dió paso a las palabras que pugnaba por contener.

—Oh, y ¿por qué hace usted cosas como éstas? ¡Yo soy un fracaso, pero no puedo soportarlo!...

La vió pasar el retrato a las manos de la tía Lupe, tan sorprendida como él, y alejarse entre sollozos, cubierto el

rostro por ambas manos. Repuesta de su sorpresa, la tía Lupe la siguió. Su voz repercutió clara, con aguda acrimonia e irascibilidad, en el interior de la casa:

—Eres una loca de atar. Estás destruyendo tu felicidad y la de la familia. Lo que has hecho no tiene nombre. De Juan no podrás decir lo que de Polo, que por feo....

Estupefacto, sin atinar consigo mismo, alcanzó a percibir la voz de Regina quebrada por profunda aflicción:

—Pero es que no puedo, no puedo, no puedo....

V

La habitación se tornó inesperadamente grande y desierta. Con pasos mecánicos, como de sonámbulo, se encaminó a la salida. Le pareció escuchar la voz de la tía Lupe pidiéndole detenerse pero sabía que aunque lo intentara hubiera sido inútil pretender que sus movimientos obedecieran al mandato de su voluntad.

Se sentía impelido a deambular, a correr, a mantenerse en continuo movimiento. El auto le transportaba dócilmente a través de las calles en donde empezaban a encenderse las luces públicas y los escaparates de las tiendas. No tardaron en menudear los saludos. A la vuelta de cada esquina, desde los bancos de la plaza, al paso de otros vehículos, había quienes le reconocían y agitaban las diestras con gesto amistoso o inclinaban la cabeza al descubrirse con ceremonia. Algunos se estrechaban en confianza una mano con la otra al tiempo de levantarlas en señal de triunfo. Los agentes de tránsito le hacían objeto de su preferente atención. Las demostraciones le sirvieron para ir recuperando la conciencia de sí mismo. Pudo reconstruir lo sucedido y al fin tuvo el control de sus reacciones.

Ahora le hacía falta tener a quien dirigirse. El automóvil lo conducía con cierta lentitud por en medio de la

calle principal que reverberaba con el ajetreo del término de las labores del día. De entre el grupo estacionado en una esquina surgió la llamada de Max Llaner. Detuvo el vehículo y sin preámbulos vino a sentársele al lado.

Su verbosidad, como de costumbre, fué explosiva:

—Caramba, quería verte. Se habla mucho de tí. Todo el mundo dice que te van a dar un gran cargo. Esta mañana en la oficina no se comentaba otra cosa. Mencionan una Subsecretaría de Estado. Y yo pensando: —¡Uy, no hay quien lo salve! Con eso y el enamoramiento, matrimonio seguro. Padrino: el Honorable señor Presidente de la República. Muchas fotos, velos, smokings, champagne, whisky, el acabóse.... Veo el porvenir claramente, como a través de la bola de cristal de una pitonisa....

Los gestos que le eran de sobra conocidos acompañaban su charla. Al mismo tiempo que parloteaba pretendía atender a cuanto ocurría en las aceras a ambos lados de la calle. Se apresuró a cortar radicalmente su desbocamiento con una breve frase:

—Pues te equivocas de medio a medio porque no me quieren....

—¿Cómo? ¿Ha ocurrido algo nuevo?

Se había desentendido de todo y de manera extraordinaria mantenía la vista fija en él.

—Sí; acabo de salir de donde Regina y sin tapujos me ha dicho que no puede soportarme. Así, con esas palabras, ni más ni menos. ¿Qué le parece al señor vidente?

—Me niego a creerlo... Aunque esa muchacha es tan rara... ¿Pero qué es lo que se está figurando? Bah, si no tiene en qué caerse muerta. Eso es número, es número, pura comedia para desesperarte. Es una táctica, puedes jurarlo, para asegurarte mejor. Bien lo sabes tú, por eso estás tan tranquilo.

—Te aseguro, Max, que yo no daré un paso más. A quien corresponde la iniciativa es a ella si es que en algo le intereso. Tengo derecho a sentirme ofendido. Por suerte, como estás viendo por los saludos, los demás no son de la misma opinión que ella. Como muy bien dices ¿qué es lo que realmente se ha creído?

El automóvil enfilaba hacia las afueras por una de las nuevas avenidas. Las sombras habían velado los rasgos tan peculiares del rostro de Max a diferencia de cuando era favorecido por la luz del alumbrado público y de los escaparates de los establecimientos comerciales, pero se daba cuenta, no obstante, de que sus ojos continuaban sin despegarse de él. Percibía en el rostro el calor de su mirada. Aparentemente se había convencido de la verdad de cuanto le dijera y lo inesperado de la noticia le había paralizado.

Temió entonces que el silencio significara que en el ánimo de Max crecía cualquier impresión desfavorable al ascendiente de su personalidad.

—Parece mentira como pueden cambiar los sentimientos de uno,—expresó. Hace apenas unas horas me sentía rendido a sus pies, pero ahora lo que aguardo ansiosamente, con algo del placer de la venganza, es el instante de su arrepentimiento. Porque estoy seguro de que se producirá....

—Pues desde luego, exclamó Max, rompiendo al fin su mutismo. Déjame eso a mí. Ya ardo en deseos de hablar con la tía Lupe. Por supuesto, que más que yo debe estar deseándolo ella....

—Te lo agradezco, Max, pero no lo hagas. Creerá que yo te lo he pedido. Déjala que venga por su propia cuenta. Otro igual que yo, le será difícil....

Estaban ya lejos del perímetro urbano transitando por una de las carreteras. Junto con su rotunda afirmación fi-

nal, el vehículo adquirió repentina y vertiginosa velocidad, pues había hundido el acelerador hasta el límite. La marcha rauda tenía la virtud de traducirse en una sensación de ímpetu y poder que muy bien se avenía con los más entrañables impulsos de su orgullo herido.

VI

Llegó a pensar que Cosme Ramírez, anonadado por su ataque, no encontraba como responderle, pues a raíz de su intervención en el asunto se dió a tratar otros temas aparentemente desentendido de cuanto él le había dicho. Hasta hubo un conato de desazón al presumir que con el silencio le insinuaba que era indigno de tenerle en cuenta. A sus conjeturas puso término un artículo en el cual Cosme Ramírez, al emitir juicio acerca de su libro sobre la Universidad, sentaba apreciaciones de subido matiz irónico y mordaz. Sus dardos alcanzaron hasta el prólogo de Manijas.

Por más esfuerzos que hacía para mantenerse sereno "El Noticiero" temblaba entre sus manos al leer: "A manera de introducción de nuestro comentario de esta fecha adelantemos que resulta indispensable fijar por ley, en forma categórica, las dimensiones mínimas que debe satisfacer un impreso para ser calificado como libro. En realidad, tiene todos los visos de un fraude, ya con fines económicos, ya como recurso para acreditarse una jerarquía intelectual que no se posee, el atribuir a un simple folleto la designación de libro. El uso de semejante falacia se extiende de tal manera entre nosotros que su generalización puede considerarse, ni más ni menos, como uno de los signos reveladores de esa triste omisión que padecemos: la del más mínimo escrúpulo de sinceridad consigo mismo y con el prójimo para allegar galardones y beneficios inmerecidos.



Las consideraciones que anteceden, agregaba, nos han venido a la mente al tener en nuestras manos el folleto, 51 páginas en octavo, incluyendo prólogo e índice, todas de composición muy espaciada, que bajo el título de La Cuestión Universitaria puso recientemente a circular su autor el Lic. Juan Ventura Rosillo. La exiguidad del impreso contrasta de inmediato con el calificativo que lo anuncia, pero nos abstuvimos de afirmarlo a base de la simple apariencia, pensando que tal vez el contenido justificaría el elogio caloroso de que le ha hecho objeto nuestra prensa, en juicios tales como los de "enjundioso libro", "obra de largo aliento", "páginas magistrales de penetrante análisis", prodigados sin tasa ni medida. Nada de eso. Tan magra la densidad como la extensión. Sencillamente, el Lic. Ventura se ha limitado al cómodo expediente de reproducir la serie de artículos de oportunidad publicados hace algún tiempo, y en los cuales abogaba por una supuesta renovación universitaria cuyos fundamentos y derroteros no se cuidó en lo más mínimo de determinar, pese a sus palabras altisonantes y a sus giros tribunicios. Todo aquello concluyó, como sabemos, con el despido más o menos diplomático de ciertos profesores y otras autoridades universitarias según una fórmula preestablecida. Ahora se reúnen en haz tales dispersas e incoherentes expresiones y con ello se apresura el autor a reservarse un asiento en nuestra bibliografía. La palabra libro, aplicada a su impreso sin mayores averiguaciones, consagra de antemano esta furtiva instalación con falsas credenciales en los anales de nuestras letras, y ella será mañana motivo de desengaño para quienes, yendo más allá del rótulo con que figure en los repertorios de obras y autores nacionales, acate la exigencia de una comprobación positiva del calificativo."

La inquina la extendía hasta Manijas pretendiendo desautorizar sus juicios. "Lo que tal fraude tiene de síntoma característico se patentiza por acompañarle la oficiosa intervención de un prologuista cuya investidura atribuye a su

cometido el cariz de todo un dictamen oficial. El afecto y el entusiasmo que sin duda le merece el Lic. Ventura al actual Secretario de lo Interior, que lo era de Educación cuando se publicaron los artículos que hoy se agrupan bajo el ostentoso título de La Cuestión Universitaria, impulsan al alto funcionario a derramar los adjetivos más encendidos alrededor del "libro" tanto que, tratándose de nuestro primer orador, casi nos convence de que efectivamente tenemos un libro entre las manos. ¡Oh, las virtudes taumaturgas del verbo! ¡Se comprende como se les hace objeto de constante pleitesía! Pero a la larga todo queda en palabras, palabras y nada más que palabras. Vicio muy justificado, por lo demás, en un orador."

Hasta entonces jamás había sentido ni siquiera el roce de un comentario de semejante tenor. Muy demudado volvió a repasar el escrito. Sentía miedo al aproximarse en la lectura a las frases en donde se le mencionaba por su nombre bajo la impresión de que éste pugnaba por escapar de entre las líneas impresas, asediado por los términos acerbos que, como si tuvieran agudos bordes, giraban a su alrededor amenazando de continuo con fraccionarlo en mil pedazos. Era una competencia de agilidad que su imaginación, afectada por el impacto, le configuraba fielmente, impidiéndole posesionarse del cabal significado de los vocablos que leía. A la postre permaneció sumido en un estado en el cual el deseo de represalia, que alimentaba su sensibilidad lacerada, y su temor a exponerse a nuevas críticas, se contraponían de manera vigorosa. El conflicto le impulsó a irse a la calle en busca de los testimonios de popularidad y aprecio que tanto tonificaban su ánimo.

El estridente recordatorio de la bocina del automóvil estacionado en el jardín acabó de poner término a sus cavilaciones. Como de costumbre, desde hacía varias tardes, Max Llaner denunciaba en esa forma su presencia. Acudió descendiendo aprisa las escaleras. Empuñó decidido el vo-

lante y el vehículo partió, raudo, con agudo restallido de los neumáticos sumisos al vertiginoso girar de las ruedas.

—¿Leíste lo que dice el canalla de Cosme Ramírez? La envidia le va a consumir...

Max tomó el periódico que, con un gesto de bizarria imperativa, se apresuró a tenderle. Después de todo, al fin había tenido Cosme que ocuparse de él.

Despedía ahora tono armonioso y uniforme el roce de los neumáticos sobre el pavimento asfaltado de la avenida. El hálito caluroso de la tarde se refrescaba hendido por el vehículo en marcha. Desfilaban en fugaz sucesión las imágenes de los edificios, las aberturas de las bocacalles, las plazas y las personas.

—¿Y qué están esperando para darle su merecido a este insolente? Aunque pienso que con un buen empleo quedaría todo arreglado. Debe ser eso lo que busca... Pero qué loco... Dizque atreverse con quienes tienen la batuta... Además tu podrías decirle que ni un folleto ha escrito él...

Empezaban a aumentar los saludos a medida que se aproximaban al centro de la ciudad. Su automóvil era reconocido a la distancia. Bordearon pronto la vieja plaza de armas y tomaron por la más importante de las arterias comerciales que hervía con el movimiento de vehículos y peatones. Los ojos de Max escrutaban ambas aceras; con ansiedad perseguía suscitar la atención de los transeuntes femeninos, quienes mostraban el nutrido elenco de sus galas y acicalamientos.

Más tarde descendieron al paseo a orillas del mar. La concurrencia era abundante atraída por el alivio que proporcionaban las ráfagas de los aires marinos a la opresiva pesadumbre de la estación cálida. Los bancos alineados sobre la acera central estaban atestados y otros de los asistentes, de codos sobre la baranda que separaba la alameda

de las rocas, contemplaban extáticos el confín distante. También había quienes deambulaban en grupos bulliciosos recorriendo el paseo de uno a otro extremo.

La hora vespertina exhibía una atmósfera lúcida en la cual se insinuaban las matizaciones del momento crepuscular que iba aproximándose. La línea del horizonte era nítida y nubes dispersas emergían de ella afectando relieves peregrinos. La vela blanca de alguna pequeña embarcación se identificaba con los girones de la esparcida nubosidad. La calma profunda que mantenía inmóvil al mar completaba el concierto seductor. Era un paréntesis de reposo en la faena incesante y agotadora del asalto a los peñascales de la costa.

Sin proponérselo, en forma espontánea, como si el ambiente le incitara, moderó la marcha del automóvil para disfrutar del panorama.

—Desde que llegué no se me escapó que esta tarde ocurría algo extraño, como si todo estuviera a la expectativa. Es que el mar está en calma y silencioso. Nos hace falta el ruido y el movimiento de su fiero debatirse contra las rocas.

Iba a proseguir, cuando enmudeció repentinamente.

—¿La viste, no? exclamó Max Llaner. Apenas doblamos me dí cuenta.

—¿Y quién habla con ella?

—Volvamos a pasar para que lo reconozcas.

Escudriñaba el paisaje como si este pudiera proporcionarle algo de su profundo sosiego de estampa iluminada.

Cielo y mar se confundían en el resplandor transparente que subrayaba el perfil de las cosas. Las palmeras y cocoteros de la orilla enhestaban sus siluetas por obra de un cincelado de tenue fosforecencia que revestía el verde de las hojas de insólita tonalidad dorada. La masa oscura de las

rocas brillaba al sobresalir de entre el fondo azulado de las aguas apacibles rendidas ante su solidez. Las cañas de los pescadores, acomodados entre las peñas, emergían con lentitud por sobre la línea de éstas para descender luego con idéntica cachaza. A la distancia reposaba escorado, vencido, el casco herrumbroso de la nave poderosa que los pétreos brazos de la costa, en un día de tempestad, habían aprisionado para siempre.

—¿Mira bien, lo reconoces, no?

Claro que lo reconocía. Era ni más ni menos que el propio Cosme Ramírez. Conversaba animadamente con Regina Palma quien sostenía entre las manos una sombrilla roja que era punto de vivo contraste con su traje blanco y los pálidos cambiantes del colorido del contorno. Cuando pasaron cerca volvió el rostro y su mirada, al tropezarse con la suya, no pudo ocultar la sorpresa. Pronto se recobró sin embargo y tuvo de nuevo la serenidad acostumbrada aunque hubiera podido pensarse que a su leve sonrisa la velaba una sutil tristeza.

No le ocurrió lo mismo. Su estupor amagaba con desbordarse en raudales de cólera e indignación. Las manos las aferraba al volante con tal violencia que no tardó en sentirse lastimado. Max temió por la conducción del vehículo e hizo por calmarlo:

—¿Nada de tragedias, eh? Lo más natural del mundo es que Regina atraiga a la gente adondequiera que vaya. Para hoy mismo te ofrezco el más mínimo detalle del encuentro. Con ellos estaba Carmencita García.... Ahorita pasaré por su casa....

VII

Apresuróse por la noche a ir en busca de Max. Las palabras de este fueron prometedoras desde antes de subir al automóvil:

—Tengo un reporte completo, —le voceó sin contemplaciones, al aparecer en la puerta de la casa y acabar de ponerse la americana.

Acomodado en el asiento, comenzó su relato.

—Todo fué pura casualidad. Como sabes, al loco este de Cosme le ha dado por irse a leer medio oculto entre las peñas. Esta tarde estaba allí cuando llegaron las muchachas. La sombrilla que Regina había llevado para protegerse del sol se le cayó a las rocas.

—Yo me dí un susto, me dijo Carmencita, cuando ví salir a aquel hombre como surgido del mar y en un salto coger la sombrilla y subir adonde estábamos.... El muy sabio hizo ademán de entregarla pero luego la retuvo, como si quisiera tener pretexto para quedarse y hablar. Tu sabes que Regina conmueve a cualquiera... Me dí cuenta enseguida de que se abobaba al mirarla.... Empezó a decir muchas cosas... El mar, la tarde, el crepúsculo, qué se yo.... A la verdad que es un hombre bien parecido y simpático... Sin darnos cuenta fuimos contestándole y cuando venimos a ver habíamos entrado en conversación... Fué entonces cuando ustedes nos vieron....

—Pero en definitiva, ¿qué dijo y qué le contestó Regina?

—De lo que Carmencita me relató saco en limpio que la mayor parte de la conversación tuvo como tema el mar. El dijo que aquella tarde no podía enfrascarse en la lectura, como otras veces, porque le hacía falta el rumor del oleaje. Que le parecía estar en medio de un gran vacío y como si algo muy grande estuviera a punto de suceder para llenarlo. También contó muchas cosas que yo no sabía, —agregó— acerca de historias de marinos y piratas y de lo que la ciudad había sufrido por culpa de ellos. En una palabra, que parece se puso de sabihondo....

—¡Qué petulante! Hubiera querido oír a Regina, ella que siempre tiene algo que observar....

—Le pregunté si no la piropeó. —Algunas cositas le dijo,—me informó. Regina, no se, cualquiera diría que se ruborizaba. Como la conozco, y se que siempre conserva su aplomo, creo que en realidad tal vez era el reflejo en su cara del color de la sombrilla o quizás del crepúsculo cuyo rosado era cada vez más intenso. Ah, y no sabes, vino a presentarse al final, cuando nos despedíamos. Con mucha ceremonia....

Entre las habilidades de Max estaba la de reproducir los gestos femeninos y el timbre de voz adecuado a ellos y esta vez, empeñado en ser fiel intérprete de lo que había oído, hacía uso de sus dotes con sin igual maestría:

—Perdonen, señoritas, que haga a lo último lo que primero debí haber hecho. Mi nombre es Cosme Ramírez.

—¿Cosme Ramírez?, —repitió Regina muy sorprendida. Oh, pues es Ud. entonces el caballero de la sinceridad....

—Era sin duda la acostumbrada ironía, —comentó Max. Eso huele a burla, pero el muy estúpido se habrá pavoneado creyéndolo un voto favorable.

Después de exponer su criterio, se volvió a mirarle y la expresión que tenía en el rostro la varió al instante. Era evidente que la profunda contrariedad que experimentaba no podía disimularla y que Max lo había advertido. La actitud de éste denotaba ahora suspenso a la espera de sus palabras.

—No puedo quedarme así, sin hacer nada, Max. En todo me persigue, hasta en esto. (Iracundo) Pero ya verá quien soy yo... Voy a humillarlo y a hacerlo objeto de burla... Tendrá su merecido....

VIII

Le distraía contemplar el río desde la terraza trasera del Salón Minerva la cual se asomaba al borde del barranco

que era límite del ancho cauce por donde se deslizaba la corriente.

En el muelle, por lo general, había ruidosa actividad. Rebosaba el movimiento con el ir y venir incesante de los estibadores que manipulaban la carga que las grúas de los barcos extraían de sus bodegas o acomodaban en ellas. Bajo el sol relucían los torsos y biceps de piel oscura y sudorosa mientras alcanzaba a escucharse el sonido metálico de las ruedas de las carretillas y vagonetas que eran empujadas para trasladar los pesados embalajes. Al correr sobre los tablones del muelle muchos de éstos retemblaban inseguros. Del tráfgago se desprendía un vocerío confuso, mezcla de cánticos animadores de la ruda faena, gritos de advertencia, juramentos, risas y denuestos y entre ellos los agudos pregones de los vendedores ambulantes. Junto al trazo dinámico que era propio de la escena contrastaba el deslizamiento lánguido de la masa verde ocre de las aguas, cuya superficie, como un espejo, despedía los mil fragmentos deslumbradores de la caldeada lumbre solar. Las ondas las hendían, también con pausa, los botes dedicados al transporte de pasajeros de una a otra orilla, cada uno con el escaso arrastre que le proporcionaba el solitario impulso de un esforzado remero. En lo alto de los mástiles de las embarcaciones de vela, que se balancaban pegadas al muelle, los banderines multicolores eran rizados por la brisa.

Esta vez observaba en anticipación a las diligencias proselitistas que sin tardanza iba a emprender en aquel escenario. Su ambiente le atraía desde que tuvo noticias de como Cosme Ramírez frecuentaba el trato de obreros y desamparados prodigándoles sus atenciones profesionales y el consejo de sus palabras. Lico Peral y Beato Peñales eran fuente viva de información detallada de cuanto por allí ocurría.

—Es buena la hora, dijo a sus espaldas Lico. Deben estar esperándonos. Beato se limitó a gruñir luego de esgarrar ruidosamente.



La calle crepitaba bajo el sol y con el ruido que hacían los numerosos camiones en camino desde el muelle atiborrados con la estiba sobre ellos colocada. El ascenso ponía a jadear los motores por lo empinado de la pendiente que, al final de la vía, iniciaba el descenso hacia el embarcadero. Los lienzos de la muralla, paralelos a la calle, terminaban en las dos puertas majestuosas de vetusta piedra por las cuales se entraba a la ciudad desde el puerto. En la colina aledaña permanecían erguidas algunas de las ruinas que atestiguan el pasado señorío de la urbe. Al trasponer el más próximo de los arcos de la muralla, la sensación de estar cobijado por siglos de historia se le adentró en lo profundo del alma.

Lico contestaba ya a muchos saludos. Había quienes le escoltaban de cerca. Su presencia entre él y Beato era motivo para reservas visibles en las miradas. Asumía de manera preconcebida una actitud de simpleza y cordialidad para corresponder junto con Lico a las manifestaciones amistosas de que éste era objeto. Al pie de los residuos de un grueso tronco, revestido de concreto, la comitiva se detuvo mientras Lico tomaba como tribuna el borde sobresaliente del arriate que circuía el inusitado monumento. Beato se colocó a su lado para emprenderla a gritos, sirviéndose de las manos como de bocina:

—¡El periódico verbal! ¡Aquí está el periódico verbal, con noticias fresquecitas, acabadas de aparecer en los pizarrones!

Muchas que estaban cerca acudieron obedeciendo a la estentórea llamada, y entonces Lico dijo, a manera de introducción:

—¡Hoy tenemos noticias tamañas!

Extrajo de uno de sus bolsillos una hoja de papel cuidadosamente doblada y empezó a leer:

—Los Aliados exigen a Alemania el pago de las repa-

raciones. Amenazan con la ocupación total. Nota enérgica. Clima bélico.

Luego comenzaba a explicar:

—Esto quiere decir, ustedes saben, que si los alemanes no pagan.... Alzaba la voz cuanto podía en interés de compensar su timbre gangoso y vacilante.

El público se aglomeró a su alrededor como por encanto. Escuchaba con atención y no tardaron en surgir algunas preguntas. El relator las satisfizo con nuevas explicaciones. De las noticias del exterior pasó luego a las nacionales. Don Paco está de viaje por las provincias. Anuncian el regreso del Honorable señor Presidente para comienzos de la semana. Se habla de cambios en el gabinete. La Cámara de Diputados celebró sesión...

Cuando se agotaron las anotaciones del papel, Beato descendió entre los presentes, con el brazo extendido, mostrándoles el sombrero que había dejado al descubierto su rotunda testa. Pronto las monedas denunciaban su caída sonoramente al apiñarse unas sobre otras. Concluída la colecta, volvió al lado de Lico, vaciando en sus manos el contenido del sombrero y apresurándose a ponérselo, inmutable y silencioso.

De tal manera le habían absorbido los detalles de la ocurrencia que a punto estaba de olvidar lo convenido. Se confundía entre los espectadores como uno más entre ellos. Apenas prestaba atención a las miradas de furtiva extrañeza que de cuando en cuando le dedicaban. Pero ya Lico hacía mención de su nombre y le tornaba a la realidad.

—Hoy tenemos entre nosotros a un prominente caballero, el Lic. Ventura, allí presente. Yo quiero festejar la visita de tan distinguido amigo y por la generosidad de ustedes puedo invitarles a un trago en El Palomo Blanco.

Se hizo súbitamente objeto de interés para todos y no

dilató en surgir un cálido ; Viva el Lic. Ventura ! Al mismo tiempo se sintió arrastrado por el bullicioso acompañamiento que había enfilado en dirección conocida. Cuando llegaron, parecía estar dispuesto hasta el más mínimo detalle: mesas, sillas, vasos y botellas así como la obsequiosa actitud de un cantinero mofletudo y de mandil mugriento.

Las libaciones no tardaron en comenzar y demostrando la mejor disposición que le fué posible se enfrentó a la ardiente caricia de un trago de ron de penetrante fragancia. Lico, a su vera, empezaba a causarle molestia con su charla infatigable, que le impedía despegar los labios. Al otro lado Beato estaba en posesión de su papel de celoso y ceñudo guardián.

Al fin creyó le llegaba el turno para manifestarse, en medio de una pausa de Lico, cuando apareció un negro alto y desgarbado, de cara huesuda, quien viniendo directamente hacia donde su acompañante musitó algo a su oído pero no tan quedo como para que no pudiera él entenderlo:

—Ya está el doctercito alzando la voz....

Lico se volvió hacia él con una mirada de inteligencia. Fué a la trastienda del establecimiento para regresar abrazado a su guitarra. Unos cuantos de los presentes se le unieron. Beato irguió su corpulencia entre el grupo. Antes de que partieran le dijo Lico:

—Síguenos discretamente. para que se divierta...

En los muelles, pasada ya la hora meridiana, había decaído la actividad. Cruzaron por un buen trecho de ellos hasta alcanzar la entrada de la calleja que moría en la pequeña plaza adonde habían llegado. Bordeada por aceras desiguales, ascendía su curso sinuoso, a cuyos lados se levantaban casas vetustas de dos plantas con balcones corridos. Aquella arteria escondida y de breve curso la había asociado siempre a un olor peculiar. Las piedras del pavi-



mento, de gris pizarroso, reverberaban heridas por el sol casi aupado todavía en el cenit. De puertas y muros colgaban trajes y artículos para la venta. En mitad de la vía se congregaba la gente junto a la fachada de un local cuyo letrero anunciaba el nombre de Asociación de Braceros del Puerto. A la señal de Lico se detuvo, separándose del grupo y acogiéndose a la sombra discreta de una puerta entornada. Hasta allí llegó una voz de tono inconfundible: la de Cosme Ramírez.

Vió a Lico aprestar su guitarra mientras los que le rodeaban tomaban posiciones. A poco se escucharon los primeros acordes de una tonada popular que fué ganando intensidad en las gargantas de los circunstantes. Hasta el vozarrón de Beato Peñales se unió al coro colmando un conjunto ensordecedor que ahogó sin remedio las palabras de Cosme Ramírez. Los que oían a la puerta se habían vuelto y permanecían estáticos ante la sorpresa. La figura de Cosme Ramírez no tardó en dominar la escena. Puso una mano sobre el hombre de Lico y se inclinó para decirle algo con gesto persuasivo. Fué entonces cuando intervino Beato. Se había hecho el silencio y sus palabras resonaron claras y precisas:

—Por Dios, dotor, deje a ca quien vivir.... Sepa ute que Lico y yo como una mima persona....

—Pero, bueno, Beato, dime ¿por qué se les ha ocurrido venir precisamente aquí? No es hora ni este es sitio para serenatas. ¿No se dan cuenta de que molestan?

—Será suya la calle.... Ca uno canta donde le da la gana....

—Caramba, entonces habrá que llamar a la policía... Aunque no veo ni a un solo agente. ¿Todo muy bien preparado, eh?...

—Arretírese, dotor, arretírese. Le conviene...



—¿Quiere decir que me provocas? ¿No te tengo miedo, sabes? No has sabido cuidarte y el tiempo ha pasado....

—¡Hum!.... Ni los americanos pudieron pulsar conmigo. ¿Se le ha olvidao?.... Se le puede descomponer la fachada, doctor...

Hubo risas entre los que asistían al diálogo. Como si fuera convenido, Lico rasgó por dos veces su guitarra con un acorde, penetrante y sonoro, mientras en tono sarcástico cantaba:

—Descompónsela, David...

—Descompónsela, David...

La risa entonces fué unánime. Los colores subieron a la cara de Cosme. Avanzó decidido hacia Beato y tomándole por la camisa a la altura del pecho, le increpó imperativo:

—Se van ahora mismo. No acepto tu insolencia.

Beato se deshizo del agarre y alejándose un poco adoptó una actitud francamente agresiva. Quienes trataron de intervenir lo hicieron con timidez, empavorecidos de antemano por la bien ganada fama de truculencia y potencialidad física.

El asunto estaba adquiriendo tal cariz que, desde su disimulada posición, dudaba entre seguir contemplando el altercado o hacer mutis por entre bastidores. No tuvo tiempo de pensarlo. Beato había puesto punto final al dilema abalanzándose furioso sobre quien se había atrevido a desafiarlo.

Sin embargo, le aguardaban. El puño de Cosme se le clavó veloz en el mentón. Otros golpes le alcanzaron mientras le esquivaban con agilidad. Se detuvo. Parecía aturdido.

Se disparó como un bólido bramando, con la cabeza baja, en la cual rebotaron dos golpes más de Cosme sin lograr



detenerle. El choque se llevó a éste de encuentro arrojándole sobre el arroyo. Encima de él cayó Beato con un alarido de triunfo tratando de atenacearle por el cuello con sus manazas descomunales. Pero apesar de aquella extrema demostración de poderío algo hacía que sus movimientos fueran inciertos y erráticos. Cosme hizo provecho para escabullirse y esperarle de nuevo en pie.

Hubo quienes intentaron otra vez contener al forzudo pero sin atreverse a mucho ante sus brutales rechazos. Embistió enfurecido. Ahora le esquivaban con más cuidado pero continuaron pegándole con igual contundencia. Los puñetazos tenían un ritmo cronométrico y sonaban secos, precisos, en los sitios vitales. Los brazos de Beato se agitaban en el aire, su cabeza buscaba donde golpear. Era evidente su desconcierto. Las piernas ya le vacilaban. Su resistencia al castigo parecía inverosímil. Uno, dos, tres golpes más, el último en la barbilla, le hicieron al fin caer lenta y pesadamente cuan largo era.

Su vencimiento fué la señal para el desbande de todos los que le acompañaban con excepción de Lico, quien, temeroso, sobrecogido, se había arrinconado no atreviéndose a decir esta boca es mía. Entre los que seguían a Cosme hubo, por el contrario, gritos de júbilo y admiración:

—¡Viva el doctor! ¡Se murió el oso!... ¡Qué gallazo!...

Mientras sacudía el polvo de su traje maltratado, Cosme había pedido un paño húmedo y con él se disponía a refrescar la frente y las sienas de Beato que permanecía exámine. La intervención fué efectiva. A poco volvía en sí y, desde donde estaba, pudo oír claramente el vocablo que profirió al darse cuenta de quien lo atendía:

—¡Maldición!...

No pudo soportar más y como quien no quiere la cosa, emprendió la marcha con sigilo, escurriéndose al principio

junto a la pared, y luego apresurando el paso, asediado por la sensación de que alguien le seguía.

IX

Por momentos alzaba los ojos desde el periódico en donde leía para fijarlos en Manijas, quien, en el fondo de la habitación, escribía inclinado sobre su amplio escritorio de caoba.

La luz de la tarde veraniega penetraba a través de las ventanas de la estancia mezclada con la brisa del mar. Sobre el escritorio se agitaban los papeles a cada golpe de aire proveniente del exterior.

La impaciencia empezaba a consumirle cuando el Secretario hizo un alto en su labor y como si de súbito recobrar su natural inquieto y bullicioso ruidosamente empujó el sillón que ocupaba para levantarse y venir hacia donde él. Al desprenderse de su ubicación distante su figura fué creciendo a medida que se aproximaba. Sin darle tiempo a ponerse de pie, se apresuró a tomar un asiento próximo, y a seguidas le habló.

—Ya tienes que haberte dado cuenta de cómo están explotando Cosme y mis enemigos el incidente con Beato Peñales. En verdad que parece que en eso el tiro te salió por la culata como dicen por ahí. Lo cierto es que el tipo se insolenta como nunca. Ahora es también el héroe de los muelles. Los enemigos de Palacio aprovechan el asunto para desacreditarme ante el Viejo. Dicen que le estoy buscando dificultades al Gobierno. Todo porque saben que eres amigo mío y que andabas con Beato y Lico.... Eso hay que arreglarlo... Mira....

Sin dejar de hablar se había puesto a recorrer el espacio entre su asiento y la pared con los paseos agitados y febriles que tan bien le conocía cuando sonó estridente el

timbre del teléfono. Lo vió alejarse en dirección al escritorio. Nuevamente se recortó empequeñecida su silueta sobre el lienzo de pared gris oscuro, en esta oportunidad empujándose a intervalos sobre la punta de los pies, en tanto sostenía el aparato telefónico con la diestra.

—¡Haloo! ¿Quién habla?...

Su inquietud desapareció como si algo le hubiera provocado súbito entumecimiento. Sólo apretaba el auditivo de tal modo que parecía iba a incrustárselo en la oreja. Perceptibles y categóricas resonaron sus palabras:

—¡Pero dígame su nombre! O es usted un impostor. Tengo medios para identificarlo....

Al cabo de unos segundos:

—Todo anonimato encubre en primer término la cobardía....

Del otro lado interrumpieron la comunicación o no se prestaron a satisfacer la curiosidad de Manijas pues éste, violentamente, lanzó el utensilio sobre el escritorio y tornó a deambular pero ahora como si no tomara en cuenta en lo más mínimo su presencia. Lo escuchado por el teléfono había tenido la virtud de embeberlo en sus cavilaciones. Hablaba para sí, pero en voz alta.

—A ese lo conozco. Lo conozco... Es gente que he tenido cerca... Vaya si lo conozco, hombre (dándose una palmadita en la frente). Claro.... es el propio Batisterio. Por algo presentí yo que esto no es una broma sino que hay que ponerle suma atención. Transparente como el agua. Eso de que crea que las trompadas que le dieron a Beato Peñales fueron realmente recibidas por mí y por el Gobierno por culpa mía no es idea de su magín. Es lo serio. Hay otras cabezas que piensan. Ya no vale la pena estar solamente en guardia. Se necesita actuar. ¿Qué existe quien hará las cosas mejor que yo? Anjá, al parecer se refiere a

Cosme Ramírez. Sin duda va a disponer de él. No se le olvidan sus viejas mañas. Pero eso es también una amenaza a corto plazo contra mí. La explicación es exacta... Nada, que hay que actuar....

Al parecer calmado por su raciocinio y decisión, tomó asiento colocando ambos puños sobre el escritorio, para continuar monologando en voz alta:

—Esta yo no la pierdo. Mucho hace que espero. En fin de cuentas he venido siempre a ser un peón de los demás... Ha llegado la hora de que el triunfo sea mío. ¡Pero si este Gobierno me debe la vida a mí! Bien lo sabes, ingrato, agregó, alzando la vista hacia el gran retrato de don Paco que señoreaba la estancia. Consientes estas cosas porque en el fondo te quieres quedar. Me las pagarás...

La sensación de embarazo que primitivamente le asaltó al ver que Manijas hablaba consigo mismo, haciendo caso omiso de su presencia, se hizo tan aguda que se convirtió en una insufrible impresión de menoscabo de su propio valer. Al adquirir el asunto ribetes de arriesgada complicidad, por virtud de las amenazas que acababa de escuchar, vino a mezclarse a ello el solapado sentimiento de temor, como si le abrumaran las interioridades a que acababa de asomarse.

Inopinadamente se le revelaba el mecanismo interno de la exterioridad que tanto le atraía y hallaba que su ánimo estaba poco dispuesto para afrontar los riesgos que podían derivarse de echarlo a andar. Se le insinuó el deseo experimentado otras veces desde cuando el cadáver de la abuela le hizo conocer el miedo. Escurrirse sin ser visto.

La avezada perspicacia de Manijas pareció percatarse de lo que estaba ocurriendo. Ahora con la mano le decía que se acercara. El fruncir de su entrecejo había sido sustituido por una sonrisa. Sus palabras estuvieron entonces llenas de halagos y preñadas de promesas y convicciones de triunfo.

—Juancito, mi querido amigo, guarda el mayor secreto sobre cuanto has visto y escuchado. Tu personalidad te ha permitido penetrar en las intimidades de la gran política. Tienes un porvenir espléndido. Tu hora y la de toda la juventud se aproxima. Oportunamente lo comprobarás. Mientras tanto, adelante con la línea que hemos trazado....

X

Era evidente que la puerta de entrada del Salón Minerva había sido objeto de violencia. La cerradura desprendida yacía por el suelo. Pero la puerta estaba herméticamente cerrada. Con rudeza la golpeó en un último esfuerzo y al fin quedó levemente entreabierta. Reconoció tras de la estrecha abertura los ojos de Beato Peñales, afectados de una mirada extraña y asaz inquieta, ellos que nunca revelaban nada en su burda inexpresividad. Le sorprendió también comprobar que, contra su costumbre, se apresuraba a hablarle:

—Tuve que hacerlo, tuve que hacerlo... Resultó una desgracia....

Penetró decidido.

—¿Pero qué es lo que sucede, Beato? ¿Qué ha ocurrido? —se apresuró a interrogar, señalando hacia la cerradura tirada en el suelo.

Beato pareció establecer con suma dificultad alguna hilación entre sus recuerdos.

—¿Sabe? Es que tenía que venir aquí a buscarlo. A ver si me había equivocado. No; es que no podía ser él. ¿Cómo iba yo, Beato Peñales, su mejor amigo, a hacerle tal cosa? ¿No es cierto que no, don Juancito? Nadie puede quererle como yo...

Ahora, al habituarse a la semioscuridad de la sala, pudo advertir en su rostro grosero angustia y desasosiego infi-

nitos. El traje y los zapatos mostraban maltrato y estaban enlodados. Pero lo extraordinario era que vencida la dificultad inicial sus palabras fluían a borbotones, atropelladas, con una dicción relativamente correcta, como si algo inenarrable le hubiera provisto de la facilidad de expresión de Lico, destrozando los diques de su denso mutismo tan frecuente y clarificando su pronunciación para permitirle hacerse entender.

—Le voy a contar, le voy a contar... Antes de que él venga. Porque de momento se presenta... Ay, no me diga que no, ¿oye? No me diga que no, ¿eh?

—Pero si yo no he dicho nada, Beato. Trata de calmarte y cuéntamelo todo.

—Anoche, sabe, llovió. ¿Recuerda, no? Después salió la luna. Las calles estaban brillantes. Desde el automóvil yo las veía, pero esquivando, para que la gente no me viera a mí. Recuerdo que se reflejaban las luces de los focos y las vidrieras en el pavimento mojado. El automóvil caminaba aprisa, como si me llevara la mano del diablo, ¿eh? ¿sabe?....

Las frases breves, cortantes, le salían con una celeridad que le hubiera parecido imposible en Beato si no fuera testigo de ella. Incesantemente buscaba que le confirmara cuanto decía. Las palabras se enhebraban unas a otras como si tradujeran una desorbitada inquietud mental. Había inclusive en ellas, dentro de las pausas e incoherencias que reflejaban su estado de ánimo, facilidad sobresaliente para reproducir de manera vívida las impresiones.

—Pronto cogimos por la carretera. Por ella apenas había llovido. Todo se mostraba muy claro con la luna. Me quedé donde yo sabía. Ya empezó a no gustarme la luna. ¿Por qué tan clara? Para lo único que servía era para molestar. Empecé a darme cuenta de eso. Aquello estaba solo, soli-

to, y sin embargo veía cosas extrañas. Los árboles me parecían gente. Las sombras, fantasmas que se ponían en movimiento en cuanto soplabla una brisita. Eso no es nada: a veces creía ver en cualquier resbaloncito del camino un hoyo muy grande en el cual me podía perder. Y entonces los ruidos me ponían intranquilo. Sólo me consolaba el cacha e' nácar en la cintura. Y entonces mirar a un lado y a otro, y a otro. ¡Maldita luna! Me tuve que parar en seco.....

En el espacio limitado de la estancia la mirada desorbitada de Beato iba de un extremo a otro en gráfica demostración de lo que relataba. La mano derecha la llevaba a la cintura de acuerdo con la actitud espectante que simulaba. Solamente la izquierda la mantenía inmóvil, detrás de la espalda.

—Pero yo no soy hombre así que así. Tenía que hacerlo... Tenía que beberle la sangre... Para eso me dieron el cacha e' nácar... Maldición, maldición... Fue entonces cuando comenzaron los ruiditos esos como de rama seca que la gente pisa. A mí dizque con sustitos... Ja.... Já.... Já....

La risa estentórea fué un elemento de repentina y profunda disonancia con el dramatismo de su relato. Al escucharla, por primera vez se le ocurrió que podía haber perdido el juicio.

—Já, já, já... Sustitos a mí... Lo que hice fué sacar el cacha e' nácar y meterme en un rincón en acecho. Aquel era mi sitio. Sí ya venían por ahí.... El camino se veía blanquito bajo la luna. Ya venían los dos caballitos... El trotecito era ligero... Comencé a ver más de la cuenta... Tric, trac, tric, trac, tric, trac... Cada vez más cerca. Había que poner el dedo en el gatillo. Y entonces un ruidito sospechoso a mis espaldas... Nada más tuve que voltearme y apretar. Ahí va, zás. el fogonazo y un ¡ay mi madre! y después mi nombre. Cosa del diablo. Corro a ver...

—¿Verdad que no era él, don Juanito? ¿Verdad que nó?

Ya no pudo limitarse más a escuchar. Trató de retenez a Beato frente a sí para interrogarle categóricamente:

—¿Quién, Beato, quién?

—Lico, pero no podía ser Lico. Fueron cosas de la luna que me le iluminó la cara al soplar un poco de brisa para confundirme. Entonces fué que me dijo:

—¿Era que quería impedir que hicieras eso!

—Ni esta sangre que tengo aquí es la de él. Qué vá... Están jugando conmigo.... Lunita, lunita, te conozco....

El nuevo giro de su ánimo atribuía a su rostro una ironía teñida de trágico extravío. Retrocedía con el puño siniestro escondido tras la espalda.

—¿Qué sangre, Beato? Enséñamela.

—Esta, tengo envuelto el puño para que no se vea. Esta es la de Cosme, estoy seguro. Si fué a él a quien yo le tiré... ¿por qué iba a matar a Lico? Como ahora recuerdo que venía en su potro con el doctor Lima. Por eso a veces la chupo. Ya lo dije, que se la bebía.....

Dicho y hecho, quitó la envoltura de su mano izquierda. No pudo contener un grito al contemplarla. Una costra negruzca de espesa sangre coagulada se había formado sobre la piel. Su horror aumentó al agregar Beato:

—Es la de él, la de Cosme. La vomitó al expirar mientras yo le sostenía la cabeza haciéndome creer que era Lico. Es saladita....

Iba a llevarse el puño a la boca.

—¿Beato, por Dios, no hagas eso!

—¿Qué, entonces no viene? No me diga que no viene, don Juanito. Lo estoy esperando....

Reapareció como por arte de magia el estado febricitante de Beato. Tornó a su desasosiego como si de nuevo se hallara afectada la cuerda más sensible de su alma. Querían sin duda mirarle fijamente, en busca de la confirmación que anhelaba, pero le era imposible hacerlo. Sus ojos oscilaban presas de un impulso incontenible.

—No me diga que no viene, don Juanito, no me diga que no viene....

El tono de su voz fué en ascenso hasta convertirse en un grito.

—¡¡¡No me diga que no viene!!!

Definitivamente, estaba loco.

XI

Al iluminársele, de súbito, el origen del estado mental de Beato, una preocupación mitad temor y mitad sentimiento de culpa se posesionó de él perturbándole. Tuvo visos de continuidad de lo que días antes había experimentado en el despacho de Manijas cuando éste dejó entrever que recurriría a cualquier medio para adelantarse a las intenciones de sus enemigos sin excluir las amenazas a don Paco. Alcanzó a vislumbrar, sin embargo, que lo prudente era seguir a Beato en su obsesión a fin de que permaneciera allí en espera de la ansiada llegada de Lico mientras él esclarecía las cosas.

—Cálmate, Beato, cálmate. Con seguridad de repente se presenta Lico. Pero te recomiendo una cosa: te quedas aquí con la puerta bien cerrada para que nadie te vea hasta que no llegue Lico. Mucho menos vayas a hablar con nadie que no sea él, ¿sabes?

—¡Ah, viene, no? Bueno...

Con naturalidad fué llevándolo al interior de la habita-

ción hasta que al fin le hizo tomar asiento aparentemente tranquilo en la cómoda silla de extensión colocada en uno de los ángulos. Luego le trajo una botella de whisky a medio escanciar y la depositó junto con el vaso correspondiente sobre una pequeña mesa colocada cerca. La reacción de Beato fué instantánea y decidida. Con un profundo suspiro de alivio se abalanzó materialmente sobre la bebida:

—Gracias, don Juancito, gracias. Me hacía una falta....

La corpulencia de su figura, el tamaño de las manos, que le parecía más desmesurado que nunca, el calzado de inusitadas proporciones, con suela gruesa y sumamente mal cuidado, todo en fin como propio para una semblanza grotesca que mucho se aproximaba a lo monstruoso.

Le observaba mientras se servía el primer trago. Su porte era retrato fiel de la truculencia que habían dejado traslucir sus palabras. Seguía manteniendo oculta detrás de la espalda la mano izquierda. Lo que vió en ella, al quedar descubierta, se había convertido en estímulo repulsivo y horripilante del trastorno que por momentos iba dominándole más y más. Al hacer un soberano esfuerzo para organizar sus ideas cobró vigor la necesidad de un amparo que le pusiera a salvo de los riesgos y complicaciones que presentía detrás de todo aquello. Como cosa normal se le hizo presente la imagen de Teodosio Manijas. Entonces pareció hallar una explicación a todo sin grandes dificultades.

Recordó los incidentes de la última vez que estuvo en su despacho. Le parecía oír de nuevo las palabras a que dió lugar la misteriosa llamada telefónica que tanto había irritado a Manijas. Sobre todo aquellas en que se refirió a la supuesta amenaza de Batisterio de solucionar de mejor manera el problema de Cosme Ramírez. Sin vacilar increpó a Beato, colocándosele enfrente:

—Beato, dime, ¿quién te dió el revólver?

El interpelado levantó los ojazos redondos y de mirada insegura. La indecisión semejaba amordazarle. Al fin arguyó:

—Yo juré no decirlo, don Juancito...

—Pues si no me lo dices no deajo entrar a Lico...

Beato miró hacia uno y otro lado. Luego sumió la cabeza anchurosa entre sus hombros dirigiendo los ojos hacia el suelo. Debajo del cráneo redondo, reluciente por entre los claros del pelo ríspido cortado al rapé, surgió su voz gruesa con timbre de dócil aquiescencia:

—Fué el chófer del señor Batisterio...

La importancia de la revelación hizo ostensible sus graves implicaciones. Había que ver cuanto antes a Manijas. No perdió tiempo en aconsejar una vez más a Beato:

—Te quedas aquí esperando a Lico, sabes. Solamente a él le podrías contar todo esto. A nadie más, a nadie más, oyes, a nadie más, —le repitió recalcando cada una de las palabras.

XII

Cuando volvió a la calle impulsado, ante lo que acababa de comprobar, por el creciente sentimiento de temor y complicidad que se le había despertado, empezaba también a insinuársele la sensación de que en vez de dominar a los acontecimientos y servirse de ellos, éstos en realidad le arrastraban en su vertiginoso giro sin que pudiera influir en su desarrollo.

En la Secretaría de Estado no encontró a Manijas ni tampoco pudieron decirle dónde lo hallaría. Con idénticos resultados acudió a la morada del eminente amigo. Desde la tarde anterior había salido, —le dijeron,— al parecer con intenciones de viaje, pero no sabían el lugar de destino. Ta-

les noticias agregaron combustible a su desasosiego. Como era costumbre, su automóvil y su persona atraían las miradas y los saludos de las gentes, pero en esta oportunidad empezó a conjeturar que tales muestras de atención podían ser barruntos de sospechas y acusaciones. Su suspicacia especialmente alerta le hacía percibir, además, un clima de aprensión general que no era precisamente el de todos los días.

No atinaba por donde dirigir el vehículo pero tampoco quería abandonarlo pues la movilidad le ayudaba a calmar sus inquietudes. Contra su hábito marchaba lentamente. Las calles de la ciudad, tan familiares, iban siendo recorridas una tras otra. No eran muchos los transeúntes que desafiaban el ardiente rescoldo de la hora matutina. La melodía de un disco en boga, reproducida a todo volumen, inundaba como una voz de alerta el ambiente. Las casas antiguas y los flamantes edificios, los viejos rincones coloniales y las modernas perspectivas, parecían sumarse por encima de su impasibilidad de cosas materiales a la curiosa expectativa con que se imaginaba que todo cuanto tenía a su alrededor espiaba su paso. La conmiseración por el destino que había cabido a Lico se veía ahogada por los otros sentimientos. Desesperadamente le acicateaba el ansia de encontrarse con Manijas.

De nuevo bordeaba la vieja plaza cuando el repentino silbido de Max Llaner le hizo tornar el rostro. Alcanzó a verlo haciéndole señas junto a un banco colocado a la sombra de uno de los frondosos laureles. Las llamadas se hicieron tan insistentes que, pese a sus temores y deseo de huida, no se atrevió a desatenderlas por aconsejarle su instinto la conveniencia de afectar despreocupación y disimulo en el trance.

El temple al amparo de los añosos troncos cuyos copiosos follajes eran, como siempre, rumorosamente remecidos por la brisa, se esparcía en frescura húmeda y sutilmente



aromada que mucho bien le hizo al caldeado sobresalto que le consumía. En los bancos de la plaza dormitaban despreocupados ocupantes mientras otros charlaban en temprana tertulia. Más de un limpiabotas le llamó la atención como generoso cliente en potencia. Algunos niños correteaban ruidosamente. Max Llaner no estaba solo; a su lado se encontraba Janet Recio. Fué el primero en hablar:

—¡Qué raro, chico! Tú a estas horas como quien no sabe adónde va.... Yo con tantas cosas que decirte...

La salida la interpretó a tono con sus suspicacias. ¿Sabía Max, siempre avisado, algo de cuanto estaba sucediendo? No tuvo tiempo de preguntárselo porque enseguida se vió obligado a reparar en Janet Recio, quien con su carita morenucha, de rasgos alargados, se apresuró a expresar, masticando chicle nerviosamente:

—Y yo también tengo mucho que contarte, ¿sabes?

Había permanecido sentada y hacia ella se volvió Max:

—Te me callas, mocosa, que primero hablan los hombres. Todavía no tienes derecho ni nunca lo tendrás, porque en eso yo no entro....

—Míralo como aún se resiste... Ven, no te separes de tu palomita, —agregó con un mohín de coquetería, extendiendo el brazo y atrayendo a Max.

Comenzó a tener noción de la índole de las noticias que les interesaba darle y ello sirvió de respiro a su atareada inquietud. Sin titubeos aprovechó la oportunidad para disimular su recelo.

—Sabía que al fin iban a entenderse. El tanto pelear no era más que amor. Los felicito.

—Pues sí. —respondió la vocesita atiplada de Janet. Luego se dirigió a Max: Ves como yo hablo primero....

Reanudó la atención hacia él: —Este ya se decidió. Resbaloso como él solo. En casa me decían que cuáles esperanzas podía yo tener. Y yo, ahí, ahí, ahí, como de juego. Hasta que antenoche habló con papá... Por eso me ves sola aquí con él, haciendo galanos... Ahora falta que lo botén del empleo por estar saliendo de la oficina a estas horas. Aunque él dice que don Pin va cuando le da la gana... Y como las cosas están que no se sabe.....

Max hizo gesto de quien no podía soportar más y la interrumpió sin nuevos preámbulos:

—Te callas, chismosa, o te llevo a tu casa, ¿sabes?

Había tomado asiento junto a los novios de tan reciente hornada y Max le espetó a seguidas:

—¡La cosa está que arde!

—Qué es lo que sabes, Max, cuéntame...

—Todo el mundo dice que va a haber algo grande. Ayer dizque don Paco llamó a Manijas y le dijo del mal que iba a morir. Se cree que saldrá del Gobierno. He estado pensando en tí y desde luego que mi empleíto me preocupa. Es la mano oscura de Batisterio, chico... Parece también que lo de Cosme se hincha... La gente no hace más que hablar de su valentía y arrojo. La pela que le dió a Beato está haciendo historia como si hubiera vencido al dragón. Por cierto que Regina sería la princesita....

—¿Regina qué?

—Nada, que parece que esa rara se ha embobado con el asunto. Creyendo en el huevo de la lechuza... Me estuvo contando Carmencita que desde la tarde aquella cuando se encontraron en el malecón Regina y Cosme habían vuelto a verse varias veces. El hasta daba sus vueltecitas por el vecindario. Regina, como quien no le interesa la cosa, iba a parar siempre al malecón cuando salían. Y por ahí estaba

invariablemente el intruso con sus poses de lector solitario. Lo cierto fué que cuando la muchacha se ha enterado de lo de Beato buscó a Carmencita y se disparó hacia el malecón. ¡Quién lo creyera, tan tranquila, tan fría! Fíese usted del agua mansa... Ay papá, ya lo decía mi viejo... Por eso me gusta ésta, que desde el principio lo proclama todo.... Y la tía Lupe echando chispas...

—Había que verla para creerlo, Max, —me decía Carmencita. Iba nerviosa, impaciente. Al ponerle la mano en el brazo sentía un ligero temblor. Y bella que se veía con la cara a cada momento ruborosa como si temiera que le leyeran el pensamiento. En el malecón aquello fué un suspirar y un mirar a todas partes hasta que apareció Cosme. Ay, a mí me parecía una escena de Romeo y Julieta....

Y entonces fué un insinuar reproches a Cosme porque no se cuidaba. Que en la confianza residía el peligro.... Que se olvidaba de su madre... Qué se yo cuántas cosas... Hasta el mismo Cosme me pareció sorprendido. Después fué quedándose como arrobado. En fin, que pasaron hablando toda la tarde y cada vez más cerca el uno del otro. Y entonces se atrevió hasta a venir acompañándola en el regreso. Eso sí, la tía Lupe se puso como una fiera cuando se enteró.... En una palabra, que cualquiera diría que el pleito con Beato le ha servido a Cosme para ablandar a la muchacha en tal forma que parece haberla embrujado...

Estaba Max lejos de suponer que aquella derivación del encuentro entre Cosme Ramírez y el forzado Beato Peña!es venía a sumarse a las tantas otras consecuencias que habían precipitado las cosas en el vórtice por el cual se sentía arrastrado. Al enterarse de la tierna comprensión que a todas luces había surgido entre Regina y Cosme su desasosiego se impregnaba de un aguzado y doloroso despecho tanto más punzante cuanto más se imaginaba a la belleza de Regina realzada por la entrañable solicitud de un interés

amoroso. El único consuelo que le daban las palabras de Max era el cerciorarse de que todavía, según todas las apariencias, no se había difundido la nueva de la trágica aventura de Beato Peñales la noche anterior. Tal circunstancia le ayudó a soportar el golpe que significaban las noticias de Max pero, por otra parte, trajo de nuevo a su atención el recuerdo de Beato refugiado en el Salón Minerva con la agravante de la deteriorada situación política de Manijas. Y en el fondo de todo, el cadáver de Lico tendido de cara al sol, pronto a ser descubierto de un momento a otro.

—Max, —pudo articular a duras penas, poniéndose en pie como movido por un resorte,— debo irme cuanto antes.... Me esperan....

El ambiente de la plaza, con su aroma húmedo bajo la sombra de los laureles, le resultaba insoportable. Repentinamente se le ocurrió que era demasiado estrecha y que sus salidas semejaban estar tapiadas a manera de las de una prisión. El estímulo hacia la huida recobró su imperio. Biquiabierto quedó Max al verle partir con premura inusitada, mientras Janet Recio, quien había continuado imperturbable masticando chicle, no pudo abstenerse de comentar:

—El pobre, cómo sufre, por eso tienes que sentirte feliz con tu palomita...

Poco le importaron sus palabras pero algo le detuvo al subir al automóvil con la misma eficacia de un rayo que hubiera caído a sus pies. El vendedor del diario que acaba de desembocar en la plaza pregonaba a voz en cuello:

—¡El crimen de la carretera! ¡La policía en la pista! ¡Cómplices prominentes! ¡Se esfuma un Secretario de Estado! ¡Sensacional! ¡Ultima hora!

XIV

Llevaba traza de fugitivo cuando tomó la avenida en camino hacia su casa. Al automóvil le nacieron alas. Los

otros vehículos, en cuanto le veían aparecer, se apresuraban a franquearle el paso, arrimándose prudentemente a las aceras. Se le figuraba la distancia más grande que nunca y el ansia por estar en el hogar se teñía del atractivo consuelo del refugio y el amparo. El tibio recogimiento en la tranquilidad de su habitación cobró, inesperadamente, valor sin paralelo.

Al poner el pie en el umbral de la casa tuvo la sensación de que por primera vez en todo el día pisaba sobre terreno firme. El alivio le prestó ánimo para asentar la planta y erguir la cabeza. Resonaron sus pasos sobre el granito y la mirada volvió por los fueros de la habitual confianza en sí mismo.

En la antesala estaba Marcos en visible actitud de espera y el periódico en sus manos vino a conspirar sin remedio contra el aplomo que tan de buenas a primeras semejaba haber recobrado. Al escuchar que lo pregonaban en la plaza, tan pronto se repuso de la sorpresa, se había apresurado a alejarse de él como si su simple contacto fuera una amenaza contra su integridad corporal. Hubiera pagado por no enterarse de lo que decía. Temblaba de sólo concebir que su nombre pudiera leerse entre los "cómplices prominentes" a quienes el reclamo del pregonero aludía de manera tan estentórea.

Cuando Marcos, al verle, se dispuso a decir algo, aguardó su palabra con la misma resignación del condenado que anticipa el golpe fatal.

—El curso que las cosas están tomando es de lo más inesperado. No sabes cómo siento la muerte del pobre Lico. Lo más lejos que él tendría es que estaba llamado a ser la víctima de todo esto. Pero lo serio es lo que se esconde detrás y lo que pueden estar inventando. Aquí se mencionan unos nombres que nos conciernen muy directamente... Huele todo a política... Comienzan con Cosme Ramí-

rez y el doctor Lima y acaban con Teodosio. Es claro que Batisterio está pretendiendo matar dos pájaros de un tiro....

En cuanto Marcos comenzó a tratar el tema cada una de sus frases, articuladas sin premura, fueron incrementando su estupor en medida tal que le resultó ineludible el descargarse con un prolongado suspiro cuando al fin se convenció de que por lo menos no estaba entre aquellos cuyos nombres se mencionaban en relación con los sucesos.

—Por tu sorpresa veo, —prosiguió Marcos,— que no habías leído el diario. El cadáver del pobre Lico apareció anoche con un balazo en el pecho cerca de la propiedad del doctor Lima y se alega que mi compadre Augusto y Cosme Ramírez andaban por allí de paseo según costumbre. Como Lico estuvo en la pelea entre Cosme y Beato hace unos días, pues insinúan sospechas.... Pero la cosa no para ahí: no sé de dónde diablos sacan argumentos para conectar el caso con la supuesta desaparición de Teodosio, cuyo paradero se dice ignorar desde ayer, complicándole en una presunta conspiración cuya primera víctima sería Lico. ¡Disparate! Teodosio no está conforme, es verdad, pero de ahí a conspirador hay mucho trecho....

—Ahora soy yo quien debe decirte cosas que tú no sabes. Don Teodosio amenazaba a don Paco. Estoy temiendo por eso que pueda cometer una locura y complicarnos a todos sus amigos. En cuanto a lo de Lico, yo sé quién lo mató.....

—¿Lo sabes? Con eso se podría deshacer toda esta patraña contra Teodosio. ¿Piensas que puede haber sido Cosme por lo de Beato?

Al contarle en detalle lo ocurrido en el Salón Minerva, fué siguiendo paso a paso los cambios de expresión que el relato hacía aparecer en el rostro de Marcos. Al final éste aparentaba resolución y optimismo:

—Cómo, —fué su comentario,— con que se trata del mismo Beato. ¡Qué tragedia! Entonces tenemos la clave de todo en nuestras manos. No soy político pero me preocupo por Teodosio. Sería de piedra si no lo sintiera después de tantos años. Hiciste mal en dejar solo a Beato en ese estado.

—Lo hice para avisar a don Teodosio pero al no encontrarlo y enterarme de lo que le ha ocurrido con don Paco me parece que la cosa está llena de riesgos. Además, Beato está loco y no se puede confiar en él. Tampoco te había contado que hace unas tardes don Teodosio me dejó entrever que está dispuesto a todo contra don Paco....

—¿Tu crees? Bueno, la política, la política.... Ese solapado de Batisterio. Verdad que últimamente lo notaba un poco raro. Hasta me habló con cierto misterio de que si quería invertir en un gran negocio. Hace una semana le presté dos mil pesos. Pero me resisto a admitirlo. Debemos ir a buscar a Beato. Es nuestra prenda de triunfo. Si es necesario, trataré de ver al propio don Paco....

El compromiso resultaba superior a sus fuerzas. No pudo evitar que su voz asumiera tono de súplica cuando le dijo a Marcos:

—Ve solo. Estoy molido de cansancio. Ya sabes, a Beato se le convence en hablándole de la venida de Lico.... Dile que está aquí conmigo y que yo lo mando a buscar....

XIV

El periódico se lo dejó Marcos en la mano. Al subir con él a su habitación continuaban latentes las prevenciones que hacía un momento le agobiaban. La lectura no hizo más que reafirmarle en la creencia de que entre líneas había indicios que compaginaban con sus recelos. El espacio abierto de la terraza le atrajo y ante su vista se desplegó el ama-

do panorama de la ciudad tendida a sus pies con el mar al fondo.

El sol se derramaba con pletórica generosidad sobre los techos multicolores de las residencias y el verde denso de los espacios abiertos. Las líneas de las calles se revelaban con nítida pulcritud. Más allá surgía, aglomerado, el núcleo urbano central, en donde los muros grises de concreto se entremezclaban con los viejos paredones de mampostería. La pátina del tiempo denunciaba su huella secular sobre las cúpulas y las torres de los templos pero la silueta erguida de las grandes edificaciones modernas señoreaba el conjunto. Arrinconada en el ángulo junto al río asomaba la cúspide del bastión que por siempre había guardado, en actitud vigilante, la entrada al puerto. El horizonte lo configuraban el mar, rizado por las orlas blancas de las olas, que se precipitaban sobre los peñascales de la costa, y las hileras de palmeras y cocoteros que bordeaban a aquella.

Tenía delante, en gráfica representación, el escenario de su vida y el alimento de sus recuerdos. En aquel instante el poder sugestivo del panorama compartía su ascendiente con la incertidumbre del inmediato porvenir. Con deleite se hubiera abandonado a la evocación sosegada del pretérito si la sorda detonación de un cañonazo no le hubiera apretado dentro del pecho la garra apremiante de las incógnitas del momento.

Como voces de un coro se escucharon luego, a la distancia, numerosos disparos. Sobre el fondo de diversos matices de azul que formaban mar y cielo se elevaron ligeros trazos de humo. Las resonancias apagadas de una agitación ruidosa se percibían confusamente. El cuadro trocó su apacible sugestión por un renovado concierto de agudas incitaciones a la zozobra.

Turbado recorría la terraza cuan larga era. El temor por la seguridad de Marcos se adicionaba ahora a sus pre-

ocupaciones. En la planta baja Aurelia y la servidumbre comentaban algo en voz alta y se movían incesantemente de un lado para otro. Con inusitado vigor todo en torno se convirtió en fuente de desconfianza lintera al temor.

Los minutos transcurrieron interminables hasta que sintió el ruido que produjo el automóvil de Marcos al detenerse en el jardín frenado de manera violenta. Acudió al interior de la casa y, desde lo alto, vió como Aurelia se interponía con gesto interrogante en el camino de su padre. Este se limitó a tocarle con la mano en el hombro, ensayando esbozar una sonrisa, y ascendió por la escalera.

Sus palabras no fueron nada tranquilizadoras.

—Lo de Beato es irremediable. Me dicen que salió dando gritos a la calle y que a duras penas han podido llevarlo al manicomio. Han detenido a mi compadre Augusto dizque preventivamente y a Cosme se lo llevaron del malecón donde estaba con Regina. Pero lo más serio es lo de Teodosio. Ya oirías los tiros... Casi no lo creo. Son cosas que parecen imposibles...

—Pero ¿qué le ha sucedido?

Su actitud era de quien deseaba conocer la nueva y temía al mismo tiempo a su choque pavoroso. Al pie de la escalera, dejando descansar la mano sobre el ornamentado comienzo de la reluciente balaustrada de caoba, Aurelia daba rienda suelta a una expectativa que de manera extraordinaria revelaba en su rostro, vuelto hacia lo alto, inmóvil, la expresión nunca usada de una curiosidad llena de intriga y asombro.

—Increíble.... Estalló un motín y al fracasar, Teodosio se ha suicidado.... No, no es posible.... ¡Tantas cosas en tan poco tiempo!..... Adonde iremos a parar....

De sus labios no brotó ni una sola palabra. El ansia

de huida y amparo, al irrumpir violentamente, borró toda otra noción en su conciencia conturbada. Se precipitó hacia su dormitorio y cerro la puerta de manera estrepitosa corriendo uno a uno los varios cerrojos. El mismo procedimiento empleó en la terraza delantera haciendo caso omiso de las voces con que Marcos le llamaba.

En la penumbra de la estancia, herméticamente cerrada, todo perdió su forma desdibujándose en contornos imprecisos. Para orientarse hacia el cómodo sillón en donde solía reposar sirvióse del tacto. Las sombra y el asiento mullido le produjeron un efecto sedante y suscitaron una profunda necesidad de descanso. La pesadez de los párpados anticipó como consuelo y refugio la ausencia sumido en el sueño. Pero repercutía secamente, con la insistencia de un centinela insobornable, el apresurado latido del corazón. Poco a poco se atenuó hasta desaparecer. Surgieron nuevos planos. Las cosas fueron mostrando rasgos conocidos aunque emergían bajo ángulos insospechados. Eran las calles de la ciudad en el claroscuro del crepúsculo. Las gentes pasaban afanadas, huyendo de algo, y no daban muestras de reconocerle. Al fin Max Llaner tuvo una sonrisa amiga y vino hacia él. Le cuchicheó unas palabras y repetidas veces le señaló con la mano en cierta dirección. Hacia allí caminó. Se escuchaban estampidos como de disparos. La calle se iba quedando desierta, pero una pareja, estrechamente enlazada, proseguía imperturbable. Al fondo el mar batía la costa. Se esforzó por ver los rostros. Eran los de Cosme Ramírez y Regina Palma. Para entonces gritaba, gritaba, gritaba, pero nadie parecía oírle...

Los golpes repercutían continuamente, rudos, estremecedores. Volvió a sentir los latidos del corazón. La llamada imperativa hizo que en la semioscuridad despuntara nuevamente la angustia.

—Abreme, Juan, ábreme. Hay algo para tí. Es una carta del senador Batisterio.

—¿Del senador Batisterio? ¿Y qué quiere ese hombre conmigo? ¡Yo soy inocente! ¡Oh, padre mío, protégeme! Estoy seguro que don Paco te recibiría... Habla con él por Dios....

La puerta parecía venirse abajo por obra de las impetuosas acometidas de Marcos. Tuvo que descorrer los pestillos. Al penetrar en la habitación, su padre le hizo entregas, de pasada, de un sobre blanco comentando desde la puerta de la terraza, donde se detuvo:

—Parece que los libros no te han hecho valiente...

La luz le permitió leer: "Mi distinguido amigo: Me valgo de estas líneas para invitarle junto con otros representativos de la opinión pública a un cambio de impresiones sobre los recientes acontecimientos mañana a las 4 p.m. en la Mansión Presidencial. Anhele que todos podamos prestar nuestra mejor colaboración para bien del Gobierno de nuestro querido don Paco. Usted pertenece a nuestra juventud de vanguardia y su cooperación será valiosa. Le saluda y anticipa las gracias, Joaquín Dolores Batisterio, Senador."

Con el pliego entre los dedos y la expresión estupefacta, contemplaba a Marcos, cuya silueta se recortaba sobre el pedazo de cielo enmarcado por la puerta de la terraza. Le escuchó musitar, mirando hacia la ciudad:

—¡Pobre Teodosio! Cómo me abrazo más que nunca a mi fe en el esfuerzo y el trabajo. Por eso me anima ver, desde aquí, a la ciudad creciendo cada día que pasa...

Tan embebido estaba, que no pareció escucharle cuando él gritó más que dijo, reaccionando al fin en un arrebato que obedecía a sus anhelos recónditos:

—¡No me conformaré con nada menos que una diputación!

A la ciudad la contemplaban desde el mar. En la cubierta del pequeño buque conversaban el doctor Augusto Lima y Cosme Ramírez.

—Nos quieren alejar, —decía el primero. Bien saben que no somos culpables pero por el momento desean arreglárselas sin nosotros. Comprendo que te teman a tí, que eres joven y fuerte, y has demostrado de lo que eres capaz. Pero mi único pecado es haber sido un poco diferente. Tener algo así como el presentimiento de cómo habrá de ser la ciudad de mañana....

El buque navegaba frente a la costa. La luminosidad de la tarde iba desfalleciendo y se columbraba el crepúsculo. Los edificios lucían ya ligeramente envueltos en brumas, bajo pálidos resplandores grises, diluídos en el aire ágil y transparente.

Sus miradas ávidas alcanzaron a distinguir tres pañuelos blancos agitados sobre las peñas enhiestas en señal de despedida.

—Son ellas, —dijo Cosme. Parece recibieron al fin nuestro mensaje.

Su propio pañuelo lo ondeó ardorosamente. Al imitarle, decía el doctor Lima:

—¡Una madre, una esposa y una novia! ¡No en balde la esperanza tiene nombre de mujer!...

**Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de la Impresora
ARTE Y CINE, C. por A.
Isabel La Católica No. 42, Ciudad Trujillo,
República Dominicana, el día 12 de noviembre
del año 1960.**

dad y como ella en constante movimiento, constituyendo así la contrapartida de Juan.

La abuela, Papá Marcos, Regina Palma, Polo Batisterio, Teodosio Manijas, Max Llaner, el Dr. Lima, etc., todos están marcados a fuego por esa psicología que resulta del choque de dos épocas contradictorias.

Juan es el ser contemplativo por excelencia, supeditado a su infancia, a su ámbito muelle y sentimental; de ahí que la lucha le resulte desgarradora, que los nuevos tiempos lo encuentren parapetado en posturas falsas, como si en la cabeza del hombre, del universitario, del incipiente poeta y autor de monografías, luciera, simple y anacrónica, la gorrilla que la abuela se empeñaba en hacerle llevar los días festivos. El carácter de Juan se expresa por su misma debilidad. Sus sentimientos no le pertenecen, los ha heredado, pero justamente cuando esa herencia ya no constituye un valor estable.

¿Qué hacer, entonces? ¿Despojarse de todo, sumarse a la corriente incesante del progreso, abandonarse al torbellino, a la acción? No; a Juan le queda todavía un recurso, una solución, la más fácil, y se entrega a ella con desaliento: la soledad. Será, pues, para siempre, un inadaptado, aún dentro de esa soledad que le sirve de único refugio. El autor, significativamente, lo deja, al final del libro, encerrado en su habitación, saboreando las hieles del fracaso y del desengaño.

Por lo que tiene de veraz, Juan es el símbolo de una sociedad no madura, cuyos ojos se cierran ante la cegadora luz del porvenir. Esto añadido al deleite y tersura de su prosa, hacen de "Juan, mientras la ciudad crecía"... una novela definitiva dentro de nuestro acervo literario, la que enmarca airoosamente una etapa de nuestra evolución social.

Sólo nos cabe, ahora, aludir a algunos datos sobre su autor, por demás conocido en nuestras letras. Carlos Federico Pérez es Catedrático de la Facultad de Filosofía de nuestra Universidad y un estudioso de la literatura americana. La crítica en sus manos es un instrumento de suma precisión y sobriedad. Alejado del inquietante ir y venir de los debates ocasionales y de los corrillos en donde el oportunismo literario es ejercitado denodadamente, su labor va realizándose día a día en medio del mayor recogimiento, abriantada por una gran honestidad de espíritu.



